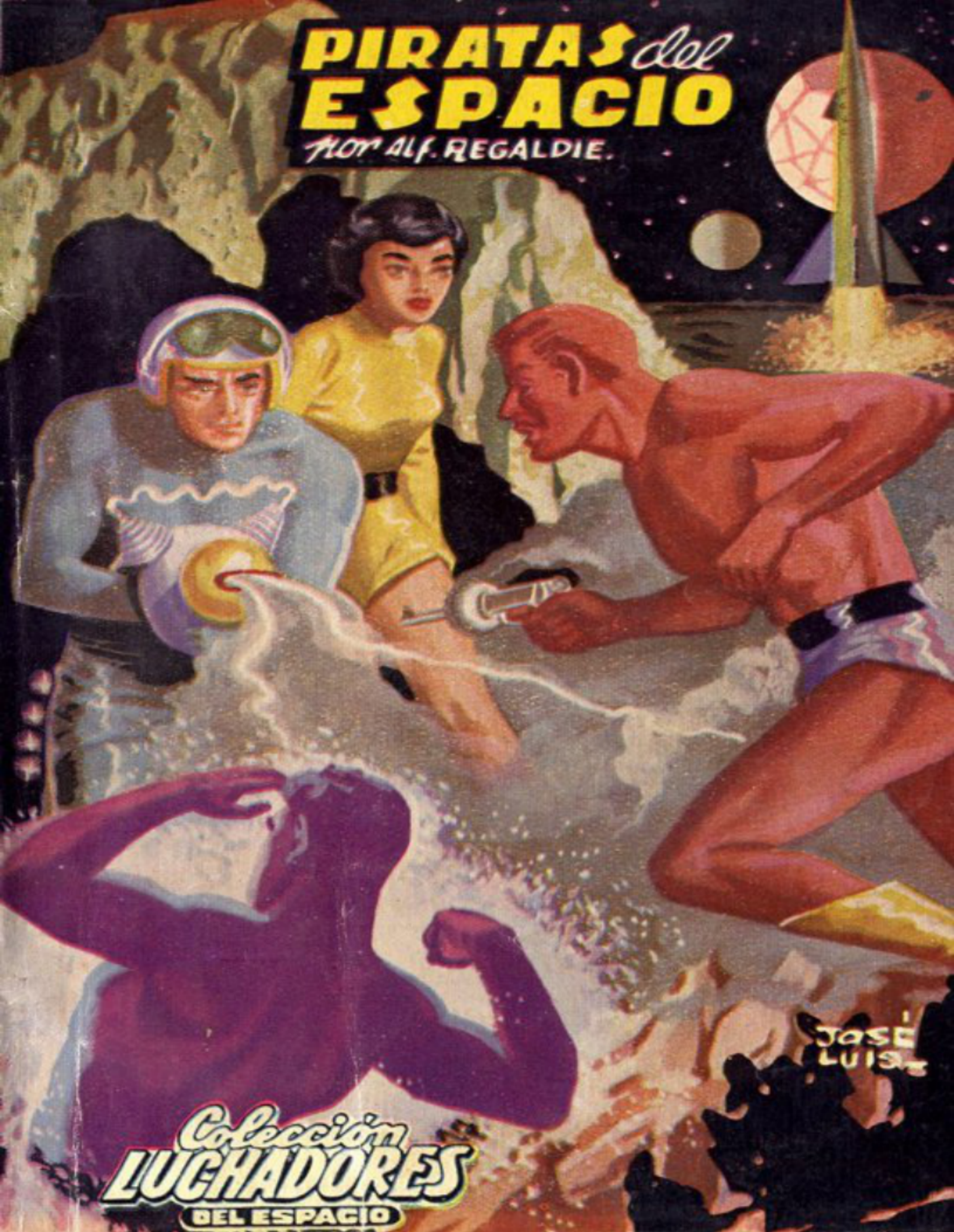

PIRATAS del ESPACIO
por ALF. REGALDIE.
JOSÉ LUIS
Colección LUCHADORES DEL ESPACIO

Table of Contents

Annotation

El zumbador eléctrico vibró demasiado cerca del oído de Luis Arana cuya cabeza medio colgada del lecho, entre éste y la mesilla de noche, y pese al sueño que lo dominaba, incrementado por los vapores alcohólicos, despertó sobresaltado, molesto.

Alf Regaldie

Piratas del Espacio

Luchadores del Espacio, 18

George H. White

PIRATAS DEL ESPACIO

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 VALENCIA

Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

PERSONAJES

Luis Arana.— Capitán de la Policía Exterior de los E.E. Hispano Americanos.
Sara Naranjo.— Bella española.
General Lomas.— Jefe de Luis Arana y tío de Sara Naranjo.
Ammón-Sha.— Jefe del Estado de Sambia, planeta pirata.
Javier Buitrago.— Primer Teniente de la Policía Exterior.
Joaquín Prast.— Primer Teniente de la Policía Exterior.
Benito Oramas.— Segundo Teniente de la Policía Exterior.
Don Damián Naranjo.— Potente industrial, padre de Sara.
Doña Sara Lomas de Naranjo.— Madre de Sara.

CAPÍTULO PRIMERO

PIRATAS DEL ESPACIO

por Alf. Regaldie

CAPÍTULO PRIMERO

RUTAS EN PELIGRO

El zumbador eléctrico vibró demasiado cerca del oído de Luis Arana cuya cabeza medio colgada del lecho, entre éste y la mesilla de noche, y pese al sueño que lo dominaba, incrementado por los vapores alcohólicos, despertó sobresaltado, molesto. Una vez despierto miró con despectivo gesto al aparato visotelefónico e hizo una mueca de burla a la pantalla del mismo, entonces en blanco, y volviéndose de espaldas a ella dejó descansar la cabeza en la almohada, esta vez en posición correcta, disponiéndose a reanudar el sueño interrumpido a tiempo que murmuraba:

—¡Que zurzan a quien sea! No estoy para nadie...

Pensó que la persona que llamaba llegaría a cansarse al ver que no contestaba; pero se equivocó y el zumbador continuó sonando con intermitencias regulares hasta llegar a hacérsele insoportable. Con gesto airado descolgó Arana el visófono y sin tan siquiera mirar a la pantalla para ver al importuno que le molestaba a tales horas, dejó descansar al aparato en la mesilla de noche, tornando a su posición de descanso. No estaba de humor para bromas y aquella llamada no podía ser más que de alguno de sus amigotes, tanto o más bebidos que él, que continuaba la juerga iniciada tres días antes para celebrar su retorno a la Tierra, a su amada Sevilla, tan alegre y bulliciosa como siempre, después de un año destacado en la Isla Interplanetaria número 3, la «I.P. 3», como la llamaban para abreviar.

Era horriblemente monótona la vida allí; sin embargo le había servido para olvidar sus pesares y en ella se había curtido, se había hecho hombre. Ahora estaba muy por encima de esas pequeñas miserias cuya frustración hacen al hombre, en la mayoría de los casos, desgraciado...

Pero hubo de cortar sus pensamientos pues, del abandonado aparato salía una voz, no del todo desconocida, que se expresaba con el acento imperioso del que está acostumbrado a ser obedecido:

—¡Capitán Luis Arana! ¡Tome inmediatamente el aparato en sus manos y escuche!

Un año antes, tal expresión le hubiese hecho saltar de la cama, pero en esta ocasión, pese a comprender que quien le hablaba así era un jefe, se limitó a tomar el visófono para contestar a tiempo que se incorporaba en la cama, echando una mirada a la pantalla sin impresionarle lo más mínimo el ver en ella la imagen del general Lomas, ayudante del viceministro de Policía Exterior.

Con voz que reflejaba su desgana, respondió Arana:

—A la orden; señor.

—¡Le necesito urgentemente en Madrid, capitán! ¡Tome inmediatamente su avión y véngase! Le aguardo en mi departamento. Pero nadie debe saber que yo le he llamado...

—Lo siento, señor, pero no estoy en condiciones de emprender el vuelo...

—¿Cómo es posible que todo un capitán de la Policía Exterior se halle en un estado no adecuado...?

—Perdone, señor, pero debo recordarle que tengo un mes de licencia junto con toda mi escuadrilla y que, por tanto, siempre que no deje en mal lugar la honorabilidad del cuerpo, tengo perfecto derecho a hacer lo que me venga en gana durante todo este tiempo...

—¡Eso es un acto de indisciplina, capitán, que no estoy dispuesto a tolerarle! —vociferó el general.

—Nada de eso, señor. Podría ser indisciplina si después de su «amable» requerimiento, me negase a presentarme o cometiera actos contrarios al buen servicio del cuerpo, pero no hay nada de eso. Estoy dispuesto a. presentarme, pero no estoy en condiciones de volar. Y esto se debe a causas anteriores a su requerimiento y que, dado el hecho de que disfruto de un permiso, puedo hacer lo que me plazca siempre que no falte a las Leyes vigentes ni atente contra la honorabilidad del cuerpo a que me debo... etc., etc.

—¡Ha aprendido mucho, capitán!¿Es eso todo?

—Casi todo, señor. Estoy a sus órdenes, señor, pero no olvide que no estoy en condiciones de pilotar personalmente un aparato...

Dio la sensación de que el general Lomas iba a explotar, tal fue la contracción que se observó en las partes visibles de su anatomía, pero paulatinamente su expresión se fue serenando hasta normalizarse y cuando volvió a hablar lo hizo en tono suave:

—Está bien, capitán Arana. Usted ha ganado. Sin embargo, líbrese de tener el menor tropiezo.

—¿Piensa enviarme otro año a la «I.P. 3», o a alguna de sus gemelas?

—No. Le reservo algo bastante peor. Algo de lo que posiblemente no volverá usted ni los que le acompañen...

A medida que hablaba, el gesto del general Lomas fue volviéndose triste, dando la sensación de que el hombre envejecía; la siguiente contestación del capitán Arana no produjo en él la menor reacción violenta, contra lo que el capitán esperaba.

—Muy amable, señor. Veo que se ha empeñado usted en hacerme desaparecer del mundo de los vivos y acabará por lograrlo...

—Nada de eso, capitán. Es que, sencillamente, le necesito. Usted y su escuadrilla son lo mejor de que dispongo. Es usted el mejor

explorador de los espacios siderales y su escuadrilla le seguirá a ciegas porque le quieren y tienen fe en usted...

—Me asombra usted, señor. Temo que debe estar grave.

—Ojalá estuviese yo grave. Desgraciadamente se trata de algo peor...

—¿Algo peor?

Luis Arana percibió el fondo de congoja que había en la expresión del general Lomas y llegó a sobresaltarse.

—¿Le ocurre algo a...?

No se atrevió a pronunciar el nombre que pugnaba por salir de sus labios, el nombre cuya sola evocación, aún hacía latir aceleradamente su corazón.

—No, capitán Arana. No le ocurre nada a mi sobrina... Pero es mejor que venga cuanto antes. Dentro de una hora le aguardará un avión en el aeródromo 3-X. Pero antes de venirse agradeceré que deje a los hombres de su escuadrilla dispuestos para que le puedan seguir cuanto antes.

—¿Y quién los encuentra a estas horas?

—Usted sabe perfectamente donde les puede hallar. Hágalo. Si no les halla a todos responsabilice al primero que encuentre. ¿De acuerdo?

Luis Arana pareció vacilar y sintió pesar sobre él la mirada, un tanto inquieta, del general Lomas. De improviso, junto al general, surgió una figura femenina, un rostro joven, cautivador, pero cuya expresión era llorosa, y una voz bien timbrada, graciosa, correspondiendo con la presencia de la joven por lo agradable y con su estado de espíritu, por lo quejumbrosa, se dejó oír.

—¡Hazlo por mí, Luis! ¡Te necesito! ¡Sólo tú puedes lograr...!

La figura desapareció bruscamente de la pantalla, quedando únicamente el general Lomas hablando, pero no dirigiéndose al capitán, sino a la agradable joven. Su voz, en esta ocasión, era un tanto hosca.

—Es competencia mía arreglar esto, Sara. No quiero que en las decisiones que haya de tomar el capitán Arana influyan los sentimentalismos. Retírate.

Casi sin transición, el general Lomas se dirigió a Luis Arana:

—Le aguardo, capitán. Es una orden.

—A la orden, señor...

La aparición de Sara en la pantalla, su angustiada expresión, pudo más en Luis Arana que todo lo que hubiera podido decirle el general Lomas. ¿De modo que era ella quien le necesitaba? Había deseado tanto que se produjese tal cosa, pero lo había deseado durante tanto tiempo que en el momento de producirse, lejos de exaltarle, le dejaba completamente frío, pero con una frialdad, que no era natural.

Instantáneamente se sintió completamente despejado; la impresión recibida había borrado, especialmente de su cerebro, toda huella de las dejadas por el alcohol, y con bastante asombro comprendió que estaba en perfectas condiciones de pilotar, no sólo un avión corriente, sino su propio *Escorpión Azul*, su magnífico navío sideral, casi tan veloz como la propia luz y, en el cual, cuando viajaba por el espacio sideral a velocidades casi inconcebibles aun para la humanidad de aquel siglo XXIV, llegaba casi a quedar paralizado el tiempo según la teoría que ya había sido enunciada en el siglo XX, después de una serie de elucubraciones matemáticas de una de las eminencias de aquel siglo: el profesor Albert Einstein...

Dominado el capitán Luis Arana por tales impresiones, se aseó y se vistió rápidamente y se lanzó a la calle. Estaba seguro de hallar a sus compañeros de escuadrilla y de que les aguaría la fiesta por añadidura.

La cancela de un hermoso y tradicional patio sevillano se abrió ante Luis Arana, y sus compañeros de escuadrilla le recibieron con grandes gritos de alborozo:

—¡Ya está aquí el desertor! ¡Por mi parte estaba seguro de que no podía faltar!

—¡Viva el capitán Arana! Aquí tenemos un magnífico caldo de Chiclana que me hacía soñar, allí, en nuestra inefable I.P. 3 —exclamó otro de los oficiales de Arana tendiendo a éste una copa.

El capitán vació menos de la mitad de su contenido y se dirigió a los hombres de su escuadrilla:

—Lo siento, amigos, pero parece que terminó nuestro permiso...

La oficialidad del *Escorpión Azul* conocía sobradamente a su capitán y sabía que éste no bromeaba jamás con cuestiones que pudiesen rozar el servicio y, por unos instantes, se hizo entre ellos el silencio más absoluto. Entre unos y otros se cruzaron miradas de estupor, del más vivo asombro, y Javier Buitrago, un vasco recio, corpulento, que daba la sensación de no perder jamás el equilibrio y que ocupaba la plaza de segundo en el *Escorpión Azul*, se dirigió a su jefe:

—¿Ocurre algo grave, capitán?

—Lo ignoro, aunque no lo creo. Parece que más bien se trata de algo de carácter deportivo. Pero sea lo que sea es necesario que recojas a toda la gente y que la tengas a punto de marcha con los aparatos. No puedo decirte más de momento.

—Ya es bastante, capitán. ¿Tiempo límite?

—No puedo decírtelo, si bien sería conveniente que todo estuviese dispuesto para dentro de tres horas.

—Estará todo dispuesto. Veamos... son ahora las tres y quince minutos del nuevo día, estaremos dispuestos para las seis y quince.

¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Pues no hay más que hablar.

—Gracias, Buitrago. Yo saldré dentro de un rato para Madrid. Tan pronto como sepa algo me pondré en contacto contigo.

—Está bien. Dentro de una hora estaré en el aeropuerto y ya no me moveré de allí. ¿Es suficiente?

—Suficiente. Hasta pronto.

—Hasta pronto, capitán. Buen viaje y suerte...

Alejóse Arana de los componentes de su escuadrilla seguro de que habían encajado perfectamente el jarro de agua fría que terminaba de arrojar sobre ellos, no ignorando que tal vez la cosa hubiera sucedido de otra forma bien distinta de saber que la causa de que el permiso fuese suspendido partía del general Lomas, al que, por solidaridad con su capitán, Luis Arana, aborrecían «cordialmente» todos los del *Escorpión Azul*.

Y Arana, camino del aeródromo, revivió el pasado, que pudo haber sido feliz, pero que le había llevado a la I.P. 3, una de las seis islas interplanetarias que servían de centinelas a la Tierra, islas donde, además de resultar el servicio excesivamente duro, se vivía prácticamente aislado de la Tierra, de los amigos, de la familia y de todo aquello que contribuía a hacer la vida amable, ya que en tales islas interplanetarias sólo se hallaba el personal estrictamente necesario, en su mayor parte masculino, sujeto además a una vida de privaciones, ya que todo lo que se consumía en ellas debía ser acarreado desde la Tierra

La imagen de Sara Naranjo tornó a revivir vigorosa en la mente de Luis Arana. Ella era hija del genio de la industria, como llamaban a don Damián Naranjo, principal accionista de las más importantes industrias, no sólo de España, sino de la Federación de Estados Hispanoamericanos, e impulsor de la moderna técnica industrial, y de una hermana del general Lomas, doña Sara Lomas, cuyo nombre también llevaba la hija. Habíase unido en tal boda la aristocracia del dinero y la industria con la de la sangre azul, y el único fruto de tal matrimonio, Sarita Naranjo, era prácticamente «la intocable», de quien Luis Arana se había enamorado perdidamente dos años antes. Se habían conocido en un baile en casa del general, de quien entonces era Arana el favorito, y la muchacha, que apenas si contaba dieciocho años entonces, había correspondido al amor del capitán.

Arana cerraba los ojos y la veía aún como envuelta en espuma, en la espuma de un traje vaporoso que realzaba su belleza exquisita, idealizándola. Ella, entonces, le sonreía siempre cautivadora.

Habían sido, los primeros días, unos días de verdadera embriaguez, de encuentros furtivos, de breves charlas salpicadas de la

salsa de lo prohibido, de miradas en el paseo o en el teatro, hablándose con los ojos desde largas distancias. Y prontamente se había convertido todo ello en una historia vulgar. No para Luis, puesto que era su historia única, sino para la realidad. Los padres de ella se opusieron a los amores tan pronto como se enteraron de ellos que fue demasiado pronto, y ante la negativa por parte de Luis para alejarse de la muchacha, perdió el favor del general Lomas. Luego, la muchacha fue aislada de tal forma que le era totalmente imposible verla. Continuaron los amores por correspondencia y las cartas de ella asegurándole que jamás le olvidaría y que no cejaría hasta romper la intransigencia de los padres eran los únicos puntos de felicidad de que Arana disfrutaba. La historia cada vez fue penetrando más de lleno en el terreno de lo vulgar. Los padres no cedieron y se llevaron a la hija lejos. Luis trató de seguirla, pero el general Lomas fue capaz de impedirlo amarrándolo con el servicio. Pero esto no bastó, y al cabo de algunos meses, al tener que regresar la muchacha, volvieron las cosas a su primitivo estado; pero entonces ella, amedrentada por las fuertes presiones de los padres, hubo de ceder, y un día fue ella misma quien llamó a Luis a su casa para, delante de sus propios padres, desengañarle y arrojarle de su lado. Luis jamás pudo saber si ella había sido sincera o únicamente había obrado bajo la presión de los padres; mas la realidad fue que la muchacha lo arrojó un tanto despectivamente de su lado haciéndole ver la diferencia de clase que había entre los dos y haciéndole saber que tenía elegido marido entre los hombres de su clase, con el cual se casaría muy en breve.

Pero Luis no se resignó; imaginaba que ella le amaba ciegamente y que había obrado bajo la presión paterna, y mantuvo sus pretensiones. Fue entonces, cuando llegó la intervención decisiva del general para alejarlo, logrando que lo destinasen a la Patrulla Volante E-1, destacada en la I.P. 3. Y a su regreso, un año después, curado de tales amores, o al menos así lo creía él, no había querido saber nada de la ingrata, ni aun del mismo general, cuando ambos, de forma tan inesperada había surgido. ¿Qué podía haber ocurrido para que acudieran a él? Debía ser algo de la mayor gravedad para que, doblegado su orgullo, le llamasen. Y sonrió complacido hasta cierto punto, era su revancha, la revancha contra el menosprecio que ellos le habían hecho. Así aprenderían que no se podía despreciar a nadie. Ahora él les daría, con toda seguridad, la lección que tan merecida se tenían. Y al menor resquicio que se le ofreciera trataría de domeñar el orgullo de ella y el de sus padres...

Por unos instantes llegó a sentirse molesto pensando que se había vuelto un tanto ruin y finalmente, para no pensar en tales cosas, que aún le herían, hizo un esfuerzo por poner su cerebro en blanco, por no pensar en nada y, apenas en el avión que debía conducirlo a Madrid,

se quedó dormido. Pero fue un sueño corto, de escasa duración, apenas unos minutos… Sin embargo, el sueño le sirvió para borrar las huellas de veneno moral que habían vivido unos instantes en su ser y cuando fue anunciado al general Lomas, que le aguardaba en su oficina del Ministerio, era el Luis Arana sensato, ecuánime y de sólida moral que todos conocían, que unos envidiaban y que otros admiraban.

—Pase, capitán.

La voz del general Lomas sonó segura, pero Luis Arana comprendió que el hombre se hallaba emocionado. Una rápida mirada del capitán convenció a éste de que el general se hallaba bastante más envejecido que la última vez que le viera, hacía escasamente dieciocho meses. El general Lomas era alto, más alto aún que el propio Arana y había caminado siempre derecho, como un huso, y ahora se veía encorvado, lo suficiente para que resultara de la estatura de Arana o ligeramente más bajo. Y el capitán también se sintió ganado por la emoción cuando el general le tendió su recia mano de soldado envejecido en el servicio…

—A la orden, señor…

—Siéntese, capitán. Le encuentro a usted bastante cambiado. Es usted el mejor comandante de nuestras naves siderales, y me lo explico, porque ha logrado usted el grado de dureza que le faltaba.

—Gracias a usted, señor. Un año en cualquiera de las islas interplanetarias o endurece a un hombre hasta el máximo extremo, o lo destroza. Y yo he estado allí un año, el máximo de tiempo que se me podía tener y no he sido destrozado.

—Es usted algo más impertinente de lo necesario, capitán.

—Tiene razón, señor. En ocasiones, hasta yo mismo lo pienso porque me doy perfecta cuenta de ello. Pero únicamente soy impertinente cuando me lo propongo. Y no deja de ser una ventaja…

—¿Se siente fuerte, capitán Arana? ¿Se cree un semidiós? Pues aún puedo darle un servicio más duro que el que ha tenido… y más peligroso. Y también puedo prescindir de usted, no lo olvide.

—Gracias, señor. He venido dispuesto a ir de cabeza a ese servicio.

—Ya me lo imagino. Es usted lo bastante engreído, y digo esta palabra por no decir otra que tal vez le encaje mejor…

—¿Y por qué no decirla, señor? Puede poner fanfarrón…

—Pues pondremos fanfarrón —continuó—. Es usted lo bastante fanfarrón para lanzarse por el mero hecho de que le he dicho que la aventura es un verdadero reto a la muerte.

—Así es, señor, gracias. Me siento feliz al apercibirme de que se reconocen los valores que me adornan.

—No es mi fuerte la psicología, capitán, pero alguna se ha de

tener cuando se llega a este puesto. Pero vamos a lo que interesa. Antes de pasar al nervio de la cuestión, debo decirle que la misión de que se trata es de nuestra absoluta competencia, es decir, corresponda resolverla a este departamento. No obstante, deseo que los hombres que la acometan lo hagan con carácter voluntario, ya que las probabilidades de regresar con vida son muy escasas.

—Por mi parte estoy dispuesto, señor.

—¿Aun antes de conocer de qué se trata?

—Naturalmente.

—¿Y los hombres de su escuadrilla?

—No debo hipotecar el compromiso sin antes contar con ellos, pero aun a trueque de que se me tilde de presuntuoso, le diré que estoy seguro de que me seguirán a ojos cerrados adonde yo vaya. No obstante, les consultaré para que puedan elegir entre venir o quedarse.

—Así debe ser. Ignoro si usted tiene conocimiento de que hace algún tiempo que vienen desapareciendo misteriosamente bastantes aeronaves siderales y de que el pánico, por tal motivo, comienza a cundir poniendo en grave peligro la continuidad y seguridad de nuestras comunicaciones con Venus, Marte, Júpiter y aun con la misma Luna. Y esto, con resultar un verdadero desastre de tipo económico, es más aún lo que supone en el orden moral y en el estratégico. Por ello hay que terminar cuanto antes con tales hechos, a los cuales comencé a llamar accidentes, pero ahora me temo que no lo sean.

—Ignoraba tales hechos, en efecto.

—Me lo imaginaba, porque en el sector correspondiente a la Patrulla Volante E-l no se produjo ninguno en el tiempo que ha estado usted allí; sin embargo, a poco de salir usted de allí, se han producido tres desapariciones en rápida sucesión.

—¿Y qué medidas se han tomado hasta ahora para evitarlas?

—Poco más que las corrientes que usted ya conoce por haber pertenecido a la Patrulla Volante E-l.

—¿Qué se conoce de tales desapariciones?

—En realidad, bien poco, ya que en ninguno de los casos ha quedado el menor rastro ni referencia. Hay un hecho. En ninguno de los casos las aeronaves desaparecidas han lanzado la menor petición de auxilio. ¿Causas de las desapariciones? Primeramente pensamos en el sabotaje, pero hoy hemos desechado tal idea, ya que se han seleccionado tripulaciones y viajeros de algunas de las aeronaves desaparecidas últimamente y las cuales habían sido cuidadosamente probadas, registradas y examinadas antes de partir. Siendo también detectadas antes de partir y en sus primeras horas de vuelo, por si llevaban algún aparato oculto que las pudiera hacer explotar. Se pensó después que podían haberse destrozado al chocar contra algún

meteoro, pero también hemos desechado tal idea, ya que alguna de ellas, en el momento de interrumpirse la comunicación por radio que se mantenía no han dejado oír ruido alguno que permita pensar en choque o violencia de ningún tipo.

—Puede haberse averiado la radio antes del choque.

—En algún caso sí puede haber ocurrido, pero no en todos los últimos en que ordenamos se mantuviese el contacto de forma continua.

—¿Y no se ha observado interferencia alguna en la radio antes de producirse la desaparición?

—No se ha notado nada de ese tipo en ninguno de los casos, aunque eso no quiere decir que no se haya producido. ¿En qué piensa, capitán?

—En que tales desapariciones pueden ser obra de piratas.

—¿De otros planetas?

—O de nuestro propio planeta. Cuando la ambición de los hombres se desborda puede pensarse en todo. Y el ser sin escrúpulos, que se lanza por esa ruta, no piensa en nada ni le sirve de freno sentimentalismo alguno. Al menos, cuando hace siglos los piratas infestaban los mares de nuestra Tierra colocándose en las rutas por donde viajaban ricos botines, no les importaba el pabellón que pudiese enarbolar el barco señalado como víctima...

—Es cierto. Entonces, ¿qué piensa?

—Lo mismo que al principio: salir. Si me sigue la tripulación del *Escorpión Azul*, iré con ella. Si se produce algún hueco, pediré voluntarios y escogeré. Lo peor de este caso es la carencia de datos en qué apoyarnos y más si se tiene en cuenta la inmensidad de los espacios siderales. ¿Las aeronaves desaparecidas seguían algunas rutas determinadas?

—Hasta cierto punto, sí, ya que en los espacios siderales hay unas rutas que se siguen teniendo en cuenta la respectiva situación de los planetas en el momento de emprender el viaje y la que tendrán en el momento de terminarlo. Pero esto lo conoce usted tan bien o mejor que yo, y puesto que ha aceptado hacerse cargo de la misión, haré que mi ayudante le entregue todo lo referente a las desapariciones ocurridas, lugares aproximados donde se han producido, fechas de las desapariciones y posición ocupada por los planetas y sus satélites en tales momentos. Una vez haya estudiado la cuestión a fondo, trácese sus planes de acción y sométamelos. Si cree que con su escuadrilla no tiene suficiente le daría el mando de una Patrulla Volante, aunque para ello hubiera de ascenderle.

—Gracias, señor. Créame que me conmueve profundamente esa buena disposición que observo en mi favor.

—No sea mordaz, Arana. Hago esto porque le necesito, porque si

algún hombre hay capaz de resolverlo, es usted. Si usted fracasa, tengo la seguridad de que también fracasarán los que vayan detrás de usted.

—No lo crea, señor. A veces el hombre más oscuro, aquel en que menos puede pensarse, resuelve satisfactoriamente lo que otros hombres más brillantes no han sido capaces de resolver y si yo fracaso, hallará seguramente el hombre a la medida. Pero si me permite…

—Diga, capitán.

—Hasta ahora no he visto las razones de que Sarita haya pedido que aceptara por ella. ¿Acaso ha sido su marido una de las víctimas? Porque no dejaría de ser un sarcasmo que fuese precisamente yo quien se lo devolviese.

El general Lomas sonrió con expresión de tristeza.

—Hubiese preferido no haberlo mencionado y que todo hubiera quedado en el ámbito de lo oficial, pero ya que ella intervino contraviniendo mis órdenes… No es su marido quien se ha perdido, sino sus propios padres, es decir, mi hermana Sara y mi cuñado. Ha sido la última desaparición que se ha producido… Sarita se lo quería pedir a usted personalmente; ella sólo confía en usted, y yo también…

—Prefiero no verla. Si fuese ella quien me lo pidiese, si viese esta empresa como una cosa de tipo particular, no me prestaría a ir ni arriesgaría a uno solo de los hombres que me seguirán. Dígaselo así a ella. Voy voluntariamente a una misión de tipo oficial y procurando olvidar que entre los que pueden salir beneficiados están los padres de Sarita… Si no tiene nada más que ordenar, señor, me retiro.

—Nada. Mi ayudante tiene orden de entregarle los datos que se poseen referente a esto. Dejo el asunto en sus manos.

—Descanse, señor. Tan pronto como tenga algo concreto se lo comunicaré. Me agradaría salir hoy mismo…

CAPÍTULO II

LA ENTROMETIDA

Tal como Luis Arana había supuesto, ninguno de los componentes de la escuadrilla del *Escorpión Azul* había querido ni oír hablar de separarse de su jefe, y menos aún cuando el capitán les hizo ver que posiblemente ninguno de ellos volvería con vida.

—El *Escorpión Azul* es una unidad, señor: «Todos para uno y uno para todos» —le había respondido uno de los maquinistas—. Pensar que alguno puede abandonar es una locura. Hasta ahora hemos corrido juntos todos los peligros y continuaremos corriéndolos unidos... Y si hemos de luchar contra un enemigo superior a los que hasta ahora hemos enfrentado, más motivo para que no nos separemos. Entre nosotros hay una unidad indestructible, estamos todos debidamente compenetrados. El que abandonase alguno y se introdujese en estos momentos un cuerpo extraño, podría conducirnos a la catástrofe...

Tales razones abundaron expuestas por unos y otros, y finalmente Luis Arana, acompañado del general Lomas, pasó revista en el aeródromo E-3 a la tripulación completa, formados los componentes cada cual al pie de su aparato, dispuestos todos para la salida. Al final de la revista, el general felicitó al capitán.

—Le felicito, capitán. Observo en todos estos hombres un espíritu inquebrantable. Dan la sensación de ser algo así como la prolongación de usted mismo.

—Tal vez haya algo de eso. Llevamos juntos mucho tiempo y se han endurecido a mi lado.

—Pueden partir ya, capitán. Les deseo mucha suerte.

—Gracias, señor, a la orden.

Mientras el general Lomas regresaba a su automóvil, el capitán Arana se dirigió a su aparato, saltando ágilmente a su interior. Los otros tres tripulantes le imitaron, saltando detrás de él e inmediatamente se fue repitiendo la operación en los restantes aparatos, alineados a lo largo de la pista de despegue. Con una mirada se aseguró Arana de que toda la escuadrilla estaba dispuesta para la maniobra e hizo la señal para que el techo de la cabina fuese corrido, quedando así encerrados en olla sin más contacto con el mundo exterior que la radio. El copiloto se dirigió a Arana.

—Todo dispuesto, señor.

—Gracias.

El capitán se dirigió entonces a la torre de control.

—Comandante en vuelo a torre de control. Todo dispuesto para el despegue.

—¡Atención! Torre de control a avión insignia.

Dispuesto para el despegue.

El propio Arana maniobró el aparato que viró colocándose en posición de despegue y de la torre de control llegó la orden de partida

—¡Adelante!

La orden, transmitida por los altavoces de la torre de control, repercutió en el campo y los empleados de la pista se hicieron a un lado, dejando el sitio libre para el despegue. El aparato de Arana inició entonces la marcha, ganando velocidad rápidamente y al llegar a la línea de despegue soltó los gases de propulsión, elevándose el aparato casi verticalmente. Mientras el primer aparato despegaba, el segundo se lanzaba ya por la pista de aterrizaje y el tercero maniobraba, colocándose en posición, sucediéndose rápidamente las salidas hasta verse los quince aparatos que componían la escuadrilla en el aire, formando correctamente. El despegue se había efectuado en dos minutos y, cuando hubo terminado, el rostro del general Lomas reflejaba el más vivo asombro, dirigiéndose a su ayudante.

—Es asombrosa la precisión de movimientos con que ha maniobrado. Estoy seguro de que estos hombres triunfarán, y si ellos no triunfan, será inútil que enviemos a nadie detrás de ellos.

El ayudante, un comandante de aspecto juvenil, enérgico, ratificó:

—Lo mismo creo, señor.

En el aire los quince aviones, no tardaron en divisar el aeropuerto donde el *Escorpión Azul* les aguardaba mecido blandamente en las tranquilas aguas de la bahía. Los sesenta hombres sintieron idéntica emoción al contemplar de nuevo el navío sideral que ya consideraban como cosa propia y el jefe de la escuadrilla dio rápidamente la señal de atención, avisando al aeropuerto y observando inmediatamente que el *Escorpión Azul* se hallaba dispuesto para recibirles.

Desde una altura superior a los cinco mil metros, se lanzó en picado a una velocidad de vértigo y cuando daba la sensación de que el aparato se iba a estrellar contra la cubierta del *Escorpión Azul*, se le vio evolucionar en audaz maniobra que dio la impresión de que lo iba a enviar de nuevo a las nubes, pero que hizo se posara en la pulida superficie, deteniéndose en un espacio reducido de donde fue rápidamente separado por un brazo de grúa que, con tripulación y todo, lo hizo desaparecer por un hueco lateral a la pista de despegue y aterrizaje.

La maniobra del primer aparato fue ejecutada con la misma precisión de movimientos por los restantes y también en un tiempo que podía considerarse récord los quince aparatos fueron tragados por el *Escorpión Azul*, quedando automáticamente guardados en sus

respectivas cabinas, mientras los sesenta hombres que los habían tripulado y que componían la dotación del *Escorpión Azul* corrían a ocupar cada cual su puesto, dispuestos a establecer también una nueva marca de velocidad en el despegue del navío sideral.

La cámara del comandante, situada en el centro de lo que se podía llamar puente de mando del navío, fue ocupado por Luis Arana y su ayudante Javier Buitrago y apenas establecidos en ella sintieron un trepidar que daba la sensación de que se hallaban al extremo de un seísmo. Los dos hombres dirigieron la mirada hacia la aguja indicadora de un cuadro situado frente a ellos y pudieron comprobar que avanzaba, pero sometida a violentas oscilaciones que se fueron reduciendo a medida que llegaba al punto medio, señalado por el grado 90 en una semicircunferencia. Al llegar a tal punto, la trepidación cesó en el navío, siendo sustituida por un suave ronroneo mientras Buitrago se dirigía a Arana.

—Presión media. Dispuestos para zarpar.

—Está bien. Que retiren los cables mientras hago la comprobación —respondió Arana.

Mientras el vasco se situaba ante el micrófono de órdenes, Arana, ante la pantalla de televisión fue comprobando rápidamente que cada hombre se hallaba en su puesto. Las imágenes de los tripulantes del *Escorpión Azul* se fueron sucediendo en la pantalla llegando hasta el comandante las expresiones de cada cual:

—Presión media lograda, señor...

—Ventilación en marcha...

—Sin novedad en la santabárbara...

—Refrigeración en marcha...

—Condensadores en funcionamiento. Sin novedad, señor...

Las órdenes de Buitrago ante el micrófono, se difundían por el interior del navío y los hombres que debían cumplirlas lo hacían con precisión de geómetras, demostrando un alto grado de instrucción y disciplina.

—Retiren cables de proa... Retiren cables de popa...

Los sensibles aparatos electrónicos de la cabina de mando iban registrando todos los movimientos que se iban efectuando, pudiendo comprobar Buitrago que sus órdenes eran cumplidas con toda exactitud.

La señal de que las últimas órdenes habían sido cumplidas llegaó hasta sus oídos:

—Escotillas cerradas... Compuerta cerrada...

Entonces se dirigió al capitán.

—Todo en orden.

—Está bien. Creo que hemos establecido una nueva marca. Ya lo comprobarás más tarde. Avante las máquinas. Desviación treinta y

tres...

Buitrago transmitió las ordenes de Arana y la inmensa mole que constituía el navío sideral con sus sesenta metros de largo por diecisiete de ancho formando como una especie de navío en forma de zapatilla con alas en forma de delta, fue despegando del muelle de amarre, desviándose de él para penetrar poco después en el callejón de despegue en el que inició la marcha en línea recta aumentando de velocidad gradualmente. Por unos instantes pareció que iba a ser tragada por el mar, tales eran las olas de espuma que levantaba con su aguda quilla casi en forma de gigantesco huso, olas de espuma que se desmelenaban sobre la recubierta transparente del navío para tornar mansamente a su punto de partida. El despegue se inició al fin suavemente y la mole, como en desafío a la ley de gravedad se fue elevado majestuosa, ganando en velocidad rápidamente, dirigiendo su proa hacia Poniente.

En la cabina de mando, tanto Arana como Buitrago se entregaban a toda clase de comprobaciones, vigilando constantemente, en el buen funcionamiento de todos los dispositivos de control, que el espacio era batido con toda seguridad por el poderoso aeronavío. En la pantalla de radar por procedimiento ultrasónico, la Tierra iba quedando más y más distante y muy pronto dejó de verse.

Los dos hombres se mantenían con la vista fija en uno de los reguladores automáticos cuya sensible aguja oscilaba fuertemente dando la sensación de querer saltar de su sitio y por unos instantes en el rostro de Arana se dibujó una expresión de inquietud. Más por oír su propia voz que por otra cosa, se dirigió a su subordinado y amigo:

—Estamos a punto de vencer la gravedad de la Tierra.

El *Escorpión Azul* experimentó en aquel momento una brusca sacudida, recibiendo sus ocupantes la sensación de que se iba a desencuadernar, aumentando entonces de velocidad con relación a la que llevaba tal que si hubiera sido catapultado por una gigantesca mano invisible; las vibraciones que se produjeron en el momento fueron desvaneciéndose lentamente, tornando todo automáticamente a la regularidad y disponíase Arana a entregar la dirección de la nave a su segundo pensando en descansar unas horas cuando una de las luces rojas de alarma se encendió en la cabina mientras un zumbador comenzó a sonar frenético, atrayendo la atención de los dos hombres.

Buitrago saltó como impulsado por una carga de TNT y corrió al micrófono de órdenes después de fijarse en el lugar donde la alarma se había producido. Un sudor frío perlaba su frente y pese al dominio que ejercía sobre sus nervios no pudo evitar un leve estremecimiento en su voz al gritar:

—¡Atención los de la santabárbara! ¡Cierren herméticamente los compartimientos y dispónganse a inundarla! ¡Aguarden las órdenes

siguientes!

Al mismo tiempo que Buitrago se había dirigido al micrófono, Arana había corrido apresuradamente al control de televisión, manipulando en él con rapidez hasta llegar al lugar señalado por la alarma. Durante unos instantes se mantuvo observando atentamente. Buitrago, en actitud expectativa, observaba a su compañero, dispuesto a transmitir rápidamente órdenes definitivas. Pero su expresión de alarma se fue difuminando al ver que el gesto un tanto angustiado de Arana desaparecía para dar paso a la risa, una risa no estrepitosa, sino suave con un fondo hondamente sarcástico. Al fin se dirigió a Buitrago:

—Debí imaginarme que ocurriría algo así; pero temo que nunca acabaré de comprender el alma femenina.

El vasco contempló a su jefe como si dudase de la integridad de su razón.

—¿Qué tiene que ver el alma femenina con lo que ocurre en nuestra santabárbara?

—Bastante. Ven aquí y observa —respondió Arana señalando para la pantalla de televisión—. Y dime si conoces ese rostro cuya estúpida expresión es lo que me ha movido a reír.

El vasco se acercó a la pantalla, no pudiendo reprimir un taco y a continuación la exclamación:

—¡Una mujer a bordo! ¿Cómo ha podido ocurrir eso?

Y sin aguardar la respuesta de su jefe se dirigió otra vez al micrófono de órdenes:

—¡Atención los de la santabárbara! ¡Abran los compartimientos! ¡Lleguen hasta el número tres y recojan allí lo que encuentren pero vayan con cuidado no les muerda! Y tráiganlo inmediatamente a la cabina de mando...

Al terminar de dar órdenes se volvió hacia su jefe, guiñando picarescamente un ojo.

—Creo que una mujer a bordo es algo peor que si hubiese estallado una bomba, aunque menos desagradable, sobre todo si, como parece, es joven y bonita.

—Es joven, bonita... e impertinente.

—¿La conoces?

—Desgraciadamente, más de lo que quisiera. Ella es Sarita Naranjo...

—¡Sarita Naranjo! Tu ex... ¡La sobrina del general Lomas! ¡La caraba!

—Tú lo has dicho: La caraba...

—¿Y qué piensas hacer con ella?

—Por mi gusto la montaría en un cohete y la lanzaría al espacio.

—Tú eres el jefe, el que debe tomar las decisiones...

Buitrago alzó la vista por el transparente de la cabina y vio que dos de los hombres de la tripulación llegaban trayendo a la muchacha y se dirigió a una de las puertas de salida de la misma, la contraria a aquella por la que la muchacha se disponía a penetrar, empujada no demasiado suavemente por los dos tripulantes.

—Ahí te quedas. ¡Y que te sea leve el encuentro!

—¡Quieto ahí, Buitrago! Es una orden...

En el mismo momento que Buitrago se volvía obedeciendo la orden de Arana, Sara Naranjo era impulsada sin demasiado miramiento, obligándola a entrar en la cabina de mando, siendo seguida por los dos hombres que la habían traído a los que se quedó mirando con expresión de reto, dispuesta a saltar sobre ellos.

—¡Les he dicho que no me toquen! ¡Estoy dispuesta a dar parte de ustedes por su incorrecto trato...!

Pero Arana interrumpió, no dejándola terminar:

—Calme sus nervios, jovencita. Estos hombres no han hecho más que cumplir órdenes mías y yo, que soy el comandante de la nave, estimo que aún la han tratado con un exceso de benevolencia. Pueden ustedes retirarse —añadió Arana dirigiéndose a los dos tripulantes que habían conducido a Sara.

—¡Tan pronto regresemos a la Tierra me quejaré a mi tío!

Fingió Arana no haber reconocido a Sara e ignorar quién era y le respondió con brusquedad

—Al diablo usted y su tío.¿Es que cree usted que volveremos a la Tierra algún día?

La muchacha, al ver la seria expresión de Arana, desvió sus ojos hacia el rostro de Buitrago, viendo en él una parecida expresión. Aquello era demasiado para ella y se sintió acongojada.

—¡Por favor, Luis, no querrás decir que no tenemos solución!

—¿Acaso creía usted que íbamos de romería?

—¡En ese caso debemos volver! ¡No quiero que por mi causa...!

—Supongo que volverá usted sola porque Luis Arana no es de los que retroceden. Pero antes de que nos abandone quiero que sepa usted una cosa. Usted no es la causa de que nosotros hayamos emprendido esta empresa; no se haga ilusiones. Ni yo ni ninguno de los hombres que me acompañan hubiéramos arriesgado nuestras vidas por causas de tipo particular, ajena a nuestros intereses y cuyos promotores además han sido la causa de que precisamente esta tripulación haya estado un año en el destierro... Y ahora, prepárese para abandonar la aeronave. Una mujer a bordo sería tanto como llevar entre nosotros la manzana de la discordia y tenemos tan escasas probabilidades de triunfar que no pienso reducirlas más aún

—¡Yo no quiero volver a la Tierra! ¡Quiero ayudar a libertar a mis padres si es que viven o darles sepultura si es que han muerto!

—Eso, allá usted. Una vez fuera de mi navío, puede hacer lo que le venga en gana…

—¿En serio has pensado en echarme? ¿Qué vas a hacer?

—Una cosa muy simple. Afortunadamente tengo escafandras especiales de reserva y podré desprenderme de una. Debiera colocarle una de ellas y arrojarla a usted simplemente al espacio y así se mantendría errante en el mismo, siguiendo nuestra misma dirección por el impulso recibido hasta que alguien tuviese la desgracia de tropezarla y recogerla, si antes algún meteorito no la había destrozado o los rayos ultravioleta no la habían matado. Pero quiero darle ciertas probabilidades y le proporcionaré también un motor a reacción individual que la estabilizará y le asegurará la autonomía de sus movimientos. Y llevaré mi condescendencia a proporcionarle un equipo individual de radar, que le permita detectar con tiempo suficiente los meteoritos, dándole posibilidades de evitarlos y una emisora receptora de radio para que pueda usted comunicar con su tío o con el mismísimo diablo si le place. Así podrá correr las aventuras que le dé la gana sin molestar a los que llevamos entre manos cosas demasiado serias. ¿Me ha entendido? Pues dispóngase. ¡Teniente Buitrago!

—¡A la orden, señor!

—Ya lo ha oído. Proporciónele a la joven lo que le he dicho, añadiéndole en el equipo una cantidad de concentrados alimenticios que le permitan mantenerse durante un mes y láncenla luego por la escotilla número cuatro. No quiero volver a verla.

Sara, pese a la invitación del teniente Buitrago para que le siguiese, permaneció inmóvil mientras en su rostro aparecía una expresión de congoja, y Arana tornó a dirigirse a ella:

—Vaya con el teniente. Y si quiere puede tomar un consejo. Procure evitar la más leve desgarradura en la escafandra, pues si ésta se produjera, tendría usted una muerte espantosa, la sangre se pondría a hervir y sus arterias harían explosión acto seguido…

—¡No harás eso conmigo, Luis! ¡No tienes derecho a hacerlo!

—No tengo derecho, sino obligación de ejecutarla por haberse introducido en la nave de mi mando con fines no claros, pero he querido ser un poco clemente porque se trata de una mujer… ¡Cumpla mis órdenes, teniente!

—Sí, señor. Por favor, señorita…

—¡No le seguiré! ¡Me habrán de llevar a la fuerza! ¡Me rasgaré la escafandra y mi sangre caerá sobre tu cabeza! ¡Es el despecho lo que te hace obrar así! Jamás pude imaginar que fueses capaz de una venganza tan ruin… Pero no me moveré de aquí y tendrán que matarme ante tu vista.

—¡Déjese de hacer dramas, jovencita! Creo que necesita usted una

lección de este tipo, una lección que debieron haberle dado hace ya algunos años.

—¿Ves cómo es el despecho? ¡Pues no me iré!

—Testaruda y caprichosa como todos los tuyos… Creo que me libré de buena al ser rechazado, y que en realidad debo estarte agradecido… Sí, eso creo —añadió después de unos instantes en los que pareció reflexionar—. Teniente Buitrago.

—Diga, señor.

—Meta en la barra a esta jovencita y manténgala allí hasta que avistemos la I. P. 3. Una vez en ella la desembarcaremos y daré orden para que se la facturen a su tío en la primer aeronave que salga para la Tierra.

—No hagas eso, Luis. Yo puedo seros útil aquí. Siempre habrá algún trabajo de los que os pueda descargar a ti o a alguno de los hombres de la tripulación, Puede haber enfermos, heridos…

—Dispongo de médicos electrónicos. Las enfermedades aquí no duran más que el tiempo que comienzan a molestar al enfermo. Inmediatamente son detectadas y establecido el diagnóstico electrónicamente, viene la cura…

—Puedo ser útil en la limpieza, en…

—No te canses. Además de que imagino que eres completamente inútil, todas esas tareas se realizan mecánicamente. Pero es posible que puedas servir para algo… ¿Sabes cocinar?

Sara se sonrojó, bajando los ojos avergonzada.

—Confieso que ese no es mi fuerte.

—Ya me lo imaginaba, porque sé demasiado cuál es tu fuerte: la vagancia, la ostentación, la tontería y el narcisismo. Eres un ser inútil. Pero nuestro cocinero tiene paciencia suficiente y tal vez logre meter en tu dura y hermosa cabecita algo de utilidad. Aquí, cada cinco días, solemos hacer una comida normal. No da para más nuestra despensa y la hacemos para que el estómago no llegue a atrofiarse y a reducirse de tal manera que luego nos resulte casi totalmente inútil. Pues bien, tú puedes ayudarle a prepararla y así aprenderás algo de lo que necesitas. Y ahora, vete. Será inútil que te insista en lo poco agradable que me resulta tu vista. Teniente Buitrago.

—A la orden, señor.

—Esta jovencita no deberá salir para nada del departamento de la cocina. Si trata de curiosear, de meter la nariz donde no le importa, la meterá en la barra y será tratada como espía. También será apartada de la circulación en el momento en que, por causa de su presencia, se provocase el menor incidente entre la tripulación. Una mujer hermosa y frívola, sola en un lugar como éste es un explosivo más peligroso que la superbomba atómica.

Una luz roja se encendió en aquel momento en uno de los

múltiples cuadros indicadores de la cabina mientras uno de los zumbadores eléctricos comenzó a repicar con insistencia, y los tres personajes que se hallaban en la cabina notaron una sensación rara debida a la falta de gravedad, percibiendo que sus cuerpos no pesaban, que comenzaban a flotar en la cabina y fue el propio Arana quien dio la voz de alarma.

—¡Falta presión! Se ha debido producir alguna avería grave.

En la pantalla de televisión apareció el rostro de uno de los tripulantes.

—No puedo evitar que disminuya la presión, señor, y, sin embargo, no tengo la menor avería en la instalación...

Arana cruzó una mirada de alarma con Buitrago.

—Es necesario que se haya producido algún escape, pero ¿cómo localizarlo antes de que sea tarde?

De improviso una idea hirió su cerebro y se dirigió a Sara Naranjo que le contemplaba con evidentes muestras de consternación.

—Un momento, jovencita. ¿Por dónde has entrado en la aeronave para que los centinelas que había en cubierta y en torno a ella no se hayan apercibido?

Sara, sin alzar la vista del suelo, habló a media voz casi:

—Llegué buceando y me metí por uno de esos horribles tubos lanza cohetes...

—Y, naturalmente una vez dentro no habrás sido capaz de cerrarlo bien, ¿no es eso?

—Podría ser. Estaba demasiado fuerte para mí.

—Pues hubiese sido preferible que lo hubieses dejado completamente abierto. Nuestros detectores lo hubieran descubierto a tiempo y esto no se habría producido. ¿Por qué tubo entraste?

—Por uno que había próximo al lugar donde me han encontrado.

—Por el mismo que te debía haber lanzado seguramente. Eso es lo único que eres capaz de producir en la vida: perturbaciones...

Sin aguardar la respuesta de la joven, el propio Arana se lanzó hacia el micrófono de órdenes.

—¡Atención, departamentos 4 y 6! Repasen las escotillas y las válvulas de los tubos lanza cohetes. Aíslen los compartimientos hasta que encuentren el fallo...

En la pantalla de televisión apareció el acuse de recibo de la orden y Arana se dirigió por el micrófono al departamento de la presión.

—Inyecten presión hasta normalizarla en toda la nave. Presten especial atención a los departamentos 4 y 6, tan pronto como las válvulas de escape queden cerradas...

—Perdóname; Luis. Yo quería contribuir de alguna manera a rescatar a mis padres si es que viven.

—Pues la mejor forma de ayudarlos hubiera sido quedarte en casa. ¿Cómo sabías que podías entrar por donde lo hiciste?

—Desde el momento que comprendí que aceptarías la misión, estudié los planos del *Escorpión Azul*.

—Y para ello hubiste de abusar de la confianza ríe alguien, ¿no es eso?

—Sí… Lo siento.

—Lo siento, lo siento. Tú no puedes sentir nada. Tú no sabes más que de tus caprichos, tus deseos o tus necesidades. Lo demás te importa todo un bledo. Estoy seguro que imaginas que el Universo entero gira exclusivamente a tu servicio. Pero mientras estés en nuestro *Escorpión Azul*, pierde de vista esos conceptos. Será muy sano para tu integridad física…

CAPÍTULO III

EL *ESCORPIÓN AZUL*

Con el *Escorpión Azul*, prototipo de avión, o mejor dicho, de navío sideral, habían quedado plenamente resueltos la mayoría de los problemas que la ciencia, desde el siglo XX, tenía planteados. Algunos de los problemas habían sido batidos total o parcialmente, hacía tiempo, pero otros habían quedado en pie hasta llegar al *Escorpión Azul* y sus gemelos que, con toda seguridad, dentro de la relatividad de las cosas, surcaban los espacios siderales, acortando distancias, haciendo seguro lo que se había reputado como imposible. La era atómica había llegado a ser, por precisión, la era de los metales-prodigio, y del titanio y el kentanium se había pasado al zirconio, descubierto a fines del siglo XVIII, pero cuya utilidad no se había llegado a ver hasta mediado el siglo XX. El zirconio, con su capacidad para soportar las terribles temperaturas que necesariamente se deberían desarrollar en las cámaras de combustión de las aeronaves siderales que hubiesen de vencer la gravedad de la Tierra, había sido la primera conquista, ya que el metal, en una aleación con el bórax llegaba a resistir temperaturas de hasta 6.000 grados centígrados. Pero se había llegado más lejos al lograr el zirconio-G, capaz de resistir temperaturas de 10.000 grados centígrados y con ello, el combustible hidrazina, de alto poder energético, pero insuficiente para lograr arrancar n avíos de gran peso de la gravedad de la Tierra, había podido ser sustituido por la energía atómica. Y con la resistencia del tal metal prodigio al calor y la transparencia cristalina que se le había llegado a dar, se cerró todo campo de posibilidades al riesgo de que el espantoso calor solar, que en determinadas zonas habían de soportar las naves siderales, las convirtiese en gas o que la fricción con la atmósfera a grandes velocidades pusiera el casco al rojo vivo con los riesgos consiguientes. El zirconio poseía también la virtud de detener los neutrones (las partículas emitidas por el átomo al desintegrarse y que causan la reacción en cadena), haciéndolo inapreciable por tanto para el caso de lucha en que se empleasen armas atómicas.

En el *Escorpión Azul* había sido desechado el anticuado procedimiento de la renovación del oxígeno valiéndose de una determinada alga marina que tiene la propiedad de regenerar el aire y se había recurrido a la eliminación por medio de filtros del ácido carbónico y a la producción sintética del oxígeno que, por la forma en que se producía, iba desplazando al ácido carbónico, arrinconándolo, por decirlo así, conduciéndolo hasta los filtros que lo eliminaban cómo

tal elemento. Y junto con el oxígeno se producían la sal, el yodo y los otros elementos indispensables al hombre.

Y encadenado con esto se había resuelto otro de los problemas al que primeramente no se le había concedido gran importancia, lo que había conducido a graves fracasos. Se había logrado crear una especie de gravedad artificial que había permitido la alimentación adecuada de los viajeros en las largas travesías, el que se inmovilizaran los utensilios necesarios, el que el organismo humano lograra desprenderse de los detritus tal como se realizaba en la Tierra, pudiendo observar así las leyes más elementales de la higiene.

Otros inconvenientes, como el bombardeo de las partículas cósmicas, en algunas zonas ininterrumpido, el peligro de los meteoros y otros, habían sido orillados hacía bastante tiempo y en cuanto a la electrónica, tan desarrollada ya en el mismo siglo XX, había dejado resueltos toda una serie de problemas de navegación por medio de verdaderos cerebros electrónicos que todo lo vigilaban y todo lo resolvían, desde la puesta en marcha del aparato, la denuncia de las averías producidas en pleno vuelo, localización de éstas y, en la mayoría de ocasiones, su reparación automática, hasta el descubrimiento de terrenos apropiados para tomar tierra o agua, levantando en escasos minutos, si el caso lo requería y en medio de la más impenetrable oscuridad, verdaderos mapas de las zonas que sé recorrían hasta hallar el lugar para posarse.

Asimismo se había llegado a una última conquista, que libraba a las aeronaves siderales de un angustioso problema, y era la recuperación del agua en el espacio cósmico, purificándola luego hasta ponerla en condiciones de consumo.

Y aún se contaba en tan modernas aeronaves con dispositivos de climatización, que regulaban automáticamente la temperatura ambiente, manteniendo la atmósfera en un grado de humedad constante y conveniente, así como un sistema de refrigeración con proyección hacia el exterior para acudir en socorro del zirconio-G de que estaba construida totalmente la envoltura de la aeronave, en caso de que la temperatura llegase a excesos que pudiesen comprometer la integridad de la nave.

El conocimiento de tales cosas daba a Arana y sus acompañantes una seguridad casi absoluta, una fe inquebrantable en la victoria, ya que a todas aquellas cualidades se unía el poder de destrucción del armamento que llevaban a bordo: armas atómicas para la destrucción, desde la sencilla pistola hasta el proyectil autodirigido, que buscaba por sí mismo el blanco, y las de tipo defensivo, como los rayos «G-Z» cuya emisión era capaz de detener a cualquier vehículo o proyectil a distancias superiores a los cinco mil metros, haciendo explotar, por medio de sus vibraciones, a los proyectiles y a los mismos vehículos si

llevaban alguna materia explosiva o simplemente inflamable.

Llevaban recorridos más de un centenar de millones de kilómetros desde su salida de la Tierra, cuando Luis Arana, inclinado frecuentemente sobré las cartas de los espacios siderales indicó con el ademán a Buitrago que debía acercarse, señalando, una vez que lo tuvo a su lado, hacia el mapa.

—Hemos llegado a la zona que se puede considerar peligrosa. Durante todos estos días he estado estudiando concienzudamente las desapariciones habidas antes de salir nosotros de la Tierra y las ocurridas durante el tiempo que llevamos en el espacio, y he llegado a la conclusión de que las aeronaves piratas deben tener su base en Júpiter o alguno de sus satélites, si bien el radio de acción de tales aeronaves debe ser inmenso y su autonomía grande. Fíjate en esto. Casi se podría establecer la órbita descrita por los aparatos piratas en sus correrías. Las desapariciones ocurridas en las proximidades de Marte se han dado en las fechas que este planeta se halla más cercano a Júpiter y el resto de ellas, cuando ambos planetas están excesivamente alejados, se han producido todas en las rutas que desde Venus. Marte o la Tierra conducen a Júpiter. He numerado las desapariciones para ver las cosas con más claridad. Pues bien, tomemos, por ejemplo, la número 17; la aeronave se dirigía de Venus a Júpiter. Marte está excesivamente alejado de Júpiter en tal ocasión y fíjate en qué punto se produce la desaparición. Lo mismo ocurre con la 15, 16 y 20. Ambas partieron de la Tierra e iban comunicando continuamente por radio, dando posición, lo que permitió saber el lugar exacto de su desaparición. Lo mismo ocurre con las aeronaves números 14 y 18, salidas de Marte. En todas las desapariciones estudia la posición de Ío, el satélite de Júpiter…

—¿Crees que es ahí donde tienen la base?

—O al menos, el que sirve de pantalla para evitar a tiempo la detención de las naves piratas. Creo que nuestro robot Austin, nuestro gran matemático electrónico, apenas le demos unos cuantos datos nos va a dar el lugar en que, teniendo en cuenta nuestra velocidad, las de los diferentes elementos que entran en juego, así como las direcciones que cada cual sigue, el espacio y el tiempo, nos darán el asalto los piratas, si es que no nos temen, cosa que no tendría nada de particular, en cuyo caso habríamos de lanzar nuestros aviones en su persecución. Haríamos tres escuadrillas de cinco aparatos cada una, que se irían turnando para mantenerse siempre cinco de ellos en el espacio.

—¿No sería esto debilitar nuestras fuerzas?

—Es que tal recurso lo emplearíamos únicamente en el caso de que nuestros enemigos, sintiéndose en inferioridad, huyeran. Pero veamos primeramente lo que nos dice Austin…

—Veamos. También yo estoy convencido de que nos señalará, con ligero margen de error, el punto en que seremos atacados.

Arana dio al robot electrónico los datos propuestos y antes de que transcurrieran dos minutos, ya Austin había dado la respuesta

—Ya la tenemos. Los cálculos que tan rápidamente ha realizado Austin nos han ahorrado cerca de una semana de trabajo...

—Y total, le basta para alimentarse con un poco de electricidad. ¿Qué haríamos si no fuera por los robots? Nuestra civilización no tendría posibilidad de ser. Estos mismos vuelos serían irrealizables.

—Es cierto, pero ten en cuenta que los propios robots son productos de tal civilización.

—¿No constituirán alguna vez un peligro para el hombre?

—¿Los robots? ¡Jamás! Se fantaseará sobre ellos lo que se quiera, pero jamás tendrán lo que hace del hombre un ser superior: espíritu. Podrán superar al hombre en capacidad material, pero ahí quedará todo. El robot será siempre dominado por el hombre que lo ha creado. Un robot o los robots, servirán para destruir hombres, pero jamás destruirán al hombre. El hombre puede destruir al robot, arrinconarlo. El hombre tiene grandes limitaciones en el orden mecánico y de producción, sobre todo si se le compara con el robot, que ha creado para su descanso, pero aún se desconoce el límite de su poder espiritual y el de su capacidad creacionista, máxime si se le compara con el robot, incapaz de crear.

—Y, sin embargo, no llego a comprenderlo.

—Y temo que no acabaremos de comprenderlo jamás. Porque el hombre es al Supremo Creador como el robot al hombre.

—Así es. Cuando pienso en esas cosas me siento abrumado.

—Pues no pienses en ellas o confórmate con nuestra propia insignificancia si la comparamos con la inmensidad que nos rodea. Debemos saber ver nuestras limitaciones, conformarnos con ellas y no pretender emular a quien está muy alto por encima de nosotros, tanto, que es imposible que lleguemos a comprenderlo.

—¿Qué hemos de hacer, pues?

—Admirar, querer, tener fe... Eso es todo.

—Eso es todo. Que es bastante...

El *Escorpión Azul* se mantenía en continuo contacto con la Tierra, con el departamento de Policía Exterior de la Federación de Estados Hispanoamericanos, encargada durante aquel ciclo de la vigilancia de los espacios siderales, y con cierta alegría se había enterado Arana de que, durante los últimos días no se había producido desaparición alguna, ya que atendiendo sus indicaciones, ninguna aeronave salida de Venus, la Tierra o Marte, en viaje hacia Júpiter o de éste en retorno a los otros planetas, había penetrado en lo que él había considerado área de los accidentes, confirmando así sus teorías. En el terreno

particular, Luis Arana había comunicado al general Lomas la presencia de su sobrina en el *Escorpión Azul* y la negativa de la muchacha a abandonarlo.

—Está bien. Una vez que ha salido de aquí, la considero más segura a su lado que en cualquier otro sitio —le había respondido el general con la mayor tranquilidad—. Es tan terca como su madre y su padre juntos y le aseguro que le compadezco, capitán.

—Pues no me compadezca, general, porque la he confinado a la cocina, de donde no le permito salir ni que me cree problemas. Y desde el momento en que fue descubierta, no la he vuelto a ver ni pienso verla si puedo evitarlo… Y en la cocina tal vez aprenda cosas que le hacen mucha falta y que nadie se había preocupado en enseñarle, como son…

—No se moleste, capitán. Las conozco y soy el primero en lamentar que las desconozca. La quiero mucho porque es mi única sobrina, y porque es buena e irresponsable, pero me alegro que haya sido capaz de ponerle un freno y tascárselo luego. Felicítela de mi parte…

Al escuchar al general, Arana se quedó boquiabierto, sin acabar de creer lo que había oído, llegando a pensar que las desgracias habían trastornado el juicio al viejo general.

Y el *Escorpión Azul* continuó devorando los millones de kilómetros a una velocidad fantástica, aproximándose al lugar calculado en que se produciría el ataque. El contacto, por medio de la radio, no se interrumpió entonces ni un solo momento y todos los medios de detección de que disponía el *Escorpión Azul* fueron puestos en juego, tanto los del radar propiamente dicho como los sistemas de detección por medio de las ondas ultrasónicas. Y el resto de los aparatos de observación, como telescopios electrónicos y detectores de tipo electromagnético comenzaron a bucear en la inmensidad del espacio que se abría ante ellos.

En la aeronave sideral, a excepción del leve zumbido de los motores y de los levísimos ruidos producidos por el manejo de los útiles y aparatos de a bordo, reinaba un silencio completo, hasta el punto de que los hombres, al andar, lo hacían marchando sobre la punta de los pies, comunicándose las ideas u órdenes por señas, pendientes todos ellos del mundo exterior, del enemigo que podía saltar sobre ellos y que no debía cogerles desprevenidos.

La primera señal de alarma fue dada por el radiotelegrafista de turno, cuya cabina se hallaba ubicada detrás de la cabina de mando, en el mismo puente.

—Señor. La Tierra comunica que no nos oye…

—¿Y usted la oye?

—Perfectamente.

Personalmente se dirigió Arana al cuadro de control de su cabina y comprobó que no se había producido alarma alguna que indicase la menor avería. Rápidamente, por medio del control electrónico hizo un rápido repaso de la emisora, que tampoco acusó avería alguna.

—¿Qué dice la Tierra ahora?

—Continúa llamándonos. No nos oye y se nota en ellos la angustia natural, temiendo, sin duda, lo peor…

—Y tienen razón. Parece que ha llegado el momento de verle las barbas al enemigo. Continúe atendiendo lo que dicen de la oficina de la Tierra y trate al mismo tiempo de hacerse oír. Cambie la longitud de onda. Es casi seguro de que así lograremos burlar al enemigo…

Arana permaneció junto al radiotelegrafista mientras éste ejecutaba sus órdenes cambiando la longitud de emisión y la respuesta de la Tierra en el sentido de que les habían oído no tardó en llegar. Al variar de longitud de onda, varió Arana la clave de comunicación y se dirigió personalmente a la Tierra.

—Estamos cerca del enemigo, aunque no hemos logrado detectarle aún. Seguramente es él quien ha interferido nuestra comunicación en la longitud de onda que aplicábamos. Tengo la impresión de que mis teorías se confirman.

La propia voz del general Lomas llegó entonces hasta el *Escorpión Azul* y, contrastando con la serenidad de Arana, se le notaba angustiado, inquieto:

—Atención, capitán Arana. Retírense inmediatamente. Deben rehuir el encuentro de momento. Deben hacer el repliegue hacia el punto interespacial M.T.—17. La I.P. 4 acude en su socorro y les encontrará en tal punto, donde recibirán instrucciones. Mantengan contacto en la medida de lo posible…

Arana hizo un gesto de contrariedad, pero comprendió que debía obedecer y se dirigió al micrófono:

—¡Atención! ¡Rumbo 45 − 2-S! ¡Velocidad máxima!

En el silencio impresionante que reinaba en el *Escorpión Azul* se escuchó la orden que se fue reproduciendo en los diferentes departamentos afectados, mientras Arana y Buitrago se mantenían en vigilante tensión.

Transcurrieron los segundos sin que el rumbo de la nave variase y ya comenzaba a inquietarse Arana, cuando en la pantalla registradora apareció la silueta del oficial de rumbo.

—¡La nave no obedece, señor!

Arana, sin perder la calma, ordenó entonces:

—¡Hagan marcha atrás! ¡A toda máquina! De nuevo llegó una desoladora respuesta:

—¡Imposible, señor! Por unos momentos he recibido la sensación de que patinábamos en el espacio, pero, aunque a velocidad reducida,

continúa nuestro avance.

Arana se dirigió entonces al emisor. Dentro de la contrariedad que el hecho le producía, sentíase interiormente satisfecho. La imposibilidad de retroceder le alegraba, porque sin desobedecer las órdenes superiores recibidas, le permitía llegar a enfrentarse con el enemigo, aunque iba sintiendo que éste era bastante más potente de lo que habían imaginado.

—¡Atención! Comandante del *Escorpión Azul*, en vuelo a oficina del Servicio en Madrid. Imposible retroceder. Las máquinas no obedecen a la maniobra y una fuerza que no puedo determinar, pero que anula las de nuestro navío, nos atrae... Temo que no podré evitar el encuentro...

—¡Hágalo imposible!

Era una llamada del propio general Lomas que, consciente del peligro que los expedicionarios abordaban, comprendiendo que iban a la lucha en condiciones de inferioridad, deseaba por todos los medios evitar la catástrofe. Pero la respuesta de Arana, serena, definitiva, cortó sus débiles esperanzas

—¡Imposible, señor! Ellos pueden más que nosotros. Estamos ante algo desconocido e inimaginable, pero que de momento nos supera. ¡Lucharemos!

La palabra final de Arana, envuelta en sencillo patetismo, en valiente convicción, emocionó al general Lomas, que respondió rápidamente:

—Está bien. Luchen si no puede evitarlo, resistan. Enviaré refuerzos rápidamente.

—Será inútil, señor. Llegarían tarde y no debe exponerlos...

De nuevo la comunicación quedó cortada y el general Lomas comprendió que se hallaba ante algo irremediable. Arana tenía razón Era inútil enviarle refuerzos. Si eran vencidos, los que le siguieran debían ir preparados con arreglo a las últimas observaciones de Arana. Y el general se desplomó sentado en un sillón que su ayudante, al verlo vacilar, se apresuró a colocar para evitarle la caída.

Por su parte, en el *Escorpión Azul*, Arana había ordenado al radiotelegrafista cambiar nuevamente de onda, pero en esta ocasión, los esfuerzos realizados para volver a reanudar la comunicación, no dieron resultado positivo alguno y el comandante del *Escorpión Azul* corrió a reunirse con Buitrago que se hallaba pendiente de los resultados que le iban dando de los diferentes departamentos de detección.

—¿Cómo va eso, Buitrago?

—Nada aún. Me parece imposible...

—A mí ya nada me parece imposible. Lucharemos si nos dan ocasión a ello, cosa de la que no estoy muy seguro. El enemigo está

mejor preparado de lo que suponíamos Y no imagino de donde puede haber salido: Ni aun en el mismo Marte, el más adelantado de todos los planetas de nuestro Sistema Solar, existe una civilización superior a la nuestra...

—¿Y por qué el enemigo debe pertenecer necesariamente a nuestro Sistema Solar?

—¿Qué quieres decir, Buitrago?

—Muy sencillo. ¿Qué sabemos nosotros de lo que existe en la inmensidad de los otros sistemas? Tal vez nosotros estemos en una especie de Edad del Bronce comparados con otras civilizaciones florecientes en lo más remoto, en lugares que no somos capaces ni de concebir, dentro de nuestra pequeñez, que nos ha hecho creer que somos los reyes del universo, su epicentro...

—Es posible que tengas razón, pero no nos queda tiempo de perdernos en tales elucubraciones. Mira el indicador de velocidad. Estamos abocados a algo irremediable y debemos aprestarnos a luchar.

—¿Sería conveniente enviar un aparato de exploración?

—No lo creo oportuno. Sería enviar unos hombres a una muerte segura y, como además, en otra ocasión apuntaste muy acertadamente, debilitaríamos nuestras fuerzas.

—¿Qué hacemos ahora con la muchacha?

—Tienes razón. No había pensado en ella. Piensa que lo mejor será tenería a nuestro lado. En último recurso, si llegara a estar todo perdido, tomarás un aparato y te alejarás con ella en dirección a Júpiter. Desde allí te pondrás en contacto con la Tierra y harás un informe lo más extenso posible de lo sucedido. Nuestra experiencia, nuestro sacrificio, debe ser aprovechado. Y ella debe volver al lado de su tío.

—Lo siento, Luis, pero mi puesto, si hay lucha, está a su lado...

—Tú irás donde yo te ordene, Javier, y no creas que la misión que te doy es fácil. Y el informe no lo puede hacer uno cualquiera. Así que tan pronto yo lo ordene, saldrás. Tu puesto a mi lado lo ocupará Prast, que es a quien corresponde.

—Está bien. Obedeceré.

El radiotelegrafista irrumpió en la cabina de mando:

—Es inútil que continúe en mi puesto, señor. Se ha perdido todo contacto con la Tierra, cuyos mensajes no nos llegan ya. He intentado ponerme en contacto con Marte y con Júpiter, pero todo ha sido infructuoso.

—Sin embargo, debe continuar en su puesto, atento a si se produjera alguna señal.

—Sí, señor. A la orden.

En la pantalla de televisión apareció la imagen de un oficial:

—El telescopio electrónico ha captado una imagen, señor. Una especie de nube que avanza rápidamente, girando como un torbellino...

—Está bien, Oramas. Retransmítame esa imagen.

La imagen del oficial desapareció de la pantalla, apareciendo en su lugar una forma confusa, como de una nube de forma esférica y la cual daba la sensación, a tiempo que se acercaba, ganando en volumen, de ir girando a una velocidad vertiginosa.

Arana, con acento que demostraba la excitación de que se sentía poseído, exclamó dirigiéndose a Buitrago.

—¡Mira bien eso, Javier! ¡Es algo inconcebible!

—Es tal como dijo Oramas... ¿Qué puede haber ahí?

Pulsó entonces Arana uno de los conmutadores y tornó a aparecer en la pantalla el mismo oficial que había señalado el fenómeno.

—A la orden, señor.

—¿Qué dicen el radar y el detector ultrasónico?

—No dicen nada aún, señor, a pesar de que estoy emitiendo continuamente ondas de los dos tipos en todas direcciones. He llegado a pensar que el enemigo posee aparatos que, en vez de reflejarlas, las absorben y si es así, será completamente inútil que aguardemos la respuesta.

—Algo así debe suceder. Y temo que suceda lo mismo con las ondas de la radio.

—¿Debo continua remitiendo ondas?

—Sí, continúe. Debemos agotar todos nuestros medios si es preciso. No podemos entregarnos sin lucha. ¿Ha visto de dónde ha salido la nube esa?

—Sí, señor. Ha surgido de detrás de Ío, el satélite de Júpiter.

—Algo así esperaba. Efectúe mediciones y déme cuanto antes los datos que logre. Ponga en marcha también el detector electromagnético. Tal vez él logre algo donde los demás ha fracasado.

—Sí, señor. Ya lo había pensado y sólo aguardo que el endiablado objeto ese se nos coloque a distancia conveniente...

Arana se dirigió a Buitrago. El rostro del comandante del *Escorpión Azul* se mantenía impasible.

—Tenemos enfrente un enemigo digno de nosotros. Encárgate de traer aquí a Sara. Pero que venga ya debidamente equipada, dispuesta a abandonar el *Escorpión Azul*. Y tú debes estar también dispuesto...

Sabía Javier Buitrago por experiencia que era inútil tratar de discutir las órdenes de Arana, cuando éste se había trazado una línea de conducta y sin el menor titubeo salió en dirección a la cocina donde Sara continuaba confinada; y mientras él se alejaba, Arana, ante el micrófono, se dispuso a tomar la iniciativa en el combate Era el comandante del *Escorpión Azul* de los que sostenía que: quien da

primero, si da bien, no necesita dar dos veces...

—¡Atención a los proyectiles «ADI»! ¡Dispongan en los tubos 1 y 10!

Los ascensores electrónicos trabajaron silenciosa y rápidamente y segundos después llegó la respuesta:

—Proyectiles «ADI» dispuestos...

—¡Sala de máquinas!

—A la orden, señor...

—Intente de nuevo la marcha atrás...

—Lo intentaré, señor, pero estoy seguro de no lograr nada. La velocidad aumenta sensiblemente según el indicador y sin embargo tengo la máquina a uno, coma, cinco...

Segundos después, el propio Arana, pendiente de la maniobra, percibía la misma sensación que ya anteriormente le había transmitido el oficial jefe de máquinas: El *Escorpión Azul* patinaba en el espacio, aminorando su velocidad de progresión por unos instantes hasta llegar casi a detenerse. Pero en el forcejeo entablado entre las dos fuerzas contrarias, venció la de avance y el navío continuó su marcha, aumentando la velocidad sensiblemente mientras llegaba el informe de la sala de máquinas.

—¡Imposible, señor! ¡Hemos vuelto a patinar!

—Está bien. Ya lo he notado. Ellos nos van venciendo... ¡Sección de detectores! ¡Medición!

En la pantalla apareció Oramas operando con uno de los aparatos electrónicos de su sección e instantes después se volvía dando los datos solicitados por su jefe.

—Velocidad aproximada, 11.000 kilómetros por segundo...Diámetro posible, sesenta, coma dieciocho kilómetros. Teniendo en cuenta las velocidades correspondientes, según Austin II nos encontraremos con ellos dentro de 15 minutos y 30 segundos... Posiblemente antes si se tiene en cuenta que, a medida que se acortan distancias, la velocidad nuestra aumenta sensiblemente.

El oficial se interrumpió por unos instantes y al hablar de nuevo se advertía en él una expresión de profunda alarma.

—¡Austin II ha resuelto ya el nuevo problema! ¡Chocaremos con ellos si algo o alguien no lo evita, ¡dentro de nueve minutos y diez segundos...!

—Está bien, Oramas, tranquilícese. No creo que piensen suicidarse y saben demasiado que si chocamos con ellos, no quedarían, ni de unos ni de otros, ni los rabos, como vulgarmente suele decirse...

—Eso es lo malo, señor. Continúo midiendo. El radar y las ondas ultrasónicas continúan fallando...

Buitrago llegó en aquel momento a la cabina de mando,

conduciendo de la mano a Sara, una Sara infantilmente asustada, cuya expresión, no pudo menos de hacer reír a Luis Arana.

—¡Menos mal que llevamos con nosotros una mujer de temple!

—¿Qué va a ser de nosotros, Luis? —interrogó la muchacha con gesto lloroso.

—De mí, ni lo sé, ni me preocupa gran cosa. En cuanto a ti, no temas porque vas a salir de aquí antes de que empiece el jaleo. Buitrago te conducirá sana y salva a Júpiter y de allí saldréis para la Tierra…

—¡Yo quiero quedarme a tu lado!

—¡No discutamos! No tengo tiempo para perderlo en tonterías. Disponte a salir con ella, Buitrago. ¡Nos quedan escasamente siete minutos de tiempo! La velocidad de progresión nuestra aumenta por segundos. ¡El enemigo nos atrae cada vez con mayor fuerza! ¡Debéis salir antes de que sea tarde!

CAPÍTULO IV

PIRATAS SIDERALES

A medida que el peligro se aproximaba, Luis Arana mostrábase más sereno, más dueño de sí mismo, dando la sensación de que, con su energía, era capaz de dominar el espacio, de paralizar la marcha del tiempo.

Se continuaba recibiendo en la cabina de mando las mediciones dadas por Oramas y Luis Arana, ajeno a todo lo que no fuera el problema que tenía planteado se hallaba pendiente de su reloj, las mediciones que Oramas iba dando con regularidad y la masa que se reflejaba en la pantalla. Al fin cruzó una mirada de inteligencia con Buitrago y se dirigió al micrófono de órdenes.

—¡Atención tubo lanza proyectiles número uno! ¡Dispongan a «ADI»!

El eco de su voz recorrió el navío, poniendo una nota de inquietud en todos los tripulantes. Era el momento inicial de la batalla y como un eco llegó la respuesta:

—¡«ADI» dispuesto!

—¡Fuego!

Apenas si se oyó un leve chasquido al salir disparado el proyectil el cual avanzó invisible, pero dejando tras sí una tenue estela que se fue fundiendo rápidamente. Buitrago y Arana, con la más viva ansiedad retratada en sus rostros, siguieron la trayectoria de «ADI» que, bien dirigido, marchaba como una flecha. De improviso, cuando le faltaba bastante para llegar al objetivo, cesó bruscamente de producirse la estela, apareciendo como punto final de la misma una explosión en forma de hongo que se fue desvaneciendo rápidamente.

—¡Es algo extraño! ¡No puedo imaginar que Austin se haya equivocado al transmitir las mediaciones! ¡Teniente Oramas!

—¡A la orden, señor!

—¿Está usted seguro de que los datos que se le han dado a Austin eran correctos?

—Después de lo que he visto, no estoy seguro de nada, señor. El detector electromagnético oscila terriblemente y ya llego a dudar de todo.

—¿Qué puede ocurrir?

—Una emisión de falsas ondas luminosas que lo desvirtúa todo. Estoy casi seguro de que la nube no está en el lugar que la vemos. De funcionar los otros detectores, me darían la razón.

—Estoy francamente desconcertado —declaró Arana dirigiéndose

a Buitrago—. Considero que tienes ya datos suficientes para el informe que debes hacer, así es que lárgate antes de que sea tarde.

Saludó Buitrago a su jefe poniéndose firme ante él, llevándose la diestra al borde de la visera y una vez Arana le hubo correspondido al saludo, ambos amigos se abrazaron.

—Que tengáis suerte —murmuró Buitrago.

—Lo mismo os deseo. No creas que la necesitéis menos que nosotros. Vamos, marchad —dijo Arana.

Advirtió Buitrago que Arana se impacientaba y tiró de la mano de Sara que se había mantenido quieta, en actitud implorante,

—Vamos, señorita Naranjo…

—Luis… —musitó ella.

El comandante del *Escorpión Azul* dejó resbalar sobre ella una mirada de fría indiferencia.

—Está bien, Sara. Agradezco tus intenciones pero debes irte… Y nada de escenas melodramáticas ni sentimentales, por favor. Ya sabes que me horripilan y además, no tengo tiempo para ellas.

Las palabras de Arana, el tono en que fueron pronunciadas, hirieron a la muchacha profundamente, provocando en ella una violenta reacción. Su actitud implorante se cambió por otra que reflejaba odio y orgullo, sobre todo orgullo.

—Está bien. Te deseo que triunfes porque me va mucho en ello y deseo que algún día no lejano nos encontremos en otra situación donde tú no seas el que mande. Entonces podré decirte lo engreído y estúpido que te has vuelto. Ahora estoy arrepentida de haberle indicado a mi tío que tú eras el único que podía resolver…

—¡Fuera, que se hace tarde! Me tienen sin cuidado tus tonterías. Tu tío sabe lo que hace sin necesidad de que tú se lo enseñes…

Buitrago, dándose cuenta de que el tiempo volaba, de que Arana se impacientaba, tiró de la muchacha y corrió con ella hacia donde les aguardaba uno de los aviones. Apenas en él, fue introducido el aparato en una cámara estanca y el segundo del *Escorpión Azul* hizo seña para que abriesen la compuerta exterior y catapultasen rápidamente el aparato al espacio, pero se dio cuenta de que el mecanismo no funcionaba y se dirigió por el radioteléfono a los encargados de la maniobra.

—¿Qué sucede ahora?

—La compuerta no se abre. Parece como si una fuerza exterior invencible se opusiese a ello.

—¿Puede haber avería?

—Los detectores no señalan ninguna. Está todo desquiciado, señor…

Buitrago tendió entonces la vista ante sí y pudo ver la nebulosa, apreciable ya a simple vista, que se acercaba rápidamente,

aumentando de dimensión por instantes. Y comprendió inmediatamente que no tenían escape. En su fuero interno, se alegró de ello. Correría la misma suerte que sus compañeros. Únicamente lo sentía por la muchacha que se hallaba a su lado, que se había dado cuenta también de la aparición del fenómeno y que se apretujaba contra su pecho como queriendo hallar protección en él. Y Buitrago sintió una emoción intensa, como jamás la había sentido. Le conmovía profundamente la actitud de la muchacha, el hondo patetismo de sus miradas de corza asustada y se prometió a sí mismo defenderla hasta la última gota de sangre.

—No tema, vamos. Es imposible huir y casi me alegro, pero le prometo que antes de consentir que le ocurra nada, entregaré mi vida. Y como yo hará toda la tripulación del *Escorpión Azul*…

—Menos Luis… —observó ella con un dejo de melancolía.

—Luis más que nadie. No haga caso de él. Yo sé que la quiere, yo sé que él jamás la pudo olvidar aunque jamás me ha dicho nada y él mismo llegó a creerse que la odiaba. Pero vamos fuera. Es inútil que permanezcamos aquí —respondió Buitrago entre serio y festivo—. Creo que hoy va a ser un gran día que nos vamos a divertir de lo lindo,

Cuando ambos llegaron de nuevo a la cabina de mando, Arana, frente al micrófono, ordenaba serenamente:

—¡Atención las baterías de rayos «G-Z»!

—Rayos «G-Z» dispuestos —respondieron desde proa como un eco.

La mirada de Arana se posó por unos instantes sobre Buitrago y Sara, volviéndose luego a la informe bola que cada vez se veía más cercana.

—¡Tubo lanza proyectiles número 10! ¡Dispongan a «ADI»!

—¡«ADI» dispuesto, señor!

Buitrago intervino.

—Eso puede sernos fatal a nosotros mismos. Estamos ya demasiado cerca.

—Lo sé, pero es que me agradaría hallar un hueco. Veamos ahora… ¡Fuego!

Desde el puente, con la más viva ansiedad retratada en sus rostros, contemplaron los dos hombres cómo la estela del proyectil autodirigido daba la sensación de desviarse en vez de avanzar recto como el anterior proyectil y la proa del *Escorpión Azul* se desvió también ligeramente según se pudo apreciar en el indicador del rumbo.

—Es algo extraño —murmuró Arana—. Este se acerca más que el otro y parece que, igual que nuestra nave, va al objetivo real…

—¿Qué puede haber sucedido? —respondió Buitrago absorto,

sintiendo que gruesas gotas de sudor resbalaban por su frente.

Sabían ambos hombres que la suerte de ellos, la del *Escorpión Azul* y la de su tripulación, la de Sara y, posiblemente, la seguridad del tránsito en los espacios siderales estaban en el comportamiento de «ADI», de aquel «ADI» que era seguido ansiosamente por la mirada de la mayoría de los tripulantes del navío sideral.

Y cuando parecía que la estela del proyectil iba a fundirse con la nube que daba la sensación de girar vertiginosamente, vieron que aquella se levantaba, desviándose bruscamente de su trayectoria, despegándose del fenómeno

Una expresión de angustia se reflejó en todos los rostros al ver que «ADI» fallaba y que, segundos después, explotaba en el aire, a algunas decenas de kilómetros por encima de la nube.

Sucedíase todo con vertiginosa rapidez, pero no por ello perdía Arana el control de sus nervios, decidiéndose entonces a quemar el último cartucho.

—¡Fuego los rayos «G-Z»!

Su voz sonaba firme, con vibraciones metálicas y Sara, bien a su pesar, sintió que su admiración por el hombre, crecía.

El *Escorpión Azul* experimentó una leve sacudida, precipitando a continuación su marcha y una sonrisa alumbró el rostro de Arana, sonrisa que se quebró prontamente al experimentar la nave una especie de choque que hizo ordenar a Arana rápidamente:

—¡Corten la emisión de rayos!

—¿Qué ha ocurrido? —interrogó Buitrago.

—Tengo la sensación de que el enemigo ha podido rechazar los rayos y ha faltado muy poco para que nosotros hayamos sido víctimas de ellos. Menos mal que el zirconio-G resiste mucho, bastante más de lo que yo imaginaba.

—¿Y qué podemos hacer ahora? —interrogó Buitrago con flema —. Porque es de esperar que todo lo demás que tenga esa gente esté en consonancia con lo que ya nos han demostrado y, en ese caso, nos la van a dar todas en el mismo carrillo.

—Eso creo —respondió Arana—. No nos queda más que aguardar. Esto no quiere decir que nos abandonemos. Pese a todo, debemos estar preparados para lanzarnos por si llega a ofrecérsenos el menor resquicio…

La nube estaba a punto de ser alcanzada y Arana, acudiendo de nuevo al micrófono, se dirigió a los tripulantes del *Escorpión Azul*:

—¡Atención todos! Parece que el enemigo ha neutralizado el veneno de nuestro *Escorpión Azul* y que éste no puede picar como se podía esperar de él. Pero esto no quiere decir que estemos vencidos ni que nos hayamos de entregar. Hay que conservar la moral, la disciplina y la fe. Vamos a necesitar de todo ello más que nunca y

veremos cómo tales conceptos no son palabras vacías, sino virtudes que nos darán más fuerza que las propias armas que hasta este instante nos han resultado inútiles. Que cada cual permanezca en su puesto sin una relajación, dispuesto a obedecer como siempre, a luchar si llego a ordenarlo, y lo haré tan pronto se nos ofrezca el menor resquicio. ¡Que tengan suerte!

Un silencio impresionante dominó en la nave, y Arana sintió puestas sobre él las miradas de todos los tripulantes que se hallaban a la vista y comprendió que los que se hallaban encerrados en sus respectivos departamentos hallábanse también pendientes de sus decisiones.

El *Escorpión Azul* comenzaba a penetrar ya por entre las desgarraduras de nubes que limitaban la masa impalpable que tenían a la vista y el compuesto gaseoso se fue disipando lentamente, abriendo horizonte mientras la aeronave sideral aumentaba en velocidad, atraída por incontenible fuerza.

Pese a la gran serenidad de que hacía gala Arana no pudo evitar un gesto de angustia al alzar la vista hacia el indicador de velocidades y comprobar que ésta iba aumentando a un ritmo acelerado. Las miradas de Buitrago y Arana, atraídas por lo mismo, se encontraron, y el primero manifestó serenamente, con expresión de profunda conformidad.

—Temo que no va a haber nada que pueda evitar que nos estrellemos.

—Yo no soy tan pesimista. Esta fuerza que nos atrae no es una fuerza bruta y, como antes dije, sabe que nuestra destrucción acarrearía la suya.

Sara Naranjo, sin acabar de comprender lo que sucedía, se acercó lentamente a Luis Arana, apoyándose en él, buscando refugio en su corpachón de atleta y el hombre, insensiblemente, sin darse cabal cuenta de lo que hacía, la tomó de la cintura, estrechándola contra su pecho de forma un tanto maquinal, pero sin perder de vista los cuadros indicadores de la velocidad.

La sección de detectores envió su aviso a los ocupantes de la cabina de mando, se volvieron hacia la pantalla de televisión, donde apareció Oramas; en su rostro se leía una viva excitación al comunicar:

—¡A través de la niebla endemoniada esta, se ha logrado detectar un núcleo sólido! Retransmito las impresiones del radar.

El radar, con ayuda de la radiofotografía, diseñó con toda exactitud el mapa de la región sobre la que volaban, hacia la que se sentían atraídos y, combinado con ello, la imagen del propio *Escorpión Azul*, en la posición que ocupaba respecto al mapa.

Buitrago señaló con su índice a tiempo que aparecía en su rostro

una expresión de alarma:

—Nos estrellamos irremisiblemente…

—Aún no nos hemos estrellado, Javier —respondió Arana con seguridad en el acento.

En el comandante del *Escorpión Azul* se observaba el firme propósito de luchar y vencer, la enérgica resolución que convierte a los hombres en gigantes.

—Ves cantándome ininterrumpidamente las distancias a que nos hallamos de ese núcleo sólido… Dirigióse entonces Arana al micrófono de órdenes y gritó con su voz robusta, que tronó rodando por el navío, arrancando a los tripulantes del mismo del mudo estatismo en que habían caído:

—¡Atención, las ruedas giroscópicas de dirección! Cuarenta grados proa norte.

Después de ordenada la maniobra se oyó la voz monótona de Javier Buitrago:

—Doscientos mil metros… Ciento ochenta mil… Ciento cincuenta mil…

Al entrar dentro de la masa gaseosa, parecía notarse la velocidad del navío en su irrefrenable avance.

—Cien mil metros…Noventa mil… Al notar que la maniobra no se producía, Arana manipuló el control, apareciendo en la pantalla la imagen del sudoroso oficial de máquinas.

—¿Qué ocurra ahora?

—Las ruedas giroscópicas parecen estar agarrotadas, señor…

—Haga un esfuerzo…

Buitrago continuaba cantando:

—Ochenta mil… Sesenta mil… Cuarenta mil…

Por las frentes de los dos hombres rodaban gruesas gotas de sudor y Sara, con expresión angustiada contempló el rostro de Arana.

—Vamos a morir, ¿verdad, Luis? Pues antes de morir quiero que me perdones… y que me beses. Y al decirlo se volvió totalmente de cara al hombre, alzándose sobre la punta de sus pies para alcanzar la boca de él.

El comandante del *Escorpión Azul* pareció despertar entonces de un sueño, dándose cuenta de la absurda situación que le planteaba Sara en tales momentos y la contempló con fría furia.

—¡Déjate de tonterías! Dependen de mí demasiadas cosas para poder entregarme a histerismos propios de niñas ociosas… ¡Llévate «esto» de aquí, Javier…!

Pero Javier Buitrago continuó inconmovible cantando cifras, mientras Sara, avergonzada por la repulsa de Arana corría a refugiarse en la cabina del radiotelegrafista.

—Veinte mil… Diez mil… —cantó Buitrago sin que en el tono de

su voz ni en la expresión de su rostro, pese a la inminencia de la catástrofe, sé advirtiera el menor signo de desfallecimiento...

—Ocho mil... Seis mil...

La niebla se aclaraba totalmente, y a simple vista se podía observar una esfera, cuyo movimiento no se podía percibir en el espacio, pero que indudablemente se movía y contra la cual avanzaba el *Escorpión Azul*, dando la sensación de que se iba a estrellar contra ella.

—Cuatro mil... Tres mil... —cantó Buitrago.

Se observó entonces que, paulatinamente, la velocidad del *Escorpión Azul* disminuía y que con un considerable esfuerzo, la maniobra ordenada por Arana se iba logrando hasta que finalmente se oyó la voz jadeante del oficial de máquinas:

—Se ha logrado totalmente la maniobra, señor.

—Bien. Le felicito. Estabilice el navío...

—A la orden, señor.

Un hurra estremecedor acogió el informe del oficial de máquinas, hurra que resonó potente por todos los ámbitos del navío, desdoblándose en centenares de ecos. Sarita, ajena a lo que ocurría, al oír el estruendo, se asomó a la puerta de la cabina con los ojos desorbitados por el terror.

—¿Qué sucede? ¿Nos estrellamos? Yo aún no he sentido...

Pero Luis Arana se volvió a ella con fría expresión.

—Vuelve a donde estabas y déjanos tranquilos. Fuiste tú quien te metiste en esta aventura...

Arana, desde el micrófono, advirtió entonces:

—¡Cuidado, amigos! ¡Ni un solo momento he dudado de que nos salvaríamos, entre otras razones, porque nuestra destrucción podía acarrear la del enemigo y éste debe saberlo, pero tengan en cuenta que un optimismo excesivo puede sernos grandemente perjudicial. Pido serenidad a todos...

De la sala de detectores llegaban una serie de mediciones que ahora respondían a una realidad, y Buitrago y Arana, pendientes de sus telescopios electrónicos, iban reconociendo el suelo que se deslizaba por debajo de ellos, haciendo sus observaciones personales, disparando las máquinas de microfilm que llevaba el navío dispuestas, computando las observaciones propias con los datos que se iban recibiendo.

Mientras tanto, el navío iba descendiendo lentamente, volando ya por debajo de los mil metros de altura. De tanto en cuanto llegaban desde el suelo cegadores destellos que sorprendían a los tripulantes del *Escorpión Azul* y Buitrago pareció sorprendido.

—Hasta el momento no he visto ciudad alguna.

—Ni yo tampoco, y la cosa me tiene un poco perplejo. Tal vez en

este desconocido mundo, porque esto es un verdadero mundo, aunque de reducido tamaño, vivan plenamente la era atómica o la hayan dejado atrás y sus ciudades sean subterráneas como lo son ya una gran parte de las nuestras. ¿Quién iba a decir a los hombres de principios hasta mediados del siglo XX que gracias a sus inventos, a sus conquistas en el orden a la desintegración del átomo íbamos a tener que vivir poco menos que como los topos y esclavos del terror de vernos reducidos a la nada en cualquier momento?

Arana señaló para un gran espacio desierto, un terreno de un color grisáceo y áspero, sin vegetación alguna y que daba la sensación de ser una inmensa palangana, en el centro de la cual se podía divisar una masa bastante considerable de agua.

—Fíjate allá abajo, Javier. Da la impresión de ser un lago. Podría ser un buen lugar para posarnos en él.

Dirigióse entonces al micrófono y ordenó por él.

—Mantengan vuelo a esta altura sobre el mismo terreno en que estamos, describiendo círculos sobre el lago que tenemos a la vista. Efectúense las mediciones para conocer la densidad de la materia líquida que lo compone y la topografía de su suelo, así como su profundidad. Sería una suerte que pudiésemos posarnos en él.

Buitrago se dirigió entonces a su jefe y amigo:

—¿No te parece un tanto extraño que nos hayan dejado tranquilos hace ya un buen rato?

—Sí, me extraña y precisamente me estoy aprovechando de ello, no sea que se cansen de tanta benevolencia.

La imagen del oficial de máquinas apareció de nuevo en la pantalla y su rostro mostraba el desaliento de que se hallaba poseído.

—No nos dejan efectuar la maniobra ordenada por usted, señor. Tengo la impresión de que se nos observa y juraría que una fuerza tira de nosotros a su antojo. Llevo las máquinas a uno, coma, cinco, para no estrellarnos caso de que tal fuerza llegara a abandonarnos, pero en realidad, no la necesitamos.

—No tendremos más remedio que dejarnos llevar y ya veremos en qué para todo esto.

El terreno gris, con su lago que parecía de juguete, fue quedando atrás, y a la vista de los viajeros siderales se presentó una comarca de aspecto más agradable, con tierras que parecían doradas unas, rojizas otras, pero unas y otras, yermas, sin una nota vegetal que endulzara el paisaje. A medida que avanzaban se observaban con más frecuencia los destellos cegadores, brillantes, que ya antes había llamado su atención y que abarcaban considerables extensiones de terreno, no pudiendo penetrar ni los ojos humanos, pese a la ayuda de los elementos de observación que poseían, ni los ojos eléctricos del radar, ni los sónicos de los ultrasonidos, a través de tales destellos para

lograr saber qué es lo que había detrás de ellos.

—Creo que nos aguardan bastantes sorpresas.

—Sí, eso mismo voy creyendo largo rato. Pero para eso hemos venido. Si bien hemos de procurar que no nos sorprendan excesivamente y reservarnos para poder dar nosotros alguna…

El radiotelegrafista apareció en la puerta de la cabina. Se le notaba pálido, emocionado y llevaba en sus manos un papel azul con una cinta blanca pegada en el centro. Era el papel que empleaban para recoger los radiogramas.

Arana, al notar al hombre tan demudado y que por detrás de él aparecía ¡a cabeza de Sara luciendo una expresión similar, alargó su mano hacia el papel a tiempo que interrogaba:

—¿Qué ocurre? ¿Acaso se desploma algún nuevo planeta sobre nosotros?

—No, señor, nada de eso. Es la emoción de ver que, cuando tan alejados estamos de nuestra España, se dirigen a nosotros en nuestro propio idioma y expresado con toda corrección, según usted mismo podrá observar, señor.

Arana estuvo tentado de meterse con Sara, que desobedeciendo sus órdenes, se atrevía a asomar de nuevo en la cabina de mando, pero comprendió que la muchacha había llevado ya un excesivo vapuleo e hizo como que no la veía, observando de soslayo a Buitrago, que hacía señas al radiotelegrafista para que retirase a la muchacha hacia el interior de su cabina.

Arana sonrió comprensivo dirigiéndose a su subordinado:

—Está bien, Javier. Estoy dispuesto a dejarla tranquila por el momento si no vuelve a intervenir en donde no debe. Seguidamente se dispuso a leer el radiograma que el telegrafista le había entregado y que estaba concebido en los siguientes términos;

«Al comandante Luis Arana, del *Escorpión Azul*: Déjense llevar sin oponer resistencia, porque será inútil cuanto hagan. No intenten hacer uso de las armas que llevan a bordo. Su esfuerzo sería inútil y les acarrearía graves perjuicios. Bienvenidos a Sambia.

Ammón-Sha, jefe de Estado.»

Al terminar de leer, Arana alargó el radiograma a Javier Buitrago:

—Toma, entérate y dime qué te parece. A mí esto me huele un poco a mascarada… aunque pueda resultar una mascarada trágica.

El joven oficial vasco, después de leer, tendió el papel a su amigo, devolviéndoselo a tiempo que hacía un gesto un tanto ambiguo.

—Sí. Algo de eso parece que tiene. Detrás de esas líneas hay algo amenazador y el que las ha escrito parece que lo ha hecho con el decidido propósito de inquietarnos. Creo que, pese a la superioridad

que hasta ahora ha manifestado, nos tiene miedo.

—Coincidimos en ello. No veo, detrás de todo esto, el carácter firme que era de esperar después de los despliegues de fuerza que hemos experimentado. Diríase que el poder de que dispone le viene un poco ancho... Lo que sea, querido Javier, no tardaremos en verlo —continuó Arana señalando hacia el suelo, que se iba acercando a ellos.

El *Escorpión Azul*, sin que sus tripulantes interviniesen en la maniobra para nada, había virado sobre la banda de babor, volando sobre un lago de mayor superficie que el que habían visto anteriormente entre rocas grises. A uno de los extremos del lago, donde éste cerraba, se divisaba un canal lo suficientemente amplio para que el navío sideral pudiese navegar por él y hacia tal punto dirigió su afilada proa.

—¿No piensas enviar contestación alguna a Ammón-Sha?

—No. Eso sería tanto como demostrar temor o, al menos, acatamiento y, de momento, no me interesa. Ten en cuenta que nosotros hemos descubierto su miedo, precisamente porque se ha dirigido a nosotros cuando podía habernos traído lo mismo sin hacernos la más mínima comunicación.

—Tienes razón. Y ya tengo ganas de verle las barbas al tipo ese...

CAPÍTULO V

EN EL REINO DE AMMÓN-SHA

El *Escorpión Azul* llegó a lamer, con la parte inferior de su casco, la superficie del agua, tornando a levantarse a impulso de la velocidad que llevaba, alzando verdaderas nubes de espuma, volviendo a tocar la superficie del agua, adhiriéndose a ella en esta segunda tentativa. La velocidad fue cediendo, profundizando entonces en el agua el navío sideral que avanzó majestuoso, llegando hasta la boca del canal que se abría ante él. Sus alas se plegaron automáticamente a sus costados y, convertido así en una especie de nave corriente, pudo penetrar en el canal.

Los tripulantes, cada uno en su puesto, observaban el mayor silencio y aquellos cuya situación les permitía divisar el exterior, sintieron viva extrañeza al observar la ausencia absoluta de seres vivientes en el terreno que llevaban recorrido y en los dos muelles que cerraban el canal que recorrían entonces. Asimismo, en la zona de canal que se divisaba no se veía embarcación, grúa, ni maquinaria alguna que pudiese ser señal de que aquello se hallaba habitado por seres inteligentes.

Arana no era el menos extrañado de todos e hizo observar a Buitrago tal peculiaridad:

—No se ve bicho viviente alguno. La verdad es que no comprendo esto. Te habrás fijado también en que las tierras que se han puesto al alcance de nuestra vista son completamente áridas y algunas, por su color, dan la sensación de que serían cultivables.

—Sí. Tal vez les falte algo. Agua...

—¿Agua? No lo creo. Por lo menos, a las tierras inmediatas al canal. Y ya viste el otro lago, el primero que divisarnos. Es posible que les falte oxígeno. Tal vez carezcan de atmósfera o la que tengan no posea los elementos necesarios a la vida vegetal... Pero observa... ¡Mira eso!

El canal, que daba la sensación de que finalizaba en un determinado punto, había ofrecido una brusca curva que el *Escorpión Azul* había logrado virar difícilmente, enfrentándose entonces con un espectáculo inenarrable.

Ante los hombres de la Tierra se alzaba una enorme cúpula, seguramente de material plástico, y la cual obedecía a una atrevidísima concepción. La cúpula relucía y daba la sensación de ser hasta cierto punto, transparente, sin embargo, no podía apreciarse nada a través de la pulida materia que la formaba.

—Fíjate bien, Buitrago. La vida ha de estar necesariamente detrás de esa magnífica cúpula, muestra de audacia arquitectónica, señal de la capacidad creadora de los ingenieros que pueblan este planeta, o lo que sea. Estos eran los espacios que veíamos rebrillar de tanto en cuanto desde el aire. Habíamos pensado en ciudades atómicas, enterradas bajo tierra y no es eso.

A la vista de Buitrago y Arana se alzó entonces una compuerta de la misma materia plástica, que tanto había llamado su atención, y el *Escorpión Azul* se dirigió a ella, cerrándose herméticamente de nuevo cuando el navío la hubo rebasado. Así, el *Escorpión Azul* quedó encerrado en una especie de compartimiento estanco y pensaba Arana que se quedarían detenidos allí cuando otra compuerta, del mismo tipo de la anterior, tornó a elevarse, siendo rebasada asimismo por el navío sideral.

Desembocaron entonces en una especie de pequeño puerto artificial, casi completamente cuadrado, y allí sí se observaron ya señales bien patentes de vida. Veíanse anclados en el puerto algunos navíos que no diferían gran cosa de los de la Tierra, salvo en que, los que tenían ante la vista los expedicionarios, se hallaban todos provistos de una especie de cúpula o techo del mismo material o parecido de la cúpula general. En torno a los navíos se podía apreciar un gran movimiento de hombres vigilando las máquinas que efectuaban los trabajos de carga y descarga de los navíos, así como la conducción de las mercancías descargadas a unos grandes tinglados, que se veían rodeando la zona del puerto.

—¡Por fin, hombres! ¡Hombres como nosotros! —exclamó Buitrago complacido—. Al fin sabemos con qué clase de seres tenemos que habérnoslas y que además no son bestias fabulosas, sino pacífica gente trabajadora...

—No eches las campanas a vuelo tan pronto, Buitrago. ¿Qué sabemos lo que puede haber detrás de esos pacíficos seres?

—¿Pesimista tú, Luis? ¡Nunca lo has sido!

—Ni ahora tampoco, pero procuro ser objetivista. Estos pacíficos y trabajadores seres que tenemos ante nuestra vista, no son capaces de crear los ingenios que han logrado dominarnos. Obsérvalos y comprenderás cómo no demuestran suficiente inteligencia para ello.

—Naturalmente que no, pero habrán otros más inteligentes, exactamente igual que ocurre en nuestra Tierra.

—Justamente Más inteligentes y más ambiciosos, capaces de todo por el logro de sus ambiciones, de desencadenar guerras, de hacer sufrir a sus semejantes con tal de hinchar sus arcas, de dominar. A esos son precisamente a los que temo. El peor enemigo que tiene el hombre, es el hombre mismo. Dicen que lobos entre lobos no se muerden, pero los hombres entre los hombres, sí que se muerden. Y

ahora, observa a esos hombres. Dan la sensación de que son como autómatas que sólo viven para su trabajo sin importarles en absoluto lo que les rodea, ni lo que hacen los demás. Observa y verás cómo ni siquiera la presencia de nuestro *Escorpión Azul*, tan diferente a todo lo que les rodea, ha despertado su atención. Diríase que están ciegos, pues algunos hasta lo han mirado, «nos han mirado» y da la sensación de que ni siquiera nos han visto. Sin embargo, sus ojos tienen brillo, ven… ¿Quieres decirme que se hallan tan acostumbrados a espectáculos como el que ofrecemos que no les llama la atención por eso mismo?

Buitrago frunció el entrecejo antes de responder.

—¡Es cierto. No había observado tal detalle, pendiente de ver las instalaciones estas y lo que asoma tras los tinglados. ¡Fíjate! A medida que nos acercamos resulta más deslumbrador.

Arana alzó la vista abarcando con ella los puntos que Buitrago le señalaba y quedó tan sorprendido como su mismo compañero, al ver asomar por detrás de los tinglados, entre frondosos árboles, de un verdor maravilloso, repletos de vida y color, una serie de cúpulas y altos edificios que ofrecían un conjunto armonioso por sus proporciones y sus formas. Veíanse altas terrazas con jardines colgantes y entre ellas árboles, vegetación, surgiendo de entre ellas torres de formas ligeras, graciosas y otras construcciones más robustas, en forma de tobogán, con sus pistas que las rodeaban descendiendo desde lo alto, ciñéndose a ellas a modo de escaleras de caracol, comunicándose unas con otras por medio de graciosos puentes de altas arcadas y finas columnas.

El *Escorpión Azul* maniobró con toda justeza, tal que si tirasen de él por medio de una serie de hilos invisibles, y atracó suavemente en uno de los muelles, muelle que estaba totalmente despejado y que, por su aspecto y ornamentación, comprendieron inmediatamente los hombres de la Tierra que se trataba del muelle destinado a viajeros, ya que en la zona aquella no se observaba grúa ni movimiento humano alguno.

Pese al brillante y extraordinario espectáculo que se les ofrecía, los tripulantes del *Escorpión Azul* habían permanecido cada cual en su puesto, extremo que, por medio del control de televisión, pudo comprobar Arana. Esperaban que de un momento a otro pudiera producirse cualquier imprevisto acontecimiento y sabían que sus vidas, su suerte futura, podía pender de la rapidez con que cumplieran las órdenes de su jefe, al que sabían pendiente del momento en su cabina de mando.

El radiotelegrafista irrumpió en aquel momento en la cabina de mando. Era portador de otra comunicación que entregó a su jefe.

Arana, sin mostrar la menor vacilación, la tomó y leyó:

«De Ammón-Sha, jefe de Sambia a Luis Arana, comandante del *Escorpión Azul*. Pronto podréis salir de vuestro navío. Podéis hacerlo confiadamente considerándoos mis huéspedes. No necesitáis llevar escafandra alguna, ya que nuestro aire tiene una composición similar al del que disfrutáis en la Tierra y os permitirá una respiración normal. Notaréis una ligera diferencia en lo que a vuestro peso se refiere, debido a que la gravedad de Sambia es inferior a la de vuestra Tierra. Esto, como bien sabéis, os permitirá desplazaros con más ligereza, saltar más altura, etc. Un vehículo os recogerá dentro de breves minutos a la salida de vuestro navío, No debéis sacar de él vuestras armas ni ningún instrumento de comunicación con el exterior. Debéis guardar el mayor orden sin preocuparos en absoluto de lo que os rodea. Seréis conducidos directamente a mi residencia, donde os aguardo.

—Ammón-Sha, jefede Estado.»

Tendió Arana el comunicado a Buitrago:

—Toma, lee. Ya empiezan las órdenes. Dadas entono amigable, pero órdenes, al fin y al cabo.

Leyó Buitrago la comunicación e interrogó a su amigo:

—¿Qué piensas hacer?

—Responderle rápidamente

Arana escribió rápidamente dando a leer a Buitrago la respuesta:

—Toma, lee a ver que te parece…

La respuesta estaba concebida en los siguientes términos:

«De Luis Arana, comandante del *Escorpión Azul*, a Ammón-Sha, jefe de Sambia. Como huésped no estoy acostumbrado a recibir órdenes. Ahora bien. Si tus palabras de amistad son falsas y nos consideras tus prisioneros, exponlo claramente para obrar según nos convenga. Hemos venido a Sambia en son de paz.»

—¿Qué te parece?

—Está bien. Así veremos cómo reacciona el tal Ammón-Sha. Que sepa además que no le tememos, aunque se crea en condiciones de poder aplastarnos.

Transmitido el mensaje, no tardó en llegar la respuesta:

«Os consideramos como huéspedes y amigos, pero no vacilaríamos en consideraros como prisioneros tan pronto como faltéis a las normas que, como señor de Sambia, tengo derecho a señalar. Y conviene tener presente que no sois vosotros quienes habéis deseado venir a Sambia, la cual desconocíais, sino yo quien os ha traído. Os

ruego que preparéis el desembarco y espero os atengáis a las instrucciones recibidas.

—Ammón-Sha, jefe de Estado.»

—Está claro. Arana. Seguiremos las instrucciones.

—No había pensado en tal cosa, Javier. Me agradaría que quedara gente en nuestro *Escorpión Azul*. Aunque hayan de quedar escondidos Prast podía asumir el mando del grupo y obrar luego en consecuencia, según nos tratasen.

Pero de nuevo apareció el radiotelegrafista con una nueva comunicación en la mano, cuya lectura sumió a los dos amigos en el más vivo de los asombros:

«Debéis desembarcar los sesenta hombres que componéis la tripulación, sin olvidar a la joven que os acompaña.

—Ammón-Sha.»

—¿Cómo puede, ser esto, Arana? Es para volverse locos.

—No tanto, Javier, no debes dejarte impresionar. Puede ser producto de dos cosas. O Ammón-Sha es lo bastante inteligente para suponer que nosotros nos reservamos y da la cosa como hecha para sorprendernos e intrigarnos o sus medios de detección le permiten escuchar lo que hablamos aquí dentro, aunque no lo creo.

—¿Y cómo puede saber lo de la muchacha si no fuera por una cosa así?

—Pueden haberla visto desde lejos, cuando salisteis de esta cabina hasta el avión.

—No olvides, Arana, que estamos en presencia de una civilización de primerísimo orden.

—Cuento con ello, Javier y por eso mismo me estoy aguantando un poco. Ya puede salir Sara de ahí y estar con nosotros, pero por favor, que no se meta en lo que no le importa...

Mientras Buitrago iba en busca de Sara, Arana vio llegar un veloz y extraño vehículo, todo él, al parecer de miniatura plástica, brillante, pulida. El vehículo no tenía ventanilla alguna y sí unas portezuelas en la parte trasera del mismo, así como unos respiraderos en el techo. Desde el exterior no se veía nada del interior del vehículo, ni siquiera el conductor que Arana se imaginó en la parte delantera. El vehículo carecía de ruedas en el concepto de forma circular y se deslizaba sobre una fila de esferas de no demasiada altura y que estaban situadas de cabeza a cola, en el centro del vehículo. Otra de las peculiaridades observadas por Arana en el vehículo era que, pese a la indudable dureza de los materiales con que estaba construido, poseía a la vez una cierta flexibilidad que le permitía adaptarse perfectamente a las

curvas por pronunciadas que estas fueran y máxime teniendo en cuenta el largo del vehículo que rebasaba los doce metros.

Nadie bajó al detenerse el vehículo y sin embargo Arana observó que la cúpula transparente del *Escorpión Azul* se descorría, quedando la cubierta al aire y que ésta tendía automáticamente la amplia pasarela de que iba provista, descansando el extremo libre en el piso del muelle. Arana, extrañado, se dirigió al televisor, poniéndose en comunicación con el departamento de máquinas, cuyo oficial apareció en la pantalla:

—A la orden, señor.

—¿Quién ha ordenado descorrer el techo y tender la pasarela? —interrogó con severa expresión.

—Nadie, señor. Ni nadie de la tripulación ha intervenido en la maniobra. Ha debido ser una de esas endemoniadas y extrañas fuerzas exteriores que tanta guerra nos viene dando.

—Está bien. Dispónganse a desembarcar.

Buitrago, que había regresado trayendo consigo a Sara, a una indicación de Arana, se dirigió al micrófono de órdenes.

—¡Atención! Dispuestos para desembarcar. Todo el mundo sobre cubierta. Las armas, aun las de defensa personal, deben quedar en el navío...

Buitrago presenció cómo su orden era rápida y silenciosamente cumplida, formando toda la tripulación del *Escorpión Azul* en cubierta, dirigiéndose entonces a Arana:

—Todo dispuesto para desembarcar..

—Está bien. Ahora les pasaré revista.

En el navío había cesado toda actividad y Arana sintió la responsabilidad del momento al contemplar las filas de hombres que le habían sido confiados, que dependían de sus decisiones y cuya suerte dependía de que tales decisiones fuesen acertadas o equivocadas Por unos instantes pensó que debía resistir, luchar, lanzarse a un ataque por sorpresa; pero las muestras de capacidad que el enemigo había dado le contuvieron. Aunque se resistía a confesárselo a sí mismo, se sintió vencido. Y pensó que debería echar mano de toda su astucia si quería triunfar. Tan pronto saltase con sus hombres del navío, estaría totalmente a merced del enemigo, pero ¿no lo estaba ya aun dentro de él, antes de haber visto siquiera el planeta? ¿Qué encontraría en él? ¿Lograría encontrar a las víctimas de las desapariciones que habían movido al general Lomas a lanzarlo a la empresa? ¿Estarían allí los padres de Sara?

Al pensar en ellos sintió que la muchacha rebullía a su lado, contemplándole con expresión de temor y timidez. Por primera vez desde que la conoció la sintió humanizada, desposeída del orgullo, de la soberbia que su posición de ser privilegiado en la Tierra le daba. Y

sintió piedad hacia ella.

—Vamos a tierra. Te mantendrás a mi lado mientras sea posible y procura reservar tus impresiones y no hablar a menos que se te interrogue y no puedas eludir la respuesta. Piensa bien antes de responder y procura ser parca en tus contestaciones. Tú no sabes nada de nada y vienes en el navío como sanitario. Supongo que sabrás algo de esto, ¿no es eso?

—No sé algo. Sé bastante.

—Lo celebro. No deja de ser una ventaja para el caso de que llegue el reparto de leña, cosa que espero llegue antes de que seamos viejos.

La expresión de Arana era burlona y Sara optó por no asustarse.

Instantes después, tras pasar revista, a los tripulantes, asegurándose por medio de un ojo electromagnético que sus órdenes habían sido obedecidas en lo que a las armas se refería, fueron desembarcando, abandonando el *Escorpión Azul* y tomando plaza en el vehículo que Ammón-Sha, les había enviado.

Y una de las sorpresas que experimentaron fue ver que desde el interior del vehículo se veía perfectamente el exterior tal que si el material de que estaba construido fuese del más transparente cristal. Sin embargo, desde el exterior era completamente impenetrable, no observándose la misma transparencia y comprendiendo entonces los expedicionarios por qué las enormes placas brillantes que habían observado desde el navío en vuelo, resultaban impenetrables a la vista, ocultando celosamente lo que guardaban mientras los que estaban en su interior les veían perfectamente.

En el mando del vehículo había un hombre semejante a los que habían visto en las tareas del puerto y vestido como aquellos de una forma extraña, con unos trajes brillantes y flexibles, ajustados al cuerpo tal que si de mallas se tratasen, pero con holgura suficiente para permitirles los movimientos por violentos que fuesen. Los trajes de los que trabajaban en el puerto eran todos de un mismo color, de un gris acero y los del vehículo, pues junto al conductor iba una especie de ayudante, eran verdes, de un verde luminoso, fuerte.

Los dos hombres que iban en el vehículo confirmaron la impresión que los trabajadores del puerto habían dado a los expedicionarios. Se mantenían indiferentes a todo lo que les rodeaba, atentos únicamente al cumplimiento de su misión, sin que pareciese despertar su curiosidad las diferencias que indudablemente ofrecían los expedicionarios con relación a los habitantes de aquel planeta.

Cuando el último de los expedicionarios hubo entrado en el vehículo, el acompañante del conductor, que se hallaba de cara a ellos, pulsó una manivela, la puerta del vehículo se cerró herméticamente y el conductor puso en marcha la máquina que se

desplazó veloz y silenciosa, sin que en su interior se notara vibración alguna, sintiendo en cambio que el aire era renovado constantemente por los simples ventiladores del techo.

Ante los asombrados ojos de los expedicionarios desfilaron entonces una porción de jardines, a ras de suelo unos, colgantes otros de inigualable belleza, perspectivas maravillosas ofrecidas por el armonioso conjunto de edificios surgiendo de los jardines, ofreciendo jardines a su vez en hermosas plataformas en algunas de las cuales crecían hasta robustos árboles que se elevaban airosos, desafiadores.

Calles, en el concepto que de tales se tiene en la Tierra, como vías formadas por los edificios a un lado y a otro, no existían. Allí las vías corrían entre jardines y los edificios, de tamaño que podría calificarse de colosal, surgían airosos, aislados entre sí, comunicándose en ocasiones por puentes colgantes.

Otra de las cosas que observaron los expedicionarios, extrañándoles grandemente, fue que en todo el recorrido no tropezaron con persona alguna, ni vieron a nadie que asomase a los edificios, ni paseando en los jardines. Les chocó sobre todo la ausencia de niños jugando en los jardines y en los hermosos parques que se ofrecieron a su vista. Pero nadie hizo observación alguna como si tuviesen el presentimiento, de que eran espiados, cambiando únicamente entre sí miradas de inteligencia y asombro.

Finalmente el vehículo se detuvo a la entrada de un frondoso parque situado a una altura que los expedicionarios consideraron con relación a lo que eran los de la Tierra, de un cuarto o quinto piso y la portezuela se abrió. El acompañante del conductor se volvió de forma maquinal, dando la cara a los expedicionarios, sin decir palabra, dirigiendo sus ojos casi sin expresión hacia la puerta abierta, como aguardando que los pasajeros se decidiesen a bajar.

Visto que la portezuela estaba abierta, aunque no recibieron indicación alguna para abandonar el vehículo, Luis Arana fue el primero en decidirse, saltando a tierra y ayudando a hacerlo a Sarita que se había sentado a su lado. Nadie se hallaba a la vista, pero a pesar de ello, el comandante del *Escorpión Azul* dio orden a su gente para que abandonasen el vehículo, y éste, tan pronto como los expedicionarios hubieron bajado, cerró sus portezuelas, alejándose velozmente.

Ante los expedicionarios se abría un camino amplio, bordeado de árboles, pudiéndose apreciar detrás de éstos la fantástica creación de los jardineros en el parque que se desarrollaba a uno y otro lado, adornado de bellas estatuas y de fantásticas fuentes, algunas de varios pisos en las que el agua caía en verdaderas cascadas. Sara contempló aquello extasiada, señalando por tanta belleza, tratando de abarcarlo todo con amplio ademán:

—¡Es una preciosidad, una maravilla, un verdadero paraíso! Viviendo aquí, se tiene que sentir uno necesariamente bueno…

Al hablar, se había dirigido, aunque indirectamente, a Buitrago y Arana, principalmente a éste último, quien sonrió expresando cierta incredulidad.

—Muy literario, jovencita, pero temo que no se ajuste demasiado a la realidad. Piense en el inmenso esfuerzo que la creación de esto supone, en la ambición del que lo ha proyectado, del que lo ha impulsado y verá como un hombre que se rodea de tal suntuosidad para él sólo, no puede ser bueno. Fíjese en que nadie goza de esta hermosura, en que hay flores y pájaros, pero sin embargo, no hay niños.

—Pero el que haya flores y pájaros, ya quiere decir algo…

—Sí. Puede querer decir que le gustan a uno para satisfacer su apetito de belleza, pero no porque se las ame…

Y viendo que la joven le iba a replicar, la atajó con un gesto.

—Pero no discutamos. Ya sabe lo que le dije a bordo del *Escorpión Azul*. Sometimiento absoluto a la disciplina, como un soldado más, al menos, hasta que esté convencido de que no va a haber guerra. ¡Adelante, muchachos! Al fondo del parque se divisa un edificio. Tal vez nos estén aguardando en él.

Con Buitrago, Arana y Sarita al frente, el nutrido grupo de expedicionarios avanzó, admirando al propio tiempo las bellezas que se exhibían a lo largo del camino, fuentes, flores, estatuas… Y daban vista ya al edificio que se alzaba en el centro del parque y en la puerta del cual divisaban aguardándoles a una única persona, Cuando Sarita se detuvo, señalando con sorprendido gesto hacia una estatua, una estatua que representaba a una mujer en la actitud de una diosa pagana, al estilo de las bellas estatuas de la antigua Grecia, la Grecia cuna del arte clásico. La estatua hacia que Sarita señalaba, estaba esculpida con absoluta fidelidad y daba la sensación de poseer auténtica vida. El material de que estaba construida era de una transparencia similar al jaspe, pero de un color verdoso bellísimo.

—¡Mira, Luis! ¡Es extraordinario! ¡Es exactamente como mi madre… ¡Diríase que ella misma ha servido de modelo…

Luis era el único de la expedición que, con Sarita, conocía a la madre de ésta y se detuvo, examinando la estatua con detenimiento.

—Así es. Es como si fuese tu madre misma, pero no me explico que, aunque ella esté aquí, hayan tenido tiempo de hacer tan maravillosa obra. Pero no te detengas. Piensa que están observándonos.

CAPÍTULO VI

ESTATUAS VIVIENTES

Al llegar al pie de la amplia escalinata que conducía a la entrada del edificio, los expedicionarios, como obedeciendo a una consigna, formaron en tres filas, ocupando todo el ancho de la escalinata, dejando delante, y claramente destacados al capitán Arana con Sara y, en segundo término, a ambos lados de ellos, a los tenientes Buitrago y Prast. De esta forma su avance, silencioso, casi rítmico, resultaba impresionante.

Pero el hombrecillo que los aguardaba a la puerta, de cuerpo endeble y cabeza excesivamente grande para el tamaño del cuerpo, pero que revelaba por su fuerza expresiva una poderosa personalidad, no pareció impresionarse lo más mínimo, observando a los expedicionarios con un gesto de benévola tolerancia que, pese a resultar evidente que era estudiado, no dejaba de causar una cierta impresión. El hombrecillo vestía con una sencillez, con una sobriedad que, a fuerza de querer serlo, resultaba espectacular y a los labios de Arana, observador y cáustico por naturaleza, acudió una leve sonrisa de ironía que procuró hacer desaparecer inmediatamente.

El final de la escalinata era un amplio rellano, casi una terraza, y al llegar a ella los expedicionarios, a excepción de los tres jefes y Sara, se detuvieron sin necesidad de orden alguna, tal que si se tratara de un solo hombre. Arana y sus dos compañeros continuaron avanzando con Sara, pero al llegar a dos metros de distancia de donde el hombrecillo aguardaba, el avance lo hizo Arana sólo, deteniéndose los otros.

La falta de aparato en la recepción, la soledad del hombrecillo, no había dejado de causar su impresión en Arana y éste, cuando estuvo sólo a medio metro, se detuvo, manteniéndose en posición de firme, expresándose seguidamente en castellano:

—Soy Luis Arana, comandante del *Escorpión Azul*. ¿Puedo saber con quién tengo el honor de hablar?

—Bienvenidos a Sambia. Yo soy Ammón-Sha, creador y jefe de este Estado.

Ammón-Sha mantenía su expresión de benévola tolerancia y Arana, al contemplar de cerca la hermosa cabeza del ser que tenía ante sí, observó que sus facciones, sin dejar de ser hermosas, casi bellas, parecían cortadas casi en arista, dando sensación de una fortaleza y una vida espiritual extraordinarias. Los ojos eran grandes, rasgados y negrísimos y poseían, en cierto modo, una expresión dulce

que aminoraba así la dureza del inquietante conjunto..

Ammón-Sha había hablado en un castellano bastante correcto, pero que se notaba no era su idioma, y repitió dirigiéndose a Luis Arana:

—Bienvenidos a Sambia. Tal vez os extrañe que haya salido yo sólo a recibiros, sin escolta tan siquiera. Pero es que mis colaboradores se hallan en sus tareas y personalmente tengo absoluta confianza en vosotros.

—No he dudado un momento que tienes absoluta confianza en nosotros. Buena prueba de ello son las «instrucciones» que nos diste antes de permitirnos desembarcar en el sentido de que debíamos dejar todas nuestras armas en el navío...

El rostro de Ammón-Sha mostró una leve expresión de desdén que corrigió rápidamente.

—No interpretes mis instrucciones torcidamente, como una señal de miedo o de falta de confianza. Es únicamente una medida de prevención para salvaguardar vuestras vidas.

—¿Nuestras vidas o la tuya, Ammón-Sha?

—Las vuestras. La mía no corre peligro alguno, pero vosotros podíais sentir el deseo de usar vuestras armas y tal cosa os resultaría fatal, sin provecho alguno. No trayendo armas os evito la tentación.

—Muy sutil, Ammón-Sha, pero ¿por qué piensas que nosotros podíamos sentir la tentación de usar nuestras armas?

—Quién sabe. No fío demasiado en vuestra civilización. Sois aún un tanto primitivos...

—¿Qué conoces de mi civilización, Ammón-Sha?

—Más que vosotros de la mía. Pero no es este lugar para conversaciones Se conversa mejor cómodamente dispuestos y no quiero tampoco que tus hombres, que deben hallarse cansados por el largo viaje y la tensión que habéis sufrido en las últimas horas, permanezcan ahí de pie. No es demasiado cortés además tratándose de mis huéspedes. Puedes presentarme a tus oficiales y a esa joven que te acompaña. Luego se os designarán los aposentos que debéis ocupar, donde hallaréis todo lo necesario para vuestro aseo y comodidad.

Arana se volvió e hizo adelantar a Sara, la cual presentó a Ammón-Sha.

—Sara Naranjo, es oficial sanitario.

Ammón-Sha se inclinó ceremoniosamente ante la muchacha, notándose en su expresión al hacerlo algo indefinible, algo que llenó de alarma al observador Arana, quien, no obstante, continuó las presentaciones:

—Primer teniente, Javier Buitrago, segundo del *Escorpión Azul*... Primer teniente, Joaquín Prast, oficial de derrota... Segundo teniente, Benito Oramas... Pascual Barroso, primer maquinista...

Los aludidos fueron saludando a medida que eran presentados, y terminada la ceremonia, Ammón-Sha se inclinó levemente, cediendo el paso a Sara y a Luis Arana, colocándose él luego a la derecha de la muchacha y rompiendo la marcha seguidos del resto de los tripulantes.

El interior del edificio resultaba bastante más suntuoso que todo lo que habían visto y Arana sentía que sus recelos iban aumentando al no ver personaje alguno, no obstante sentir sobre sí la sensación de que era espiado por muchos pares de ojos.

Después de atravesar diversidad de estancias y ascender por una escalera sin fin, automática, Ammón-Sha designó personalmente los aposentos que los huéspedes debían ocupar.

—Esta serie de aposentos debe ser ocupada por tus hombres —dijo al designarlos dirigiéndose a Arana—. Tú, la joven y los oficiales que me has presentado, ocupareis otros departamentos en el piso superior, el mismo que yo habito. Tus hombres, aquí, no carecerán de nada, tendrán toda clase de comodidades y si echasen en falta algo no tendrían más que dirigirse al micrófono que existe en cada habitación y solicitar por él lo que se necesite. Serán atendidos inmediatamente.

—¿Tienes instalación de micrófonos en todos los departamentos?

—Sí. Pero no pienses mal, amigo mío. Cada micrófono tiene su conmutador, que funciona a capricho del que ocupa el departamento y no tienen necesidad de abrirlo más que en los momentos precisos. Yo no necesito espiar a la gente para conocer sus pensamientos, sus intenciones...

—No me digas que eres un mago, Ammón-Sha...

—Naturalmente que no soy un mago, al menos en el aspecto sobrenatural de la palabra. Pero tengo muchos años y mucha experiencia adquirida a fuerza de esos años, a fuerza de sufrir, de luchar, de estudiar, de tratar gentes de índole diversa, de crear luego mi propio mundo, este mundo que ustedes conocen ahora sólo parcialmente, pero que pueden llegar a conocer mejor.

—¿Muchos años, Ammón-Sha? No tienes aspecto de ser un chiquillo precisamente, pero imagino que tampoco debes llegar al siglo, edad en la cual puede pensar un hombre que tiene ya cierta experiencia...

Ammón-Sha dio la sensación de que iba a reír, pero su dignidad se lo impidió, limitándose a una sonrisa un tanto desdeñosa

—¿Un siglo? En esa época de mi vida me hallaba yo bien lejos de aquí, era parte de otro universo, que ni siquiera pertenecía a la Vía Láctea... Y digo pertenecía porque todo aquello quedó destrozado en una catástrofe cósmica de las que ustedes no tienen ni la más remota idea, según las referencias que poseo. Si hacemos el cómputo del tiempo con arreglo al concepto que de él tienen ustedes, los seres de la

Tierra, yo tengo en la actualidad unos doce siglos… Increíble, ¿verdad? Pues pueden creerlo, y si continúan a mi lado como espero, no tendrán la menor duda en breve. El viajar por el espacio a la velocidad de la luz ha hecho que el tiempo no transcurriera para mí como para el resto de los seres asentados en sus planetas, sujetos a una rutinaria trayectoria. Además, en el mundo de que procedo, había llegado la humanidad que lo habitaba a conseguir una media de vida de 200 años, según el cómputo del tiempo de ustedes.

—Eso no me extraña, puesto que en la Tierra, en la actualidad, se ha logrado ya una media de 140 años, que será superada prontamente.

—No es imposible —aseveró Ammón-Sha—, aunque en ese y otros sentidos están aún bastante atrasados… Por mi parte, puedo asegurarles que si permanecen a mi lado, no envejecerán jamás. Es una de mis conquistas, de mis grandes triunfos… Ahora ya no necesito marchar a la velocidad de la luz, errante por los espacios, para que el tiempo no transcurra para mí. Pero ocupémonos por unos instantes de tus hombres, que tiempo nos sobra para charlar…

Ammón-Sha alzó la vista, clavándola con humorística expresión en el rostro de Sarita Naranjo, la única mujer que se hallaba sentada en torno a la mesa donde se comía.

—Puede usted comer tranquilamente esa carne de venado. Es auténtica. Están criados libremente en mis parques. Se han sacrificado un par de ellos en obsequio a ustedes; sin embargo, no crean que esa carne es mejor que la sintética, ni por su aroma, ni por sus propiedades nutritivas ni por su digestibilidad. La carne lograda de la madera, o simplemente de los papeles viejos, por medio de las levaduras especiales que, cuidadosamente seleccionadas se siembran sobre los jugos azucarados de la madera o el papelote y que luego de diversas manipulaciones queda lista para su consumo, posee una extraordinaria cantidad de materias proteicas, hidratos de carbono, materias grasas, ergosterina, sales minerales, un complejo vitamínico del que carece la carne natural… y un sabor bastante más exquisito. Las que se producen para mi consumo particular tienen además determinados estimulantes que me evitan, por ejemplo, el cansancio, y hacen que contemple la vida desde mi altura con verdadero optimismo…

De improviso, casi sin transición, se dirigió a Sara, cambiando de conversación como si tratase de sorprender a la joven.

—¿Qué fue lo que le llamó tanto la atención en esa estatua femenina que adorna la senda del parque, cerca ya de la residencia?

Iba a contestar la joven con absoluta sinceridad cuando por debajo de la mesa sintió una leve presión en su pie derecho, mientras sentía posadas sobre sí las miradas de Arana, que se hallaba sentado frente a ella, y comprendió, rehaciéndose inmediatamente para

responder con naturalidad:

—Me llamó la atención la absoluta naturalidad, la vida que e artista ha logrado imprimirle. Jamás había visto cosa igual. Tiene usted artistas maravillosos, dignos de sentarlos continuamente a su mesa.

Sintió Sara la aprobación que su respuesta había merecido en las pupilas de Arana, pero no así en las de Ammón-Sha que, sin perder la calma, respondió mostrando una leve irritación en su acento.

—¿Por qué no es usted sincera, Sara? No era esa su respuesta. Agradezco sus elogios al artista, porque el artista soy yo, yo soy aquí el único creador; pero me agradaría, más que esos elogios, su respuesta sincera, la que alguien ha interceptado... tal vez el propio Luis Arana.

—Muy sutil —respondió el comandante del *Escorpión Azul* interfiriéndose a la respuesta de Sara para dar tiempo a que la muchacha se repusiera.

—Vamos de sutil a sutil, capitán Arana. Pero no es necesario que ella responda. Le llamó la atención el parecido absoluto de la estatua con la persona a la que ella cree conocer... o tal vez conoce. Tal vez una coincidencia porque yo he observado una peculiaridad que me ha sorprendido bastante. La señorita Sara se parece extraordinariamente a la dama de mi estatua, si bien la señorita es mucho más joven y sus formas no están lo maduras que las de mi obra —respondió Ammón-Sha con suavidad, dejando caer sus últimas palabras lentamente al tiempo que su vista miraba con insistencia hacia Sara.

Pero la muchacha había logrado vestir la máscara de la impasibilidad sin dejar traslucir las emociones que la dominaban y respondió eludiendo la respuesta a la primera pregunta de Ammón-Sha:

—La verdad es que no había reparado en esa peculiaridad que usted señala. Me agradaría volverla a ver.

—Confío que tendrá usted ocasión de ello, señorita, porque me agradaría que todos ustedes quedasen aquí en plan de colaboradores míos.

—¿Pretende usted hacer de nosotros también unos artistas? —interrogó Arana no sin cierta ironía.

—No. No admito aquí más artistas que yo. Soy y pretendo ser el centro de este mundo que yo he creado y que dirijo a mi antojo. No tolero a nadie que pueda hacerme sombra. Sólo, quiero técnicos que, bajo mis instrucciones, con las pautas que yo les dé, sean capaces de ir mejorando las condiciones de Sambia. Tengo ya bastantes seres de otros mundos a mi servicio, pero necesito más. Hay hombres de la Tierra, de Venus, de Marte y del propio Júpiter. Y otros más de mundos que son totalmente desconocidos para ustedes, aunque

pertenecen también a eso que ustedes se empeñan en llamar Vía Láctea. Todos ellos tienen funciones rectoras, trabajan en mis laboratorios, en mis centros de producción. Y viven bien, disponiendo de una cierta independencia de movimientos que no todos los habitantes de este planeta tienen

—Por mi parte no tengo el menor interés de llegar a colaborar, a encerrarme en las estrecheces de un pequeño planeta. A mí me atraen los espacios abiertos, los horizontes ilimitados y supongo que a mis hombres les ocurre lo propio. No obstante, puede usted interrogarles y ellos que decidan libremente lo que prefieran. Tal vez alguno de ellos desee descansar y recalar aquí, hacer fortuna...

—Usted sabe perfectamente, capitán Arana, que ninguno de sus hombres desea quedarse aquí y, en realidad, tal cosa no puede extrañarme...

La expresión de Ammón-Sha era un tanto sombría y al llegar al punto que se interrumpió, su vista se fijó sobre los dos únicos seres ajenos a los expedicionarios que compartían con él la mesa y que se hallaban sentados al extremo de la misma, entre Ammón-Sha y sus invitados. Eran dos seres que durante toda la comida habían permanecido silenciosos, como abstraídos, haciendo movimientos aprobatorios de cabeza en las ocasiones que Ammón-Sha hablaba.

—Pero temo —continuó concentrándose en sí mismo, expresándose con una cierta aspereza—, que no van a tener demasiadas opciones a la elección, igual que usted mismo, capitán, que usted, señorita Sara...

—Eso suena a amenaza, Ammón-Sha y nosotros somos tus invitados, no somos tus prisioneros —respondió Arana.

—Dejémonos de tonterías. Sabéis demasiado en qué condiciones habéis venido, aunque yo prefería lograr una decisión por agrado vuestro. Llegué a pensar que teníais talento suficiente para haceros cargo de las circunstancias, pero veo que no es así... Y vuelvo a recordarte que no habéis venido aquí por vuestro gusto, sino porque os he traído yo a la fuerza, como he traído ya a otros antes que vosotros. Y sé también cuáles eran vuestros propósitos al dirigiros hacia aquí

—Bien, Ammón-Sha. Tal vez sea mejor que nos hayamos desposeído cada cual de nuestra careta —respondió Arana alzándose de su asiento, dejando caer la servilleta sobre la mesa, mirando con arrogancia hacia su enemigo dispuesto a saltar sobre él tan pronto se produjese la menor señal de violencia en torno a ellos.

Pero Ammón-Sha permaneció tranquilamente sentado, mostrando un extraordinario dominio de sí mismo, haciendo caso omiso a la violenta actitud de Arana y sus amigos, que le habían secundado en su movimiento,

—Siéntate, capitán, sentaos todos. Es totalmente inútil que os violentéis y si no lo creéis, podéis intentarlo. Antes de que lograseis movimiento alguno que pudiera ponerme en peligro, caeríais fulminados. Aunque no los veis, hay un centenar de hombres rodeándonos y van bien armados. Y no fallarían el tiro porque ellos no hacen ni pueden hacer otra cosa. La cirugía del cerebro ha logrado en Sambia maravillas gracias a la arteriografía cerebral y. el cerebro de esos hombres ha sido cultivado en un sentido que sólo les permite, fuera de las funciones de comer y beber, hacer una cosa, una única y exclusiva cosa en la que se han centrado a mi voluntad todas sus facultades. Y, naturalmente, esa cosa la hacen excepcionalmente bien. Son unos seres maravillosos, que no necesitan del sueño, que vigilan continuamente, que carecen de voluntad propia y de determinados apetitos que los harían molestos y más en un lugar donde las mujeres no existen. Tienen extirpado también el juicio, y la memoria e inteligencia que se les deja está cultivada en el sentido de la función específica que deben desarrollar en la vida.

Ammón-Sha contempló a sus prisioneros gozándose del asombro que éstos reflejaban en sus rostros, dándose cuenta de que lo tenían por un perturbado, haciendo caso omiso de tal cosa.

—Por eso habéis observado que los hombres que trabajaban en el puerto al cuidado de las grúas y demás máquinas no se fijaban tan siquiera en vosotros, a pesar de que os veían perfectamente Ellos sólo responden a ese trabajo y sería inútil tratar de encomendarles otro. Y lo mismo os digo en lo que se refiere a los conductores del vehículo que os trajo aquí y os diría lo mismo de los que trabajan en las minas, en el campo o en otros lugares de la producción. Y según la especialidad que tienen, así van vestidos de un color u otro...

Sara no pudo evitar una pregunta que hacía tiempo tenía en la punta de sus labios.

—¿Y cómo pueden existir esos hombres si no existen las mujeres? ¿Acaso las has hecho morir a todas? Porque un día u otro ellos irán muriendo y entonces, ¿qué ocurrirá?

—Naturalmente que ellos morirán —aseguró Ammón-Sha con expresión de triunfo—. Aquí el único que va camino de la inmortalidad, o mejor aún, de la prolongación de la vida por tiempo indefinido, soy yo. A los seres que aprecio y que están a mi lado, les permito también una longevidad superior a la normal, pero a estos pobres bestias que se agotan, que sólo saben hacer una cosa, que son incapaces de evolucionar, sería una barbaridad mantenerlos vivos continuamente. No los mato, pero cuando les llega su hora...

Ammón-Sha calló, dejando la frase en el aire, pero haciendo un gráfico ademán que la finalizaba cumplidamente. Y viendo que ninguno de los expedicionarios le interrogaba, continuó:

—En la Tierra os sentís orgullosos de vuestros robots electrónicos. Ellos pueden hacerlo casi todo mientras vosotros no hacéis más que vigilarlos y proporcionarles los elementos de trabajo. Pero esos robots resultan excesivamente caros de construir, y luego se averían con excesiva facilidad, por muy perfectos que los hagáis. Y los hombres deben trabajar como negros para repararlos. Y su mantenimiento también resulta demasiado elevado. Yo, con mis hombres sintéticos, no tengo ninguno de esos problemas. La fabricación de ellos es fácil, la operación cerebral para reducirlos a la condición deseada no cuesta más de una hora, pues la realizan magníficos especialistas que no hacen otra cosa, y su alimentación, por medio de sintéticos en su mayor parte, también es económica. Ellos se alimentan a base de manteca de carbón, superior en muchos casos a la manteca natural, y los residuos purificados de la fabricación de carnes sintéticas y otros productos...

Fue entonces Buitrago el que interrumpió a Ammón-Sha:

—¿Ha dicho hombres sintéticos o he oído mal?

—Ha oído usted perfectamente bien. Por lo mismo que he logrado el hombre sintético, no necesito a la mujer para nada. Por procedimientos sintéticos hemos logrado en nuestros laboratorios el principio del ser, los cultivos base digámoslo así. Estos cultivos, de forma parecida a como se siembra a levadura para obtener la carne sintética, se siembran en una composición adecuada, se someten a determinadas operaciones y al cabo de cierto tiempo tenemos el embrión que pasa a una especie de grandes invernaderos o estufas, como quiera llamarles, igual que si fueran flores. Y allí van creciendo hasta el momento en que se les destina a la función que deben realizar. Viene entonces la operación cerebral y el tratamiento para abreviar el desarrollo y en cuatro años tiene usted un hombre que ha resultado por una cantidad irrisoria y que especializado, produce bastante más de su costo. Puede decirse que al año de estar produciendo está ya amortizado y los cuarenta años que viven después, por término medio, casi todo son ganancias, ya que en alimentación y vestido sólo consumen una insignificancia en relación con lo que producen.

—¡Pero esos hombres no poseen alma! —exclamó Sara horrorizada.

—¿Y le parece a usted poca ventaja? —respondió Ammón-Sha—. Así no tienen el sentido del bien ni del mal, son instrumentos ciegos, carecen de pasiones. No aman, pero tampoco odian y, sin embargo, obedecen, sobre todo a los impulsos que se les han inculcado al operarles. Así, en este mundo, no existen los afectos ni la relación social. No se tiene idea de lo que es la familia y no existen por tanto los problemas que gravitan sobre otras entidades de hombres, eso que

ustedes llaman sociedades. Y yo puedo vivir feliz, disfrutando a mis anchas de la vida, ordenándolo todo a mi antojo… Sólo me falta una cosa para completar la felicidad de que gozo —añadió exhalando un suspiro a tiempo que miraba significativamente hacia Sara—. Encontrar una compañera en cuyos ojos pueda mirarme y en cuyo regazo pueda descansar mi cabeza.

Entre los expedicionarios se levantó entonces una verdadera tempestad, presintiendo además cuáles eran los propósitos de Ammón-Sha al mirar tan significativamente para la muchacha. Como impulsados por un mismo resorte se alzaron y Arana, que se hallaba sentado a la diestra de Ammón-Sha, intentó un salto con la idea de atenazar al absurdo personaje por el cuello y destrozarlo o lograr al menos reducirlo para que les sirviera de escudo. Pero antes de llegar a él se oyeron como una serie de latigazos y el comandante del *Escorpión Azul* cayó como fulminado, quedando inmóvil en el suelo. El único que después de esto parecía conservar la serenidad fue Ammón-Sha, que se dirigió a los compañeros del caído.

—Calma. No ha sucedido nada irreparable, aunque podría suceder si se empeñan en no tener la suficiente sensatez. Su amigo se repondrá pronto.

Tal como Ammón-Sha anunciara, Luis Arana abrió los ojos a tiempo que se incorporaba y quedó mirando para sus amigos con extraña expresión hasta que Buitrago y Sara corrieron a él, ayudándolo a levantarse y sentándolo luego. Repúsose Arana rápidamente y el anfitrión tornó a hablar dirigiéndose a todos.

—Ya les advertí que no debían intentar nada por el camino de la violencia. Será infructuoso cuanto intenten y podrán ser duramente castigados. Tengan en cuenta que por mi parte no haré violencia alguna para que colaboren conmigo, y en lo que a la señorita respecta, tampoco la obligaré a que sea la compañera que necesito, la dueña de todo esto. A mi lado sólo quiero colaboradores que lo sean por voluntad propia…

Buitrago se dirigió entonces a Ammón-Sha.

—¿Quiere decir que los que no deseemos colaborar nos podremos marchar libremente?

—No. Eso tampoco. De aquí no puede salir nadie, mejor dicho, no quiero yo que salga nadie. Conozco al mundo lo bastante para desear que me ignore. Sé lo que ocurriría tan pronto como alguno de ustedes saliese de aquí e informase de lo que han visto. Y no quiero luchar ni tener que destrozar a los que intentaran apoderarse de esto. No me agrada luchar. Yo soy un artista, no un guerrero.

—¿Y nos mantendrá a la fuerza sabiendo que no somos sus amigos?

—Naturalmente que sí. Pero eso no me inquieta lo más mínimo

porque en Sambia, a los inútiles, a los ociosos que no quieren laborar, los anulamos. No se asusten, no suprimimos a nadie, no matamos. Sencillamente, para que no hagan consumo, ya que no producen y para que no puedan provocar los problemas que llevan consigo la ociosidad y el malquerer, los convierto en estatuas, los cristalizo y, al menos así, sirven de adorno en los parques, jardines y edificios. ¿Qué creen ustedes que son esas hermosas estatuas que han visto? Seres como ustedes, ni más ni menos, que no han querido colaborar...

Sara se sintió horrorizada pensando en la suerte que podía haber corrido su madre, ya que no le cupo la menor duda que la figura que tanto había llamado su atención era ella e interrumpió a Ammón-Sha:

—¡Es usted un monstruo! ¡Un verdadero monstruo! ¡Usted ha matado a mi madre!

Pero Ammón-Sha no se inmutó y respondió tranquilamente:

—Yo no mato a nadie. Ellos no están muertos. Tienen suspendida la vida, pero con un simple tratamiento que yo conozco, volverían a ella con la ventaja de que, hayan estado cristalizados el tiempo que sea, no habrán envejecido un solo minuto. Antes bien, estarán mejor, ya que el forzado descanso les habrá beneficiado... En fin, no quiero agobiarles. Pueden resolver tranquilamente lo que sea y ya me responderán. Y piénselo usted también, jovencita. Aquí, por principio, no queremos a las mujeres, pero si usted se decide a ser mi compañera, será la excepción. Su madre pudo haberlo sido también, pero se negó y por eso mismo la ha visto usted en ese estado. Y ahora, retírense...

CAPÍTULO VII

CAUTIVOS

En Sambia, dado su reducido tamaño, no existían prácticamente la noche y el día tal como se concibe en la Tierra, y porque además, al hallarse excesivamente alejado del Sol, los rayos de éste no llegaban con la fuerza necesaria para el desarrollo de la exuberante vida que en determinadas zonas de él se observaba, por lo que disponía para la normalización de tal necesidad de un potente espejo interplanetario. Tal espejo, de tamaño gigantesco, construido en metal brillante, se hallaba situado en una isla artificial del pequeño planeta y era susceptible de recoger la luz del Sol, reflejándola sobre Sambia, que vivía así un día y una primavera perpetua. Gracias a tal espejo, de reciente construcción, se iban fertilizando rápidamente vastas regiones del diminuto planeta que antaño permanecían yermas y zonas que antes eran punto menos que inhabitables por lo frías iban poblándose de los extraños hombres sintéticos que, bajo la dirección de Ammón-Sha iban logrando aumentar los medios de vida de que se disponía en Sambia, montando nuevas, instalaciones de tipo industrial, elevando bellas ciudades con medios propios. Tal espejo era una fuente constante de energía que con reducido gasto movía una gran parte de la industria de Sambia y era considerado también como una potente arma destructiva, ya que, caso de verse atacados, regulando la orientación de sus caras para concentrar el calor en una zona determinada del espacio o del propio planeta, se elevaría instantáneamente la temperatura a más de 300 grados, con lo que los ejércitos atacantes, por bien pertrechados que fuesen, podrían ser aniquilados en unos segundos.

Tales cosas las conocieron prontamente los expedicionarios, dándoles la medida del poder de Ammón-Sha, de su invulnerabilidad; y no habían pasado más de cincuenta horas, según el cómputo que del tiempo llevaban los expedicionarios, de la borrascosa entrevista que habían tenido con quien ellos consideraban un perturbado, cuando Ammón-Sha los volvió a llamar, reuniéndoles en torno a su mesa.

—Supongo que habrán tenido tiempo de meditar y de sospesar las posibilidades que les quedan y que podrán darme una respuesta, ya que no me agrada diferir la solución de mis asuntos. Aparte de que no tardarán en venir nuevos expedicionarios y deberé atenderles como les atiendo a ustedes ahora.

Arana, que había luchado por encontrar una solución al difícil problema que tenían planteado, solución que no había hallado,

comprendió que debía ganar tiempo. Era su objetivo inmediato: ganar tiempo y lograr que no les separasen o al menos, que no les disgregasen demasiado. Y respondió lentamente:

—Es para mí sumamente difícil responderte, Ammón-Sha. Yo no puedo darte soluciones que vayan desligadas de la totalidad de los hombres y la mujer que me han sido confiados. Me agradaría saber lo que piensan los demás expedicionarios, a los cuales no me ha sido posible ver por más que lo he intentado en estas horas…

Pero Ammón-Sha dio la sensación de haber penetrado en los pensamientos de Arana y le atajó:

—Es inútil que trates de ganar tiempo. Mis decisiones están tomadas mucho antes de que llegaseis aquí y por vuestra parte no queda más que decidiros, hombre por hombre; y tú no debes pensar en la responsabilidad que «tenías». Sólo debes pensar en que ya no saldrás jamás de aquí y tu vida en Sambia será la que tú elijas entre las dos alternativas que cada cual tenéis. Y cada cual lo decidirá por sí. Y no pienses que vas a poder traicionarme fingiéndome una amistad que no sientes hacia mí y en la que, además, yo no creería. Tengo demasiada experiencia en estos asuntos y mis medidas están bien tomadas para evitarme sinsabores. Otros seres que encontrarás, colaborando como tú llegarás a hacerlo, te confirmarán lo que te digo. Tengo controlados personalmente hasta los pensamientos de los pocos seres que vivís en Sambia, pudiendo pensar por cuenta propia. Y para que no intentes una aventura que te costaría la vida te diré que Sambia carece de atmósfera. Sólo es posible la vida en sus ciudades, donde puedo dar una atmósfera artificial. Por eso todos los puntos habitados están cerrados tal que si fuesen invernaderos.

—¿Y qué pretendes de nosotros? ¿Es que aún no tienes bastante?

—No. Aún falta mucho por hacer. Necesito convertir todo Sambia en un verdadero paraíso, dotarlo de una atmósfera que no necesite estar encerrada para que resulte suficiente, que allá por donde vaya no exista más que belleza. Y para eso, para producir esa cantidad de atmósfera, para lograr recuperar del cosmos toda el agua que necesito y encerrarla en esa atmósfera para que no pueda escapar, para lograr dar a todo el planeta una gravedad mayor de la que tiene y repartida por igual, necesito muchas y colosales instalaciones. Tales instalaciones precisan hombres sintéticos que las construyan primero y que las manejen después y para que tales hombres sintéticos puedan funcionar necesito los técnicos que los dirijan y esos técnicos sois vosotros.

—Me has desilusionado, Ammón-Sha. Creí que eras un hombre libre, pero eres tan esclavo como el más vil de esos hombres sintéticos, porqué tu genio depende de ellos, sin ellos no podrás realizar tus planes. Si ellos se negasen a trabajar, por cualquier causa, estarías

vendido.

—Pero ellos no se negarán a trabajar porque sus cerebros, al ser operados, han sido dirigidos hacia un fin y lo cumplen sin reaccionar en absoluto ante otras impresiones, porque los nervios conductores de tales sensaciones han sido aniquilados o desconectados.

—A pesar de ello, me das lástima. Son embargo, aún deberé sentir más lástima de mí y mis compañeros, ya que nos vemos sojuzgados por un pobre diablo como tú.

Intentaba Arana provocar una reacción violenta en Ammón-Sha para conocerlo más a fondo y tratar de que le ofreciese algún resquicio, pero fracasó, pues Ammón-Sha le respondió con suavidad:

—Es el despecho lo que te hace hablar así, y el afán de irritarme para conocer mis fallos, pero te recomiendo que no pierdas el tiempo. Hemos hablado bastante. Dame tu decisión.

Al terminar de hablar Ammón-Sha, Arana sintió sobre sí las miradas de sus compañeros y la de la misma Sara y el comandante del *Escorpión Azul* sintió que, de momento al menos, los iba a defraudar. Sin mirar hacia ellos, tratando de dibujar un gesto de conformidad y de humor en su rostro, respondió pausadamente:

—Colaboraré contigo, Ammón-Sha. Seré uno de los artífices de tu triunfo, pero nobleza obliga. En el momento que pueda clavarte el puñal en la espalda, lo haré sin la menor vacilación. Deberás cuidarte de mí.

Una estentórea carcajada acogió las palabras de Arana y al fin, rojo de tanto reír, respondió Ammón-Sha:

—Enemigo que avisa, no es enemigo. Eres joven, inteligente y te sabes amoldar a las circunstancias y tal vez llegues a ser mi mejor colaborador. Enhorabuena.

Se hizo un silencio sepulcral y Arana, mirando de soslayo, viose rodeado por los gestos hoscos de la mayoría de sus compañeros. Únicamente Oramas parecía estar de su lado.

Ammón-Sha se dirigió entonces a Buitrago:

—Has escuchado bastante y debes estar bien asesorado. No obstante, si deseas saber algo más no tienes más que preguntar.

—No necesito saber nada más.

—¿Y qué decides?

La mirada del vasco fulguró de orgullo al responder:

—No pienso colaborar con un monstruo. Prefiero verme convertido en una de esas horribles estatuas y aun muerto.

Arana había adivinado, únicamente Oramas decidió mantenerse a su lado. Finalmente la pregunta fue dirigida a Sara. Fue el más duro momento para Arana, pues la muchacha se alzó con violencia del asiento que ocupaba y se dirigió a Arana.

—¿Cómo puedes ser tan cobarde? ¿Cómo he podido confiar en ti?

¿Cómo hemos confiado ninguno de nosotros en quien se doblega con tanta facilidad? ¿Y usted, Oramas? ¡Me repugnan...! ¡Qué hermoso ejemplo para el resto de la tripulación del *Escorpión Azul*...!

Con la mirada brillante se dirigió entonces la muchacha a Ammón-Sha, escupiéndole su respuesta envuelta en desprecio:

—Yo prefiero la peor de las muertes a ser la esposa de un monstruo como usted...

Ammón-Sha, un tanto impresionado, bajó la cabeza.

—Está bien. Han elegido y no pienso violentarles. Los señores Arana y Oramas deberán quedarse unos instantes aún conmigo. El resto deberá seguir a mis servidores. Confío que no se producirán innecesarias violencias...

Cuatro hombres sintéticos, muy parecidos a los que ya habían visto los expedicionarios en el muelle, aparecieron por primera vez ante su vista, desde que se hallaban en la residencia de Ammón-Sha. Los cuatro eran robustos, bien constituidos y, por sus facciones y conformación, diríase que eran gemelos. Los cuatro poseían el mismo aire de autómatas que ya habían observado en los otros, pero éstos daban la sensación de ser más flexibles, mucho más ligeros y sus ojos destellaban dando la sensación de una mayor inteligencia. Iban armados de unas cortas y extrañas pistolas, que ellos llamaban pistolas eléctricas y cuyos efectos experimentara ya en cierta ocasión Arana. En bandolera llevaban unos tubos largos, transparentes, con un depósito final en el que se adivinaban unas pequeñas pilas y otra materia que se hallaba en constante movimiento. Tales tubos llevaban en el centro una especie de disparador y Ammón-Sha, llevado sin duda de su afán de exhibición y de la necesidad de borrar la penosa impresión que la reacción de Sara le había causado, explicó dirigiéndose a Arana y Oramas mientras los otros salían:

—Es una de nuestras últimas creaciones, orientados por uno de los técnicos de Marte que tengo a mi servicio, si bien yo mejoré sus ideas. Se trata de fusiles atómicos que poseen una gran autonomía, ya que sus acumuladores no se agotan jamás. Basta depositar en su interior, en ese depósito, unas partículas de uranio, materia sumamente abundante en Sambia...

—Muy interesante, si bien en nuestro *Escorpión Azul* tenemos armas de más potencia destructiva que esa.

—Ya tengo un informe sobre eso. Algunas pueden resultar interesantes, si bien su poder de destrucción, como verías, quedó anulado por las energías que poseo en Sambia

—Es cierto, pero dudo que esas energías puedan darte una sola victoria tan pronto como salgas de Sambia, tan pronto como quieras dominar alguno de los planetas que tienes a tu alcance.

—Pero es que yo no deseo dominar en ningún planeta. Me basta

con Sambia.

—Ya imaginé que eras un pobre diablo y esto me lo confirma. ¿Para qué quieres tu poder? En uno de esos planetas, sin esfuerzo alguno, tendrías lo que aquí te costará años y años, lo que, si te falla cualquier cosa, no lograrías ver jamás. Bastaría que en un momento dado te filtrasen un proyectil dirigido con una determinada carga, para que todo quedase destruido.

—Eso no puede ocurrir. Antes de que nadie se acerque le ocurrirá lo que a ti. Las ondas electromagnéticas que te dominaron, se apoderarán de él y si esto fallara, está el gran espejo, cuyos rayos aniquilan la vida si se les concentra en un determinado punto…

—Conozco eso. Pero imagínate que alguien, desde aquí dentro, lograra hacer que tales cosas no funcionaran. No debe resultar difícil, en un momento dado, desviar la atención de tus hombres sintéticos.

—Eso es imposible. Son inconmovibles. Antes de decidirme por ellos estudié bien el asunto. Si conocieras cómo están encadenadas las cosas y cuan riguroso es el control de todo, no pensarías más que en trabajar y trabajar en mi favor. Y más adelante, tal vez llegase a considerar la conquista de algún planeta. Ahora vete. No quiero escuchar tus cantos de sirena. Eres muy sutil, tanto que ni tus compañeros te han comprendido, pero conmigo no podrás…

* * *

—Por tu bien, el segundo teniente Benito Oramas será destinado a lugar diferente del tuyo…

Fue la despedida de Ammón-Sha y Arana, antes de partir para su destino, apenas si tuvo tiempo de despedirse del compañero, de deslizarse unas palabras a su oído. Luego, atravesando el parque al abandonar la residencia de Ammón-Sha, vio los cuerpos de alguno de sus compañeros convertidos en estatuas. Y por último, vio el de Sarita que, desde el hermoso pedestal en que había sido colocada, rodeada de flores y pájaros, parecía reprocharle aún su cobarde actitud. Ella estaba bellísima, y su cuerpo, al ser cristalizado, daba la sensación de haber perdido algo de su volumen, resultando una preciosa estilización…

En un vehículo bastante más pequeño que el que le había traído, recorrió a la inversa el camino que ya conocía hasta llegar al puerto; pero esta vez el camino lo hacía solo, perdidas casi por completo las esperanzas que aún le animaban recién abandonado su *Escorpión Azul*. El navío sideral se hallaba aún en el muelle, pero apartado del punto en que habían desembarcado, y Luis Arana, al contemplarlo silencioso, en digna actitud de vencido, sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Y tornó a pensar si era él quien se había equivocado al no

lanzarse a una lucha con carácter de suicidio en la que todos hubieran perecido, pero con gloria, no viéndose reducidos a la triste condición en que ahora se hallaban. Seguramente encontraría a alguno de sus hombres en el lugar donde iba. ¿Sabrían comprenderle como le había comprendido Oramas? Casi era preferible que no y que le supiesen hacer el vacío en derredor suyo.

Seguramente transcurriría mucho tiempo antes de que sus proyectos pudieran cristalizar, en que pudiese volver a la vida a Sarita y a los otros que se hallaban en su mismo estado, si antes no era descubierto él mismo y reducido a la misma condición.

Y en todo este tiempo continuarían siendo atrapados navíos siderales de los diversos tipos y continuaría viviendo la Tierra y los otros planetas asociados día tras día de inquietud, desconociendo al enemigo que, agazapado en la sombra, les iría asestando golpe tras golpe en su loco afán de reunir técnicos suficientes para su empresa y de continuar desconocido.

Posiblemente el general Lomas se sentiría decepcionado de su capacidad y enviaría nuevas expediciones que, aunque mejor preparadas, en el mejor de los casos, serían atrapadas y sus tripulantes reducidos a la misma condición en que él mismo se veía. Eso si el alarde de fuerza que realizasen para cazar al pirata no resultaba demasiado fuerte y Ammón-Sha se decidía a destrozarlos en el espacio con el gran espejo interplanetario.

Ammón-Sha lo había destinado a unas nuevas instalaciones dedicadas a crear la fuerza aérea de Sambia y al llegar a ellas se encontró con que el director de las mismas era don Damián Naranjo, el padre de Sarita, cuya esposa se hallaba también reducida a la condición de estatua.

Los ojos del industrial hispanoamericano brillaron de alegría al reconocer a Luis Arana, pero éste apartó desdeñosamente la vista, tratando de que el muro de hostilidad que antaño había sido levantado entre los dos, no se derrumbase en las actuales circunstancias. No había imaginado Arana que su jefe hubiese sido precisamente el padre de Sarita, y firme en sus planes, sin dejarse enternecer por la amabilidad del otro, tan pronto como escuchó las instrucciones de cuál era su cometido, se retiró a los aposentos que le habían sido designados, dispuesto a iniciar su labor tan pronto como hubiese descansado del viaje realizado desde la capital de Sambia hasta aquel punto del planeta, uno de los más apartados de la capital.

En los primeros turnos de trabajo hubo de mantenerse Arana totalmente apartado de don Damián Naranjo y de otros compañeros del *Escorpión Azul* que habían sido destinados a la misma factoría, rehuyéndoles continuamente, rechazando incluso a algunos mensajeros que trataron de unirles y a poco fue sintiendo crecer en

torno a sí, por parte precisamente de los que podían ser sus mejores amigos, una barrera de hostilidad que él procuró aumentar con sus descortesías y sus violencias cuando el caso lo requería.

Y más tarde notó que la hostilidad se acentuaba, viéndose envuelto en una ola de general desprecio, sintiendo que en torno a sí se hacía el vacío que había deseado, que eran los otros los que le rehuían, los que procuraban callar cuando él llegaba e incluso crearle pequeños problemas, los pequeños problemas que estaban a su alcance crear y que el genio previsor de Ammón-Sha no podía evitar.

No tardó en darse cuenta Arana de que el propio don Damián Naranjo era el que más desprecio le manifestaba. Posiblemente —pensó— había llegado a su conocimiento la suerte corrida por su hija a la que él seguramente creía a salvo en la Tierra. Arana era mudo espectador de todo y víctima resignada del desprecio, del odio de sus compañeros; se daba cuenta de que entre éstos reinaba gran efervescencia y observó una gran agitación en don Damián Naranjo que, pese al dominio que de sus nervios poseía, no podía disimular el desasosiego en que vivía, ni la animosidad creciente hacia Arana.

Y Ammón-Sha, en rápida visita de inspección, en la que Arana tuvo la impresión que había captado el ambiente de inquietud que vivía la factoría, niveló la situación de Arana, haciéndolo correspondiente de don Damián Naranjo para que dirigiese la factoría en el turno en que don Damián debía descansar. Deseaba Ammón-Sha que la producción que se iniciaba no fallase y que alcanzase cuanto antes un nivel bueno de producción que le permitiese contar rápidamente con una fuerte armada

Al despedirse se había dirigido a Arana.

—Deseo cuanto antes poder hacer mis primeras salidas de exploración. He captado comunicaciones que demuestran que desean destrozarme. Naturalmente mis enemigos desconocen mi condición. Imagino que creen soy un pirata que me refugio en algún satélite de Júpiter y que todo mi poder descansa en unas cuantas aeronaves. Siento tener que prepararme para tal lucha cuando aún no he logrado los fines que persigo en Sambia, pero…

—Puedes rehuir el encuentro volviendo al lugar de donde saliste.

—Imposible. No quiero vivir errante como me tocó hacer durante tantos años. No es fácil llegar hasta los vivificantes rayos de otro sol sin que la mayor parte de la vida que he logrado crear aquí fuese destrozada…

—Puedes retirarte hasta la altura de Saturno y esconderte allí entre sus satélites.

—¡No! No tengo por qué retroceder ante nadie. No tengo por qué renunciar a mis proyectos y si me retiro no podré lograr más técnicos.

—Podrías hacerlos de tus hombres sintéticos.

—Carecen de alma y no podrían responder bien. Serían además demasiado costosos, se necesitaría demasiado tiempo para hacerlos. Además, las operaciones en el cerebro pueden atrofiar unas cualidades en beneficio de otras, pero no puedo aumentar su capacidad y si se logra, es en un grado tan mínimo que no vale la pena intentarlo. Y no intentes desconcertarme con tus proposiciones. ¿Cómo sabes que puedo trasladar el planeta a mi antojo?

—Lo he deducido del hecho de que no hayas caído dentro de la órbita de otro planeta. Imagino qué las ondas electromagnéticas te sirven para manejarte a tu antojo en el espacio.

—Y no te equivocas. Ese fue el primer descubrimiento, lo que me salvó con otros de la gran catástrofe. Pero ellos, luego, murieron...

—¿Cómo fue aquello? —interrogó Arana curioso.

Ammón-Sha pareció estremecerse, respondiendo luego lentamente.

—Fue una catástrofe geológica que aún no he logrado comprender, pero dos planetas chocaron, sin duda debido a la atracción de las ondas electromagnéticas que ambos producían naturalmente. Yo pertenecía a uno de ellos, llamado Orka, y no sé cómo pude escapar; pero yo y otros hombres nos vimos precipitados en el espacio inmenso. La masa desprendida del planeta Orka en que nosotros íbamos, comenzó a girar y a desprender grandes trozos, muchos de los cuales chocaban entre sí y se destrozaban mutuamente. Sólo éste sobre que nos asentamos se vio libre de choque alguno y con el tiempo se fue produciendo la erosión que lo ha convertido en esférico. Las ciudades que aún conservábamos fueron destrozándose; la vida llegó a ser aquí poco menos que imposible, y sólo logramos salvarnos los más fuertes y salvar con nosotros parte de nuestra avanzada civilización, seguramente mucho más avanzada que todas las vuestras, pese a las pretensiones de vuestros sabios, algunas de las cuales conozco.

—¿Y luego?

—Luego comenzó la verdadera lucha. La reconstrucción que iniciamos un puñado de seres valiéndonos de los hombres sintéticos que logramos fabricar. Pero ellos cayeron todos demasiado pronto, en su mayor parte, víctimas de nuestras propias luchas por el afán de mandar, de imponernos a los demás. Por eso odio a los hombres y no quiero que lleguen a formar una sociedad; pero odio mucho más a las mujeres que, en la mayoría de las ocasiones, son las que con sus ambiciones impulsan los unos contra los otros...

La actitud de Ammón-Sha era sombría, como si el revivir el pasado pesase sobre él.

—Temo, Ammón-Sha, que vuestra civilización, demasiado objetivista, fue la que os llevó a la perdición. La creación de los

hombres sintéticos me lo demuestra. Ese fue vuestro desastre, porque carecíais de fuerza espiritual. Vosotros teníais alma, pero eran unas almas muertas…

Ammón-Sha elevó la vista y pareció considerar a Arana bajo un nuevo aspecto, pero bruscamente se apartó de él moviendo, la cabeza con ademán negativo.

—De todas formas, los odio… ¡Y tú o trates de desviarme de mis propósitos!…

CAPÍTULO VIII

REBELIÓN

La chispa estalló cegadora en la propia factoría donde trabajaba Arana, y la ciudad y sus alrededores fue prontamente dominada por los rebeldes. Los extranjeros en Sambia habían logrado intervenir quirúrgicamente en una gran serie de hombres sintéticos y habían sido éstos los que, bajo la experta dirección de los extranjeros, habían asestado el golpe, reuniendo inmediatamente las fuerzas bastante considerables en vehículos especiales para dirigirlas contra la capital a través de los canales y de los caminos. Las unidades aéreas fabricadas disponíanse también a tomar parte en la acción y sólo se aguardaban noticias de la sublevación preparada también en otros puntos para iniciar la marcha, debidamente sincronizada, contra el reducto de Ammón-Sha. Se contaba para batirle con las mismas armas que él poseía y con el odio acumulado año tras año. Y por paradójico que pueda parecer, los más encarnizados enemigos de Ammón-Sha eran los hombres sintéticos, su creación, pero que, con la última intervención sufrida, habían entrado en una normalidad cerebral, en una regeneración total de sus funciones animales

Y Arana, con el que no se había contado y el cual se había mantenido al margen de la acción desde el primer momento, contempló con verdadero pavor las masas desatadas de los hombres sintéticos, iguales a fieras desmandadas Y pensó que si llegaban a triunfar, los mismos que los habían lanzado serían los primeros en caer arrollados por su incontrolable empuje Y Sambia se vería destrozada. Esto a Arana no le importaba en realidad gran cosa, puesto que él mismo la hubiese destrozado de haber podido; pero necesitaba salvar a todos los extranjeros que estaban allí, volver a la vida los seres cristalizados, salvar las facetas interesantes de aquella civilización un tanto absurda y conservar los medios para poderse reintegrar a la amada Tierra. Poder ofrecer una victoria al general Lomas... y a Sarita. Que ésta llegase a comprenderlo y, ¿por qué no?, humillar al matrimonio Naranjo que antaño le despreciara y que entonces le deberían la vida, y lo que valía más, la libertad.

Arana había pensado en más de una ocasión en algo parecido a lo que los otros habían realizado; pero desde el primer momento, con un sentido real de las cosas, con una visión más clara, había temido sus consecuencias. Lo había pensado aún antes de decidirse a colaborar con Ammón-Sha, y por lo mismo, deseando ganarse la confianza de éste y reservarse para una acción más segura, había levantado el muro

de hostilidad que en tal momento lo mantenía al margen de la revuelta.

Tan pronto como los revoltosos llegaron a dominar la situación, trataron de ponerse en contacto con los otros focos rebeldes por medio de le radio; pero la emisora de la capital, bastante más potente, logró interferir las comunicaciones. Enrareciendo además con la densa niebla artificial que ya Arana conocía, en torno al planeta, privaba a los sublevados de la energía que recibían del espejo interplanetario y más tarde comenzaron a recibirse desanimadoras noticias de lo que debían haber sido otros focos rebeldes. Los cabecillas habían tenido miedo en algunos lugares; en otros se habían producido traiciones de los que deseaban congraciarse con Ammón-Sha para evitarse el castigo y aun medrar al calor de los acontecimientos: en otros lugares los acontecimientos habían sido descubiertos a tiempo y la rebelión había sido sofocada aún antes de que se produjera

Luis Arana fue tomando el pulso a todo, y con gran sentido de la oportunidad se supo lanzar a tempo. Actuando por sorpresa había logrado apresar a don Damián Naranjo y después a los más significados de sus ayudantes, sembrando el desconcierto entre los rectores del movimiento. Y así la masa de hombres sintéticos, privados de dirección, pronto no supieran qué hacer y se entregaron a toda clase de desmanes, destrozando cuanto hallaban a su paso, destrozando los almacenes de víveres, parte de las instalaciones...

Hasta que llegó un nutrido ejército de los hombres sintéticos de rojo, los especialistas de la guerra, los cuales entraron destrozando, atacando sin compasión a sus congéneres, aplastándoles con la misma indiferencia que podrían pisar el pavimento de la calle. Fue una verdadera orgía de sangre de la que los extranjeros se libraron gracias a las previsiones tomadas por Arana, quien, además, logró ponerse en comunicación con Ammón-Sha, informándole a su manera de lo sucedido y llamándole a su lado para que contuviese a su desmandado ejército, casi tan salvaje como el vencido.

Y así fue rápidamente restaurado el orden, salvándose una gran parte de las instalaciones y todos los extranjeros, pero siendo aniquilados todos los hombres sintéticos que habían sido transformados y que habían tomado parte en la sedición. Y como nota curiosa, hubo de anotar Arana que el resto de los hombres sintéticos, los que no habían sufrido la segunda operación transformadora, se habían mantenido trabajando, indiferentes a todo, sin preocuparse de si algún compañero caía a su lado barrido por los rebeldes, sin reconocer a éstos a sus antiguos compañeros, volviendo a su sitio cuando habían sido violentamente apartados de él si en el choque no habían salido destrozados...

Arana se había preparado para recibir a un Ammón-Sha furioso,

sediento de la sangre de los que le habían provocado los graves incidentes, pero se encontró con un Ammón-Sha abatido, dispuesto a la comprensión.

—¿Ves por qué odio a los hombres? Han sido capaces de convertir en fieras a unas pacíficas bestias.

Arana, viéndolo en aquella actitud, se aventuró.

—Pero el responsable eres tú, que has fabricado tales bestias. Esto te demostrará que no se puede jugar con estas cosas, que el ser humano tiene unas limitaciones que no debe sobrepasar, que no debe tratar de penetrar en el terreno que le está vedado. En todo esto debes ver tu orgullo castigado, debes aprender que no es normal que continúes por el camino emprendido...

Pero Ammón-Sha interrumpió:

—¡Bah! ¡Tonterías! ¡Me estás dando consejos propios de viejas! Esto, lo único que demuestra es que en mi organización existen algunos fallos, así como en mis sistemas de control. Si me hubiese dejado llevar de mi intuición, esto se hubiera evitado, pues en mi última visita noté algo anormal. Ahora no tendré más remedio que castigar, privarme de técnicos tan excelentes...

—¿Y por qué te vas a privar de ellos? Ahora son totalmente inofensivos y debes dejarlos en sus puestos, de lo contrario tus planes sufrirán un gran retraso.

—No lo creas. Tengo otra expedición en mi poder. Gente de calidad y que se han sometido rápidamente. A éstos debo castigarlos, al menos por equis tiempo, reduciéndolos a la condición de estatuas. Ello les servirá para no volver a intentar reincidir. En cambio, a ti, no sé cómo poder premiarte.

—Lo que he hecho no tiene importancia. Ellos me odiaban y no quisieron contar conmigo...

—Porque sabían que tú eres más inteligente que ellos y que no les hubieras seguido en una empresa de tipo suicida como ésta.

—¿Y qué hubieses hecho de haber logrado ellos levantarse en todos los puntos?

—Ese es mi secreto. Hubiera tenido que destrozar mucho, pero hubiera logrado dominarles. Aparte que la capital, donde yo resido, es inexpugnable... Ahora quedarás tú de jefe de todo esto; pero para que no olvides lo que puede sucederte si llegas a atacarme, todos ellos quedarán cristalizados aquí mismo. Tú mismo verás cómo realizo la cosa.

—¿Tú, personalmente?

—No. Tengo gente especializada. Pero yo soy quien controla directamente.

Poco después asistía Arana al espectáculo de ver cómo a los cabecillas rebeldes les era inyectado un líquido en cantidad próxima al

litro. La inyección la hacían en tres tiempos y dando lugar para que el organismo la absorbiera. Después de tal operación, los cuerpos eran colocados en las actitudes que se juzgaban convenientes e inmediatamente eran sometidos a la acción de unos determinados rayos que les comunicaban ya cierta rigidez. A continuación recibieron un baño de cierto producto transparente y más tarde fueron colocados en una estufa donde Ammón-Sha los mantuvo un tiempo equivalente a unas tres horas, en las que el calor fue cuidadosamente graduado según requería el momento. Finalmente, las figuras fueron sacadas de la estufa, y Ammón-Sha las mostró al asombrado Arana.

—¿Qué te parece? ¡Una verdadera obra de arte! No ha sido fácil llegar a esto, si bien no debo enorgullecerme de ser yo quien lo ha logrado. En mi planeta de origen, en Orka, donde la pena de muerte había sido suprimida, donde las cárceles habían sido eliminadas, era el procedimiento que se empleaba para castigar a los que conculcaban las leyes y así permanecían el tiempo de castigo que se les señalaba. Yo no he hecho más que copiar aquello...

Arana examinó detenidamente, una por una, las figuras y con gesto de asombro señaló hacia una de ellas.

—¿Quién ha metido aquí a este hombre? Él es inocente. Fue el único que, conmigo, se mantuvo al margen de la rebelión. Esto es una injusticia... Te informé de ello, Ammón-Sha...

—¿Es cierto eso? No lo recuerdo...

—Recuerda bien en el primer informe. Te dije que me parecía que un hombre desconocido para mí se había mantenido al margen...

—Así es, pero ignoraba que estaba entre los otros. Este hombre es de los primeros que recogí en torno a Júpiter y pertenece a este planeta...

—Lamento que por no precisar mi informe haya sido también víctima...

Ammón-Sha mostró entonces cierta socarronería y respondió:

—Si se hubiese tratado de alguno de tus compañeros, hubiese sospechado que tratabas de librarlo, pero así... No te preocupes Ahora verás qué pronto lo volvemos a la vida.

Y Arana asistió a una serie de operaciones que inició Ammón-Sha, sometiendo al ser cristalizado a una lluvia de rayos, metiéndolo luego en un baño y una vez fuera de éste, cubriéndolo con una capa de ceniza especial donde escasamente lo tuvo media hora, hasta que el hombre comenzó a dar señales de vida. Después de esto le inyectó otro líquido que le hizo reaccionar totalmente, dándole a beber a continuación una solución que el mismo Ammón-Sha preparó delante de Arana.

—Ya tiene usted hombre. Desde este momento reanudará la vida como si nada le hubiese sucedido...

* * *

Hallábase Arana más que medianamente satisfecho de los resultados que había ido logrando. Computando el tiempo tal como se hubiese considerado en la Tierra, llevaba en Sambia poco más de siete meses y en tan corto espacio había logrado dos cosas del máximo interés: Saber como se volvían los seres cristalizados a la vida y haberse ganado, en la medida de lo posible, la confianza de Ammón-Sha, no porque éste pensase en una sincera conversión de Arana, sino basándose en la inteligencia del hombre de la Tierra que le habría hecho comprender que quien intentase rebelarse es taba perdido. Ammón-Sha confiaba más en su propia fuerza y en la inteligencia de Arana, en su claridad de juicio, que en nada.

Había meditado Arana en como se comportarían los hombres sintéticos cuando les faltase la dirección de Ammón-Sha y el estudio que de ellos había hecho le convenció de que tales seres continuarían realizando las mismas funciones, con la meticulosidad y el acierto que ponían en ellas, sin que nada les desviase de su trabajo, incluso aunque llegasen a faltar los técnicos extranjeros que auxiliaban al jefe de Sambia. Pero por la peculiaridad de su servicio, de lo que no estaba seguro y a lo que temía era al comportamiento de los hombres sintéticos de rojo, a la guardia personal de Ammón-Sha y al resto del grupo de guardadores del orden que, como Arana bien había podido apreciar no tenían freno cuando se lanzaban, a menos que el propio Ammón-Sha o alguno de cinco leales servidores que éste tenía, los detuviesen. Tales servidores habían sido seleccionados entre los hombres sintéticos y, al prepararlos, se les había dejado el dominio de ciertas facultades de que los otros carecían, y que los convertían en seres fanáticos al servicio de Ammón-Sha, seres que la escasa razón que poseían era para aprobar lo que Ammón-Sha hacía o decía y para aplicarse a cumplir a rajatabla las órdenes de éste. Seres que no vacilarían en sacrificar su vida por el amo aun después que este estuviese vencido. Y los otros hombres de rojo les seguirían ciegamente y atacarían todo aquello que vieran moverse en contra de Ammón-Sha y sus cinco puntales. Quedaba además la isla interplanetaria con su gran espejo, lugar donde Ammón-Sha tenía también a un fanático incondicional del mismo tipo que los otros cinco y el cual sólo obedecía las órdenes que recibía directamente de Ammón-Sha.

¿Qué punto atacar primero? Era la gran interrogante de Arana, máxime si se tenía en cuenta que se hallaba completamente solo, ignorando donde se hallaban los compañeros que se hubiesen librado de ser cristalizados, ignorando también en cuales de ellos podía

confiar, ni siquiera si podía confiar en alguno, ya que Ammón-Sha había puesto buen cuidado en que no se pudiera relacionar con ninguno. Si al menos pudiera llegar hasta donde se hallase Oramas, saber dónde encontrarlo...

Nuevas remesas de técnicos raptados por Sambia se habían ido incorporando a la producción, bastantes de ellos procedentes de diversas naciones de la Tierra. No dudaba Arana que todos ellos estarían deseando ser liberados, pero ¿hasta qué punto podía confiar en ninguno? ¿Cuál sería el que podría servir en el momento de peligro?

Tales reflexiones descorazonaban a Arana que sentía pasar el tiempo sin resolver, temiendo atacar y fracasar porque sabía que con su fracaso terminarían todas las posibilidades y entonces Sarita y todos los demás, incluso él mismo, quedarían cristalizados por los siglos de los siglos... Y el monstruo Ammón-Sha continuaría raptando aeronaves, imposibilitando la vida entre los planetas, poniendo en peligro la vida en ellos y su desarrollo cultural...

Pensando en ello propuso una importante reforma en los aparatos que construían, reforma que, por el campo que abarcaba podía ser también de la especialidad de Benito Oramas, y ofrecía tales ventajas la propuesta de Arana que Ammón-Sha lo llamó directamente haciéndole ir a la capital del reino. Y en ella encontró a Oramas que también había sido convocado por Ammón-Sha, con el cual se reunieron los dos hombres de la Tierra para discutir las reformas a efectuar, mostrándose Ammón-Sha como el talento que pretendía ser al tomar parte en las discusiones técnicas y al dar las orientaciones de lo que pretendía se lograse, mostrándose al mismo tiempo satisfechísimo de sus dos colaboradores, no obstante lo cual, no les permitió entrevistarse solos en ninguna ocasión.

CAPÍTULO IX

LA DESEADA REVANCHA

No ignoraba Luis Arana que, tan pronto como intentase abrir la puerta de su departamento o cualquiera otra puerta, inmediatamente sería dada la alarma y se vería rodeado de un numeroso pelotón de los hombres de rojo, dispuestos a destrozarle en cuanto intentase el menor movimiento. Pero tal problema había llegado a carecer de importancia para Luis Arana que, conocedor del mismo, había logrado fabricarse en la factoría un rudimentario soplete atómico, de carga reducida, pero suficiente para el objetivo que pensaba cubrir. Una de las ventajas de tal soplete era que, construido totalmente de materias plásticas, sin la menor cantidad de metal, su poseedor podía pasar tranquilamente ante los detectores electrónicos sin que su presencia fuese denunciada, salvando así tal peligro, ya que, en la residencia de Ammón-Sha había un buen número de detectores distribuidos en las entradas para impedir a las gentes extrañas que entraban en ella que pudiesen entrar un arma.

Había escogido Arana, para llevar a cabo el plan que había redondeado, las horas que Ammón-Sha dedicaba al descanso. Tenía tales horas el inconveniente de que la vigilancia en torno a él se redoblaba, de que sus esbirros vigilaban con más cuidado, pero en cambio ofrecían la ventaja de que el cerebro, al que realmente se debía temer, dormía, aunque con un sueño ligero que se rompía al menor ruido, pero que abría unas ciertas esperanzas a la sorpresa que se intentaba producir.

Arana había hecho la guerra en los primeros años, recién salido de la academia, actuando en los grupos especiales de asalto y estaba acostumbrado a realizar ataques por sorpresa, luchando contra un enemigo diez, y aun veinte veces superior y a salir victorioso, pero es que tales ataques se producían generalmente de noche, amparándose en la oscuridad para pasar desapercibidos hasta llegar al objetivo y valiéndose luego de la misma oscuridad para huir, mas en Sambia no existía la noche mientras el espejo interplanetario luciese y Arana debía actuar a plena luz, sin armas, a pecho descubierto.

Después de la última reunión con Oramas y Ammón-Sha, se había retirado a descansar, pero, aunque acostado y cansado, se mantuvo en vigilia hasta que, por el silencio reinante, casi absoluto, comprendió que el tirano descansaba. Era su momento, y sin una vacilación, se arrojó de la cama, colocándose en los pies un fino y silencioso calzado que había dispuesto de antemano. En cuanto a ropa, sólo se puso un

ajustado calzón de punto, de fibra de cristal, y tanto la prenda como el cuerpo lo impregnó de una sustancia deslizante y que además poseía virtudes aislantes. Estaba así libre del efecto de las descargas de las pistolas, y en caso de lucha cuerpo a cuerpo, sería punto menos que imposible que sus enemigos llegasen a lograr una presa eficaz que le inmovilizase.

Una vez dispuesto se detuvo unos instantes a escuchar, tratando de tomar el pulso al silencio reinante para evitar a su vez que le pudiese pasar desapercibido cualquier movimiento. Seguro ya, decidido, se dirigió hacia una determinada pared del departamento, le aplicó el soplete y pronto la materia plástica de que se bailaba construida se vio desintegrada en trozo lo suficientemente amplio para dejar paso a un cuerpo; el departamento a que se abrió paso estaba desocupado, prevención que había tomado Ammón-Sha para no dar ocasión a que se comunicasen ni a través de los delgados tabiques y Arana atravesó la estancia, atacando la otra pared que debía darle entrada a la habitación ocupada por Oramas. Rápidamente fue producido el hueco y Arana se halló sorprendido por un Oramas despierto, levantado y nada sorprendido, que le aguardaba sonriente y el cual cuchicheó en su oído:

—Te aguardaba. Noté en tus miradas que había llegado el momento de atacar. Además, me había sorprendido bastante la llamada aquí y no paré hasta comprender los verdaderos motivos de la misma. Silenciosamente estrechó Arana la mano de su amigo a tiempo que mostraba con el ademán el micrófono colocado en la pieza, pero Oramas respondió:

—No temas. Lo he inutilizado.

—Está bien. Ponte esto rápidamente y úntate este producto aislante por el cuerpo. Tu misión será seguirme y tan pronto lleguemos al departamento de Ammón-Sha, saltar sobre él e inutilizarlo, sin preocuparte en absoluto de lo que pueda ocurrir en derredor tuyo ni del número de enemigos que puedan atacarme. Tu objetivo es Ammón-Sha. Él no debe poder moverse ni hablar. ¿Entendido?

—Perfectamente.

—Piensa también que ya no podemos retroceder y que si fracasamos habrán terminado con nosotros todas las posibilidades

—Lo sé, y por eso te he seguido desde el primer momento y he tenido la paciencia de aguardar a que tú dieras la orden de ataque.

—Gracias…

Rápidamente se equipó Oramas, friccionando luego el cuerpo ayudado por el propio Arana, y cuando estuvo dispuesto, ambos hombres se estrecharon las manos, sintiéndose ambos ganados unos instantes por una lógica emoción, en particular Arana, al ver la lealtad

y comprensión que su subordinado había mostrado en aquellos Largos meses de cruel espera. Un movimiento de cabeza del jefe rompió la escena:

—Vamos...

—Adelante...

Tenían aún un largo camino a recorrer y mientras Oramas, guardando la espalda de Arana escuchaba, el jefe iba realizando silenciosamente su labor, procurando no producir ruido alguno, lo que les obligaba a marchar con una cierta lentitud.

En varias ocasiones se vieron obligados a suspender la tarea al oír el deslizarse de los pasos de los mudos guardianes y, finalmente, cuando ya se disponían a atacar el último tabique, el que daba al compartimiento ocupado por Ammón-Sha, temieron ver sus planes echados por tierra, ya que uno de los hombres de rojo abrió la puerta del departamento en que ambos se hallaban, penetrando en él. Afortunadamente, cuando el soldado se dio cuenta de la presencia de los dos intrusos, ya Arana, con la agilidad del tigre, había saltado sobre él, descargándole tan furioso golpe que el hombre se estremeció al impacto, quedando por unos instantes privado de la acción, pero dando la sensación de que se recuperaría pronto, por lo que, mientras Oramas le sujetaba por la espalda, desarmándole, Arana le repetía con otro golpe dirigido a la altura del hígado, que hubiese dado con él en tierra de no evitarlo Oramas, interesado en que no se produjera ruido alguno.

El hombre sintético yacía en el suelo desmayada y desarmado, y Arana se detuvo por unos instantes, indeciso.

—¿Qué hacemos con él?

—Para mí no hay duda alguna. Liquidarlo —respondió Oramas—. Me resulta difícil hacerlo a sangre fría con un ser indefenso, pero nos jugamos demasiado en la empresa.

Y antes de terminar de hablar había disparado ya el fusil atómico de que se había apoderado y el hombre sintético quedó desintegrado.

Por unos instantes se detuvieron los dos amigos, asegurándose de que no se había producido revuelo alguno, de que no había alarma, y sin pronunciar palabra se dirigieron hacia el tabique tras el cual debía hallarse Ammón-Sha.

—¿Y si no está? —interrogó Oramas.

—Hemos de correr tal riesgo —respondió Arana cuchicheando—. Tú tomarás la pistola eléctrica y tan pronto yo abra la brecha con el soplete, saltarás hacia el lugar donde se halle Ammón-Sha y lo dejarás fuera de combate. Mientras yo, con el fusil atómico, guardaré tu espalda, atacando a los que traten de oponerse. ¿Entendido?

Oramas movió la cabeza en ademán afirmativo.

—Por lo que sé de Ammón-Sha, calculo que el lugar de descanso

lo debe tener en el ángulo del fondo de la habitación, fuera de la línea de tiro de las ventanas y alejado de la puerta, así es que deberás recorrer un buen trecho. Piensa que cuatro o cinco fieras estarán al acecho y que un segundo de vacilación puede hacernos fracasar.

—No temas. Estoy tranquilo...

Eligió Arana el trozo de tabique por donde debía atacar y se colocó ante él con el soplete dispuesto, colocándose Oramas a su lado. Ambos hombres sentían que sus corazones latían más apresuradamente de lo que era de desear y observaron sus gargantas resecas, pero no vacilaron ya. Con rápido movimiento aplicó Arana el soplete abriendo una brecha bastante grande y apenas producida ésta, sin aguardar a que el humo se desvaneciese lo más mínimo, saltó Oramas corriendo como un gamo, en dirección al lecho de Ammón-Sha. Destellaron fulgurantes los latigazos de las pistolas eléctricas, pero que no causaron efecto alguno y no había llegado a apagarse el eco de los mismos cuando ya Arana disparaba con certera puntería el fusil atómico, desintegrando a dos enemigos y teniendo que cambiar de postura rápidamente para evitar una descarga atómica hecha contra él.

Ammón-Sha habíase despertado al primer chasquido y se disponía a dar la alarma cuando Oramas disparó la pistola eléctrica y el hombrecillo, alcanzado de lleno en el rostro, dio un convulsivo salto y se desplomó, cayendo del lecho. Pero Oramas, siguiendo las instrucciones recibidas, tornó a cargar, golpeando al caído con toda su habilidad y con el canto de su mano en la nuca, aun a trueque de matarlo y Ammón-Sha terminó de relajar sus músculos, dando la sensación de que se hallaba muerto, de que había sido desarticulado por el potente golpe.

Una rápida inspección le permitió ver a Oramas que un tercer guerrero rojo era desintegrado por Arana, pero que otro tenía la posibilidad de atacarle por la espalda, disponiéndose a descargar sobre él su fusil atómico, mas afortunadamente Arana, con la agilidad de un gato, previniendo el ataque, había saltado, evitando la ráfaga de rayos desintegradores para caer a los pies del guerrero, a cuyos tobillos se agarró con fuerza, haciéndole perder el equilibrio. Con la rapidez del torbellino, aplicó Arana al guerrero una llave de lucha japonesa y el enemigo se desplomó, retorciéndose de dolor, circunstancia que aprovechó Arana para levantarlo y lanzarlo con la fuerza de un bólido contra el enemigo que le atacaba, destrozándose ambos en el choque, de una violencia inusitada.

Jadeando tendió Arana la vista en derredor suyo y pudo apreciar que se habían librado de todos los enemigos y corrió a asegurar la puerta de entrada para dificultar la llegada de auxilios mientras se dirigía a Oramas, quien, con las ropas de la cama de Ammón-Sha,

estaba atando y amordazando a éste para asegurarse de que no podía ser un obstáculo.

—¡Apresúrate! Ten en cuenta de que nos ha de servir de escudo…

—No sé si va a servir, porque le he dado con tantas ganas que temo lo he matado…

—Aunque así sea. Hay que hacer creer que vive, y por lo menos no servirá para cubrirnos un flanco, así es que termina de amarrarlo para proseguir nuestro papel…

En la puerta del departamento comenzaron a sentirse los rudos golpes que descargaban los guerreros, quienes, por los ruidos producidos, imaginaban que sucedía algo anormal y corrían en auxilio de su jefe.

Arana miró hacia donde Oramas se hallaba, expresando en su gesto la inquietud de que se hallaba poseído.

—¿Terminas?

—Termino. Corro hacía el punto de retirada.

Unió Oramas la acción a la palabra y Arana, viendo que la puerta se hallaba a punto de saltar baja los golpes de los guerreros, disparó su fusil atómico contra el suelo, detrás mismo de la puerta, abriendo en él un amplio boquete que serviría de trampa a los que forzasen la entrada. Inmediatamente reunió las armas de sus enemigos vencidas y cargó con ellas, siguiendo a Oramas que llevaba a cuestas el cuerpo de Ammón-Sha. Pero antes de salir por el hueco producido en el tabique vio como la puerta saltaba con extraordinaria violencia y que los guerreros que la habían forzado y que intentaban entrar en tropel, se precipitaban por el hueco abierto, estrellándose en el piso bajo entre terribles ayes y aullidos de dolor.

Aún disparó Arana una ráfaga de uno de los fusiles atómicos contra los que se habían salvado de la caída, en particular contra uno que logró salvar el boquete de un salto y corrió detrás de su amigo, cortando luego la posible persecución al abrir un nuevo hueco en el suelo, detrás de ellos.

Como exhalaciones corrieron los dos amigos, Oramas con su carga, dejando tras sí aposento tras aposento y finalmente, al llegar al que ocupara Arana y del cual había partido el ataque, salieron ambos al pasillo, hallándose tras una verdadera masa de guerreros que habían acudido presurosos al aposento de Ammón-Sha. Para evitar la persecución, abrió Arana un nuevo boquete en el suelo e inmediatamente, mientras Oramas se alejaba, él frenaba el ataque con los disparos de los mortales rayos atómicos, desintegrando a la principal masa de guerreros y haciendo que el resto, faltos de apoyo en el piso por los disparos del hombre de la Tierra, se viesen precipitados al piso de abajo.

Prescindiendo del ascensor bajaron rápidamente las escaleras,

dejando la confusión del piso donde se había producido el ataque y del siguiente, donde yacían en informe montón los guerreros que habían caído, llegando al otro donde aún reinaba la tranquilidad y donde pudieron tomarse unos segundos de respiro.

—¿Qué hacemos? —interrogó Oramas.

—Continuar la huida. En el parque tenemos nuestra mejor defensa. Los cinco jefes han caído y estos hombres, privados de dirección, una vez nos hayan perdido de vista no sabrán qué hacer, ya que son incapaces hasta de seguir una pista. Su desprecio por el hombre íntegro le va a costar caro a Ammón-Sha.

—Ya es hora de que las pague todas juntas, pero ¿y nuestros compañeros, los que han sido vitrificados?

—No temas. Antes de lanzarme logré enterarme de cómo se les volvía a su estado natural. Provoqué la cosa cuando la rebelión de nuestros compañeros. Pero no perdamos tiempo. Tengo ahí un micrófono y debo aprovecharlo para dar el grito de libertad.

Ante el micrófono, a sabiendas de que sería oído en todos los departamentos de la residencia de Ammón-Sha, gritó Arana:

—¡Atención, esclavos extranjeros! ¡Ammón-Sha ha sido derrotado y yace prisionero! Sus cinco generales han caído... ¡Sois libres! Pero evitad por el momento a los hombres de rojo... Su furia homicida podría seros fatal...

Lanzado el aviso continuaron los dos hombres su huida, teniéndose que abrir paso en una de las ocasiones a través de una barrera de guerreros que, pese al peligro que para ellos significaba, no se atrevieron a actuar al ver que Ammón-Sha era interpuesto como escudo.

No tardaron en reunirse a los dos amigos un cocinero, temblando de miedo y alegría a la vez, y dos jardineros, dos técnicos que tenían a sus órdenes toda una serie de hombres sintéticos y que eran los artífices preferidos de Ammón-Sha, por sus bellas creaciones en la materia.

Al ver a Ammón-Sha derrotado no acababan de dar crédito a sus ojos y de buen grado se unieron al grupo. Uno de los jardineros se erigió en guía

—Síganme y les garantizo que toda esa horda no será capaz de hallarnos. Nadie como yo conoce los vericuetos del parque...

Armados los cinco, aún hubieron de mantener varios encuentros con los guerreros, pero la dirección de Arana se hacía sentir y pronto los hombres rojos, considerablemente diezmados, totalmente desarticulados, eran presa fácil para el pequeño grupo que, de perseguido, pasó a perseguidor, realizando una limpieza a fondo.

Y el grupo se fue viendo incrementado con los muchos técnicos que dirigían las industrias instaladas en los alrededores de la capital,

entre ellos algunos tripulantes del *Escorpión Azul* que saludaron a sus jefes con verdadera alegría, trasladándose el cuartel general al navío, al llegar a cuyo puente de mando dio Arana un suspiro de alivio,

—¿Qué puede ocurrir ahora con las emisiones de rayos electromagnéticos? —interrogó Arana a uno de los más antiguos huéspedes forzados de Ammón-Sha.

—No ocurrirá nada. Los hombres sintéticos que los manejan están allí, al pie del cañón, pero sin las órdenes directas de Ammón-Sha, no harán nada. No será difícil sorprender a la guardia de guerreros e inutilizar a los otros. Y lo mismo ocurre con lo demás. La única amenaza que aún pesa sobre nosotros es el espejo interplanetario, pero el general que tiene allí Ammón-Sha no se moverá sin recibir órdenes de éste

—Pues va a ser difícil que las reciba —respondió Oramas, que había estado actuando sobre el cuerpo de Ammón-Sha—, porque Ammón-Sha ha muerto. Creo que se me fue la mano al golpearle y que lo que he arrastrado conmigo tanto rato, sirviéndome de escudo, era únicamente un cadáver.

Un silencio impresionante acogió la noticia. Pese a lo que unos y otros habían sufrido a causa del desequilibrado ser, su genio no dejaba de imponerse hasta última hora, haciendo que se le respetase aun después de muerto.

* * *

El proceso de descristalízación de las estatuas fue emprendido rápidamente bajo la dirección de Arana, mientras Oramas y algunos otros de los tripulantes del *Escorpión Azul* se ponían a la cabeza de la expedición que debía llevar la nueva a las diversas ciudades y agrupaciones industriales, libertando a los prisioneros y machacando los grupos de resistencia ofrecida esporádicamente por los guerreros de diversos destacamentos, lográndose rápidamente una victoria total.

Y los hombres sintéticos continuaron sus labores de la forma mecánica, rutinaria, a que estaban habituados, sin apercibirse de lo que sucedía a su alrededor, atentos únicamente al fin a que habían sido orientados...

Uno de los primeros seres que sufrió el proceso de descristalización fue Sarita, a la que Arana, personalmente, volvió a la vida. El despertar de la muchacha, bajo la última impresión recibida, fue un gesto de hostilidad hacia el comandante del *Escorpión Azul*, que contemplaba su despertar con una irónica sonrisa dibujada en su rostro.

—¡Cobarde! ¿Aún te atreves a mirarme y a sonreír? ¿Cómo no se te cae la cara de vergüenza? —fueron sus primeras palabras mientras

los ojos le brillaban de indignación, buscando con la mirada el apoyo de los ojos de Buitrago.

Pero el teniente vasco se hallaba aún vitrificado y Sarita mostró un gesto de espanto.

—Temo que vas a llevarte una gran desilusión, Sarita, al saber que debes tu vuelta a la vida a un cobarde como yo. Y no sólo tú, sino todos los demás, como Buitrago, al que hace un momento buscabas con la mirada, y tu padre y tu madre. No sé si podrás sobrevivir a tanta vergüenza —respondió Arana con sorna—. Pero si ello no te ha de dejar vivir, los dejaré en su estado actual y a ti te volveré a él. Ahora aquí, el mago soy yo. Ammón-Sha me ha transmitido sus poderes.

Sarita comprendió entonces que había «patinado» y su rostro enrojeció de vergüenza, volviendo sus miradas a los que les rodeaban, a los que trabajaban en volver a la vida a los cristalizados.

Una joven lindísima que había estado convertida en estatua durante cinco lustros, se acercó en aquel momento a Luis Arana:

—Comandante, se acaba de recibir esta comunicación de la Tierra. Está firmada por el general Lomas, quien le felicita por su victoria y le comunica que ha sido ascendido...

—Gracias, Rosa. Le agradeceré que me prepare una taza de té. Estoy más que cansado, agotado; pero no olvide que no me agrada tomarlo solo y que está usted invitada. ¿Han habido noticias del teniente Oramas?

—Sí, señor. Lo tiene todo dispuesto para lanzarse al asalto de la isla interplanetaria y aguarda sus órdenes.

—Está bien. Ahora voy. Y no olvide lo del té...

Tras dar las gracias, la muchacha se alejó contoneándose, haciendo destacar con su gracioso andar la belleza de sus líneas, y Arana la siguió con expresión de arrobamiento, hasta que Sarita saltó como podría hacerlo un tigre:

—¡Eres un fresco y no tolero que mires así a otra mujer! ¡Jamás pensé que podías ser tan... tan...

—¿Tan... qué? ¡Termina de una! Pero no olvides que nuestro compromiso quedó roto hace demasiado tiempo y que si al principio lo sentí, ahora que te conozco bien me alegro de tu decisión...

Pero Sarita no le dejó terminar y con lloros, se arrojó en sus brazos:

—¡Perdóname, Luis! Yo sé que me quieres, tanto como yo a ti... Me lo dijo Buitrago... Entonces yo era una niña y no comprendía, pero ahora no me dejaré avasallar por nadie...

—Pero ¿y tu marido?..

—¿Mi marido? ¡Si yo jamás he estado casada, ni tan siquiera he tenido otro novio que tú...!

—¿Cómo me dijiste entonces que ibas a casarte con uno de tu clase?

—Fue lo que me obligaron a decir mis padres para que te alejaras…

—Pero tu tío, cuando yo le dije…

—Mi tío no te dijo que yo fuese casada; se limitó a no llevarte la contraria cuando tú hablaste de mi marido. Él es muy discreto y no le agrada meterse en líos familiares…

—Alma mía, que peso se me ha quitado de encima! —exclamó Arana estrechando a la mujer entre sus brazos.

Se oyó un carraspeo a espaldas de ambos, pera Sarita no se movió, murmurando por lo bajo al oído de Luis:

—Presiento que son mis padres, pero no hagas caso. Se tendrán que acostumbrar. Además, cuando sepan que has sido tú nuestro salvador…

Buitrago, recién descristalizado, se acercó entonces. En su rostro había un gesto confuso al colocarse en posición de firme ante su jefe.

—A sus órdenes, señor. Le ruego que me perdone si…

—¡A mis brazos, amigo! Fue mucho mejor que dudaseis todos de mí, porque así, quien no dudó fue Ammón-Sha, que era a quien interesaba engañar…

Uno de los técnicos que asesoraban a Arana, se acercó entonces. En su rostro se percibía un gesto de temor:

—Comandante. La producción de rayos electromagnéticos se ha suspendido inexplicablemente y el planeta ha comenzado a derivar. No tardaremos en ser absorbidos por Júpiter u otro planeta y destrozados contra ellos.

—¿No tiene solución eso?

—Temo que no, señor, Ammón-Sha se llevó el secreto de su producción. Según los cálculos realizados por Austin II, el robot al que hemos suministrado los datos precisos, Sambia entrará en colisión con Júpiter dentro de unas cincuenta horas.

—¡Hay que evitar eso por todos los medios! Sería una verdadera catástrofe para los habitantes del planeta. Llamen al teniente Oramas.

Presentóse Oramas y Arana ordenó:

—Parte para el asalto a la isla interplanetaria y aguárdanos allí. Debe ser una victoria rápida, de lo contrario se podría producir una verdadera catástrofe.

—Si es sólo por eso, no se producirá. Cuenta a la isla como tuya. A tus órdenes.

—Suerte —respondió Arana viendo alejarse a Oramas.

Poco después, una nutrida flotilla aérea, salida de las fábricas de Sambia, despegaba en dirección a la isla planetaria seguida por las ansiosas miradas de los que quedaban en el pequeño planeta.

Arana tornó a ordenar, dirigiéndose a los que había responsabilizado para tales tareas.

—Antes de diez horas deberán quedar descristalizados todos estos seres...

—Descuide, señor. Los equipos avanzan más rápidamente de lo que imaginaba.

—¡Teniente Buitrago!

—A la orden, capitán.

—Lo siento, pero ahora soy comandante. Reunirás a todos los extranjeros y los distribuirás en los diferentes aparatos interplanetarios. Debemos abandonar esto dentro de las veinte próximas horas.

—¡A la orden!

* * *

Antes de cumplirse las veinte horas, Sambia quedaba libre de extranjeros, quienes, conquistada la isla interplanetaria por Oramas, se habían refugiado en ella siguiendo las instrucciones de Luis Arana.

El *Escorpión Azul* fue el último en abandonar el planeta y Arana, en el puente de mando, lo contempló durante largo rato.

—¿En qué piensas? —interrogó Sarita, que se hallaba a su lado.

—En esos pobres hombres sintéticos que voy a tener que destruir.

—¿Y no hay medio de evitarlo?

—No es posible. Si dejamos a Sambia en el espacio chocaría con Júpiter y muchas vidas humanas se perderían sin que estos seres se salvaran...

—¡Hágase lo que Dios quiera!

—Así es..., pero me da pena...

Y Luis Arana se dirigió al micrófono de órdenes:

—¡Atención! ¡Tubo lanzaproyectiles número uno y diez! ¡Dispongan a «ADI»!

La respuesta no tardó en llegar.

—Tubo número uno. «ADI» dispuesto, señor...

—Tubo número diez. «ADI» dispuesto, señor...

Sambia se iba despegando rápidamente y ofrecía el tamaño de un balón cuando Arana ordenó:

—¡Tubo número uno! ¡Fuego! ¡Tubo numero diez! ¡Fuego!

Dos estelas surgieron en el espacio, dos estelas que se fueron aproximando rápidamente a Sambia. Arana cerró los ojos y la explosión se produjo. Cuando volvió a abrirlas había desaparecido del espacio todo vestigio de lo que había constituido su pesadilla.

FIN

18 D-12

ERRANTES EN EL INFINITO

la más original novela, plena de genialidad y acción del magnífico autor
ALF. REGALDIE
crea una angustiosa situación en los personajes de este portentoso relato.
La Isla Planetaria «S» y el «Escorpión Azul» navío sideral de la Tierra, perdidos en el espacio, incapacitados para la maniobra, se alejan cada vez más de la Tierra, del Sol, de los mundos conocidos...
El espacio infinito, vacío, hostil, se abre ante los desgraciados seres que son arrastrados por las dos naves.
Todos los recursos de que disponen resultan insuficientes para salvarles del Caos infinito que se abre ante ellos...
Y surge el planeta errante, desconocido, procedente de lugares remotos, a centenares de miles de años luz de la Tierra

ERRANTES EN EL INFINITÓ

es la más atrayente y genial narración del futuro, donde se hermanan la acción, la fantasía y el interés, y que le hará pasar unas horas inolvidables.
Se publicará en el próximo número de la

Colección
Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA Precio 5 pesetas.

Maquetado a partir de un Doc de *efegen* en ExVagos
Retoques con Word
Convertido a FB2 con QualityEbook
Retoques de estilo con XML Copy Editor

Se recomienda utilizar CoolReader para su lectura